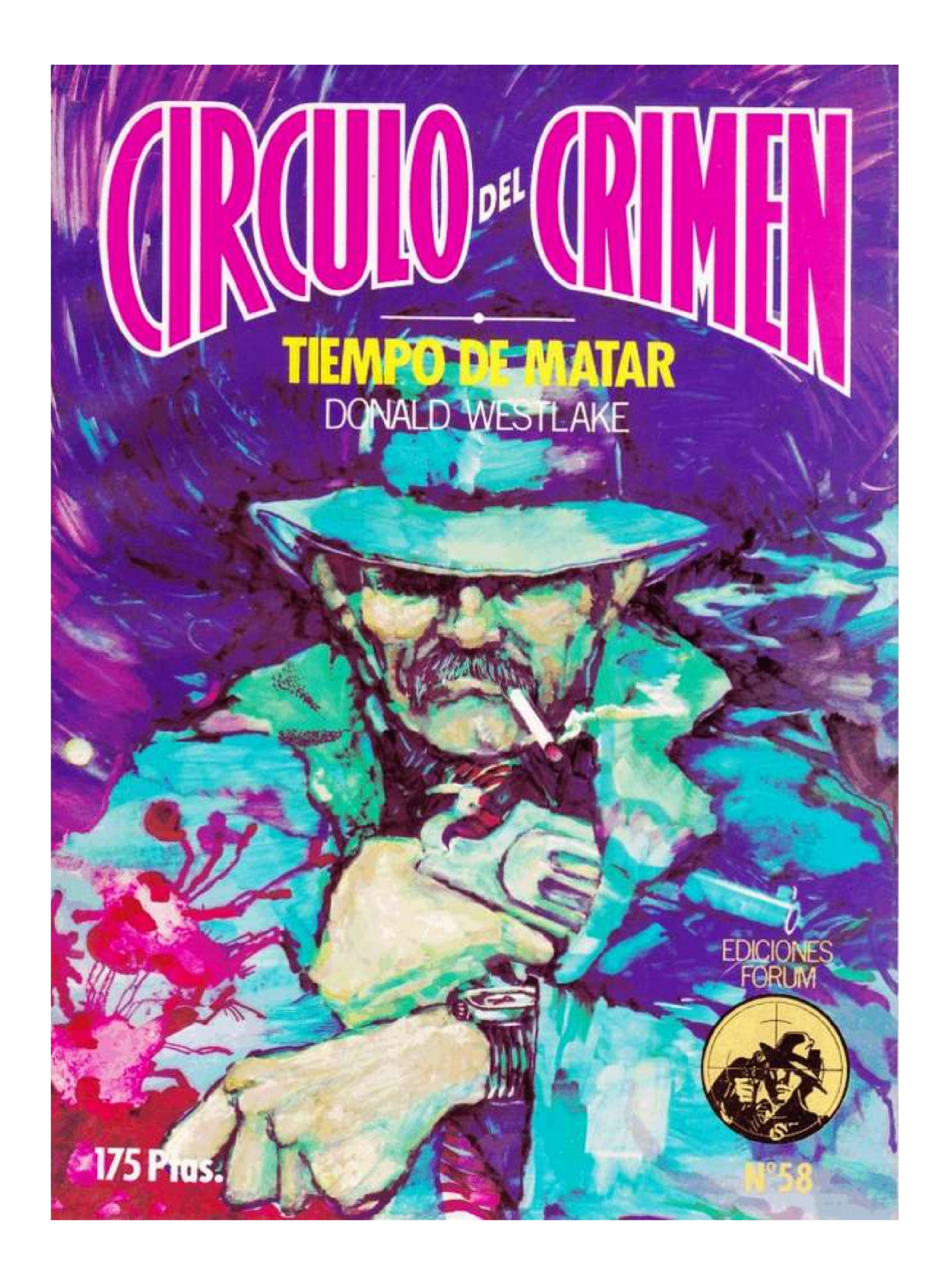

CIRCULO DEL CRIMEN
TIEMPO DE MATAR
DONALD WESTLAKE
EDICIONES FORUM
175 Ptas.
Nº 58

Donald Westlake

TIEMPO DE MATAR

Círculo del Crimen Nº 58

ePub r1.0
Rutherford/Rbear 20.04.16

Título original: *Killing Time*
Donald Westlake, 1961
Traducción: Celia Filipetto
Forum: 1984
ePub base r1.2

1

Era la una y media de la madrugada. Había dejado a Cathy poco después de la una, y ahora estaba sentado ante la barra del New Electric Diner, comiéndose un bocadillo de jamón y hablando con Al, el empleado de la noche. La puerta se abrió y se cerró tras de mí, y un tipo grande entró y se sentó en un taburete a mi derecha.

—Oiga, no me creerá, pero estoy buscando a un tipo llamado Smith —le comentó a Al.

—Si puedo elegir, prefiero no contestar —replicó Al.

—Vaya nombre original —dije yo.

Me echó una mirada. Tendría unos cuarenta años, era un ex peso medio, robusto, de nariz grande, cejas muy pobladas y aspecto descuidado. Llevaba un traje marrón bastante raído que le quedaba un poco grande. La corbata, pintada a mano, era demasiado ancha.

—Así es —asintió—, supongo que eso ayudará.

—¿Y cuál es el nombre de pila de ese Smith? —pregunté.

—Tim.

—Esta es su noche de suerte.

—¿Es usted? —inquirió, bajándose del taburete.

—Habitualmente, sí.

—Vengo de parte de una persona. Me dijo que era usted el único detective privado de la ciudad —comentó palpándose los bolsillos —. Me dio una carta —se dio unas palmaditas en el pecho y suspiró aliviado.

—Aquí la tiene —dijo, mientras metía la mano en el bolsillo interior de la americana. La mirada se le iluminó.

Le arrojé el café a la cara y me tiré al suelo. Pegó un grito al tiempo que le disparó al bocadillo de jamón. Entonces, me levanté del suelo y le quité el revólver. Aunque estoy un poco entrado en

carnes, cuando hace falta, puedo moverme con rapidez.

Al estaba ya frente al teléfono público, marcando el número de la comisaría. Retrocedí un poco y estudié el revólver que sostenía en mis manos. Era un calibre 32 corto, el arma más indicada para darle a un blanco de cerca. Como yo.

El tipo que lo había llevado encima se estaba limpiando el café de la cara y la corbata con aire de enfado.

—Vaya maldita manera de comenzar una conversación —le dije.

—De haber sabido que estaba usted al tanto… —comentó encogiéndose de hombros disgustado.

—Fue culpa suya. Olvidó concentrarse. ¿A qué se dedica normalmente?

—¡Lárguese! —me ordenó.

—Mire, no soy ningún paleto. Durante la guerra algo aprendí.

Al regresó a la barra.

—Ya viene el patrullero —informó y echando una mirada al revoltijo que formaban el bocadillo de jamón y el plato roto, añadió —: Podría haber esperado a llegar a la calle.

—No entiendo para qué mandó llamar a la Policía —dijo el tipo.

Su observación me detuvo un segundo, luego comenté:

—Creí que resultaba evidente.

—¿Por qué? Entro aquí para venderle ese revólver, si quiere comprármelo. Me baña con café mientras lo tengo en las manos y se dispara por accidente. Nadie resultó herido. Pagaré el plato roto.

—Hay una raya en la fórmica —anunció Al, enfadado.

—Está bien. Pagaré el plato y también por la raya de la fórmica. Y ese asqueroso bocadillo. ¿Para qué necesitamos a la Policía?

—Incluso en circunstancias normales, la historia que acaba de contarnos no lograría hacer reír ni a un caballo. Pero éstas no son circunstancias normales.

—¿Por qué no?

—Le dijeron quién era yo.

—Claro. Un detective privado —murmuró encogiéndose de hombros.

—El único detective privado de la ciudad. El único de Winston. ¿Sabe por qué soy el único detective privado de Winston?

Volvió a encogerse de hombros. La cuestión le traía sin cuidado.

—Porque en una ciudad como ésta no hay trabajo para dos —

comentó.

—Conozco a todos en esta ciudad —le expliqué—. A los políticos, los hombres de negocios y la Policía. Por eso soy el único detective privado de la ciudad. Por eso mismo, éstas no son circunstancias normales. Y por eso mismo su historia no hará reír a nadie.

—Correré el riesgo —dijo.

—¿A qué se debe eso?

Se encogió de hombros una vez más, pero no hizo comentario alguno.

Esperé hasta estar seguro de que se daba cuenta en qué situación estaba. Cuando comenzó a morderse el labio inferior, le dije con indiferencia:

—Claro que siempre hay una manera de salir de un aprieto así.

Arqueó una ceja.

—Lo único que tiene que hacer es decirme quién le ha enviado, y para cuando llegue la Policía estará usted lejos de aquí.

Pareció disgustarse.

—He cometido un error —dijo malhumorado—, pero eso no significa que sea un aficionado.

—Como usted quiera.

Volvió a morderse el labio inferior, pero no aceptó mi propuesta. No esperaba que lo hiciera. Por un momento pensé en darle el 32 a Al y en preguntarle con los puños, pero no tenía por qué hacerlo. Este tipo se pasaría una noche muy, muy larga en la prisión de Winston. Si es que me conocía bien las leyes locales —y vaya si las conocía—, antes del amanecer estaría confesándolo todo ante una estenógrafa.

Unos minutos más tarde apareció el patrullero, sin sirena ni luces. En una ciudad de este tamaño, a la una y media de la madrugada, el tránsito es muy escaso como para que sea necesario llevar luces. Y en cuanto a la sirena, no lograría más que unas cuantas cartas al periódico quejándose del poco respeto que tiene la Policía por el descanso de los ciudadanos decentes.

Dan Archer y Pete Wycza bajaron del coche patrulla y entraron en el restaurante. Presentaban un aspecto lamentable: el uniforme

azul arrugado pero las insignias brillantes. Al y yo dimos nuestra versión de los hechos; el forastero repitió el chiste que me había contado, y Pete le comentó:

—Muy interesante, señor... ¿Cómo dijo que se llamaba?

—Smith.

—Se equivoca —le corregí—, yo me llamo Smith.

—John Smith —agregó.

—De acuerdo, John Smith —dijo Pete. Extendió la mano y añadió—: Déjeme ver su billetera.

—La dejé en otros pantalones.

Pete frunció el ceño y le ordenó:

—Dese la vuelta, John Smith.

Cuando el forastero cumplió con lo que le habían ordenado, Pete lo cacheó. Sólo encontró la llave de uno de los armarios de la estación Greyhound.

—Viaja usted con poco equipaje —comentó Pete.

John Smith se encogió de hombros y preguntó con lo que parecía ser un verdadero interés:

—¿Conoce una manera mejor de viajar?

—De acuerdo —dijo Pete—, vamos a la comisaría.

Pete se dirigió a la puerta, le siguió John Smith y Dan cerró la marcha. Pete salió. dio unos pasos hacia la izquierda y esperó a Smith. Durante un segundo, Smith quedó en el vano de la puerta. El disparo del rifle vino del otro lado de la calle, y Smith pegó un salto y cayó al suelo con un golpe seco.

Volví a arrojarme al suelo, al tiempo que Dan sorteaba el cuerpo de Smith, entraba por la puerta y se arrojaba a la derecha gritando:

—Pete, ¿has visto el fogonazo?

—Diablos, no —contestó Pete.

Durante un largo minuto todo se detuvo. Al estaba en el suelo, detrás de la barra; yo me encontraba en el suelo, frente a la barra; Pete y Dan estaban en la acera, a ambos lados de la puerta. Pero no ocurrió nada más, y cuando Dan volvió a entrar con cautela, no hubo más disparos.

Pete le siguió v cerró la puerta. Al dirigirse hacia el teléfono público, Dan me preguntó:

—¿Qué rayos pasa aquí, Tim?

—No tengo ni idea —contesté—. Estaba aquí sentado,

ocupándome de mis asuntos, cuando el finado entró y me apuntó con un revólver.

—¿Le conoces de alguna parte?

—Yo no. Me dio a entender que había sido contratado.

—¿Por quién?

—No me dio a entender tanto.

—¿En qué andas últimamente?

—Lo de siempre. Corrupción y soborno.

—¿No tienes idea de qué pueda tratarse?

—Ni idea, Dan. Estoy tan sorprendido como tú. Y también un poco más preocupado.

Pete regresó en ese instante.

—La ambulancia viene hacia aquí —anunció, y me dijo—: Tim, será mejor que mañana por la mañana vayas a la comisaría y hables con Harcum. Querrá conocer la situación.

—No te preocupes. ¿Puedo irme?

—No veo por qué no. Ten cuidado cuando salgas.

Tuve cuidado. Abrí la puerta de un empellón, esperé un segundo, y me hundí en la oscuridad que reinaba más allá del local iluminado. No hubo disparos. Al agazaparme, tuve la sensación de que pesaba más que mis noventa kilos, era más alto que mi metro setenta y cinco, y más viejo que mis treinta y nueve años. Corrí hacia mi coche, un Ford negro, modelo 51. Tampoco hubo disparos. Una vez en el coche, metí la llave en el arranque, le di al botón del starter y al acelerador, y partí a toda marcha. Y tampoco hubo más disparos.

A mitad de camino, me di cuenta de que las cuatro habitaciones vacías de mi casa no eran precisamente lo que necesitaba en ese momento. Lo que necesitaba era hablar con alguien, que alguien me viera pasear por la habitación y me oyera decirle: «Mira, aún estoy con vida». En el restaurante todo había sucedido a setenta y ocho revoluciones por minuto y ahora comenzaba a darme cuenta de lo que había ocurrido. Alguien había intentado matarme. Y yo seguía con vida.

Hice un brusco cambio de sentido y me dirigí a casa de Cathy. No eran momentos para estar solo.

2

Cathy Evans tiene treinta y dos años, siete menos que yo. Es alta y fuerte, de cabello castaño y con un cierto aire práctico, hasta se puede decir que guapa. Es la secretaria de Wanamaker, el alcalde, y durante unos seis años, entre nosotros ha habido una especie de acuerdo. Ninguno de los dos tiene demasiada prisa por abandonar la soltería, jamás hemos intentado engañarnos con eso de estar enamorados, lo nuestro es un gran romance, en fin, nuestro acuerdo es amistoso, relajado, y estrictamente informal.

Cathy vivía en una casa de una planta, en la calle Troy. Cuando llegué serían casi las dos, y las ventanas estaban a oscuras. Al día siguiente, miércoles, se trabajaba, de modo que supuse que estaría dormida. Aparqué en la entrada para coches, apagué el motor y las luces, atravesé el jardín y me dirigí hacia el porche. Era demasiado tarde para utilizar mi llave, aunque Cathy no se asustaba con facilidad. Tuve que llamar al timbre tres veces antes de que se encendiera una luz. Esperé, y al cabo de un minuto, la cortina de la ventana se movió y vi asomarse a Cathy, con una expresión asombrada y somnolienta. Al verme, parpadeó. Luego vino a abrirme la puerta. Se cerraba la bata azul con una mano. Sus primeras palabras fueron:

—Tim, son más de las dos.

—Ya lo sé.

—¿Y bien? —inquirió mirando la calle, como si la respuesta a mi extraño comportamiento estuviera allí oculta, en alguna parte—. Y bien, ¿qué ocurre? ¿Qué quieres?

—Aún estoy vivo —le dije. Y como parecía mucho más asombrada que antes, continué—: Quiero hablarte. Déjame pasar, te lo explicaré todo.

—Mañana tengo que madrugar —dijo.

Se apartó de la puerta, y arrastrando las zapatillas que le había regalado por Navidades, se dirigió hacia la sala. Cerré la puerta principal tras de mí y la seguí.

—¿Quieres un café o algo? —me dijo, una vez en la sala.

—Algo más fuerte que un café.

—Sólo tengo cerveza. Ven a la cocina.

Fuimos hasta la cocina; mientras ella abría una botella de cerveza y se preparaba una taza de café instantáneo, le conté lo sucedido. Me interrumpió a cada rato, haciéndome preguntas cuya respuesta desconocía, y cuando terminé el relato, se sentó ante la mesa de la cocina. Se había despertado del todo y me miraba con los ojos llenos de asombro.

—Podían haberte matado.

—Ya te lo dije —asentí—. Por eso vine a verte. Tenía que hablar, tenía que ver a alguien y contarle que sigo con vida.

De repente se echó a llorar. Ni siquiera se cubrió la cara con las manos. Inmóvil, se quedó allí sentada, con las manos apoyadas sobre la mesa y lloraba, la boca y los ojos retorcidos, las lágrimas le empapaban las mejillas.

—¡Eh! —exclamé. Me levanté, me acerqué a ella y le rodeé los hombros con mi brazo—. ¡Eh!, basta ya. Sigo aquí, estoy vivo.

—Tim Smith, payaso —dijo llorosa—. Payaso, payaso, payaso.

—Todo ha terminado, Cathy. El está muerto y yo estoy vivo. Todo ha terminado.

—No, no ha terminado —gritó de repente, echándome los brazos al cuello y acercándome hacia ella. No dejaba de sacudir la cabeza, de llorar y suspirar—: Payaso, payaso, payaso.

—Vamos, Cathy, cálmate —murmuré—, cálmate.

Lentamente se fue tranquilizando, y cuando me apartó de ella y me tuvo a cierta distancia, pude advertir cómo luchaba por no volver a perder el control.

—Tim, puedo tomarme vacaciones cuando quiera. Mañana puedo telefonear y empezar mis vacaciones. Podemos irnos de aquí los dos juntos, unas tres semanas.

—Yo no voy a ninguna parte, Cathy.

—Volverá a intentarlo, Tim. Lo hará.

—¡No! —grité apartándola de mí. Atravesé la cocina y agregué

—: Esta es mi ciudad. No voy a huir.

Me volví hacia ella y la miré con furia, estaba enfadado y no sabía bien por qué.

—¿Por qué tendría que huir? Esta es mi ciudad, maldita sea. Este es mi hogar.

—Te matará.

—¡Y un cuerno que lo hará!

—Tim, podemos irnos por un tiempo. Dejaremos que la Policía investigue. Averiguarán quién está detrás de esto…

—¿Cómo lo harán? ¿Por qué crees que ese bastardo mató al pistolero?

Cuanto más me enfadaba, más nervioso me ponía. No podía quedarme ahí parado, tenía que hacer algo, tenía que moverme, ir a alguna parte, ponerme en movimiento.

—Te veré más tarde —dije, y me dirigí hacia la puerta de entrada.

Se puso de pie y me siguió.

—¿Adónde vas?

—No lo sé. A dar un paseo. No puedo quedarme quieto.

—Te acompañaré. Deja que me ponga algo.

—Será mejor que te vayas a la cama. Te veré por la mañana.

—Espérame, Tim —era una orden.

Así que la esperé. Mientras se vestía, di unas cuantas vueltas por la sala. Sólo tardó un minuto, pero me pareció mucho más. Cuando regresó, llevaba un jersey, pantalones y mocasines. Nos dirigimos al coche.

Conducir es una buena manera de aflojar tensiones, al menos para mí. Permanecimos en silencio durante un rato, mientras miraba con rabia el camino, giraba con violencia en las esquinas y apretaba el acelerador a fondo, rumbo a las colinas. Al cabo de unos minutos, comencé a hablar.

—Es alguien que conozco —dije—. Es un amigo mío. Un tipo de aquí, como yo.

—No sabes nada de él, Tim —comentó.

—Algo sé. Sé que tiene dinero, por ejemplo. Contrató a un pistolero de afuera, quizá de Nueva York, no le ha salido barato. Y

sé que a nivel local tiene influencias, o al menos cree que las tiene.

—¿Cómo lo sabes?

—Por el pistolero —dije—. No se le notaba preocupado. A los treinta segundos de haber metido la pata hasta el cuello, se inventó el cuento más descabellado de la historia. Pero no estaba preocupado. Lo cual significa que contaba con algo más que ese cuento estúpido para zafarse. Lo único que lo explica es que conociera a alguien influyente de aquí.

—De acuerdo —me calmó.

—Conozco a todos los tipos influyentes y de dinero de esta ciudad —proseguí—.

Son todos amigos míos.

Giré bruscamente hacia la izquierda, con el acelerador a fondo, sentí que el coche se me resistía, y que las ruedas traseras chillaban.

—Mis amigos —repetí—. Bastardos.

Habíamos llegado al North Side, el territorio de Wycza. La ciudad de Winston, Nueva York, tiene a sus espaldas el tramo occidental de las estribaciones de las montañas Adirondacks. Hacia el norte y el este se encuentra una zona de colinas y bosques incipientes. El North Side de la ciudad está lleno de altibajos.

Pasamos por la North Winston High School, aminoré la marcha y señalándola, pregunté a Cathy:

—¿Ves esa maldita escuela?

—Sí.

—¿Sabes qué tipo de cemento hay en esa maldita escuela?

Sacudió la cabeza.

—Cemento del bueno —dije—. Gracias a mí. Porque anduve fisgoneando y descubrí que estaban construyendo este maldito lugar con arena y puse el grito en el cielo.

—No comprendo, Tim —murmuró.

—Esta es mi ciudad —dije—. Mía. No voy a huir de aquí, nadie me sacará de aquí.

—Está bien. Está bien.

—Por la mañana hablaré con esos malditos amigos míos. Saben perfectamente que podría crucificarlos a todos. ¡Vacaciones! ¡Y un cuerno que voy a tomar vacaciones!

—Tim, es que no quiero que te maten —comentó con suavidad.

—No tienes por qué preocuparte —repliqué—. No tienes nada

de qué preocuparte.

Volvimos a su casa en silencio. Al llegar, paré en la calle y ella me ordenó:

—Aparca el coche.

Miré el reloj del tablero de instrumentos.

—No podrás dormir más que una hora —dije.

—Sigues con vida, Tim —me contestó—. Piensa en eso.

Lo pensé. Entonces, aparqué en la entrada para coches.

3

Me desperté a las diez, el sol me daba en la cara. Cathy me había dejado una nota en la mesa de la cocina, me decía que me preparara el desayuno, me invitaba a cenar con ella alrededor de las seis, y me pedía que tratara de evitar que me matasen. Me lavé, me afeité y me vestí, me preparé un desayuno rápido con tostadas y café instantáneo, y luego salí para averiguar quién estaba perturbando la calma.

Primero me dirigí a mí oficina, ubicada en el edificio del Western National Bank. Dejé el Ford en el aparcamiento del Banco y subí en el ascensor hasta el cuarto piso. Jack, el piloto, me dijo:

—He oído decir que le han disparado, señor Smith.

—Fue un caso de confusión de identidades. En realidad, ese tipo buscaba a un tal Jones.

Se echó a reír por puro compromiso y abrió las puertas. Recorrí el pasillo y me detuve en la oficina de Ron Lascow para ver si me había llamado alguien. No suelo pasarme mucho tiempo en la oficina, así es que la compañía telefónica realizó una conexión especial para que Jess, la secretaria de Ron, pueda atender mis llamadas cuando no estoy. Ron Lascow es el más sagaz de los jóvenes abogados o el más joven de los abogados sagaz de la ciudad, y de vez en cuando nuestros negocios coinciden.

—Tengo dos... —me dijo Jess cuando me asomé por la puerta. Uno de estos días se casará con Ron, tal vez cuando la deje preñada, y será una pena. Es la muchacha más guapa que esta ciudad ha producido jamás, alta y delgada, con cuerpo de modelo, el pelo largo castaño rojizo y ojos serenos como los de Lauren Bacall.

—¿Qué tienes? —le pregunté, como de costumbre.

—Tengo que darte dos mensajes y seguir mi trabajo —contestó

ella, como de costumbre. Me entregó dos noticias e inquirió—: ¿Te quedarás en la oficina?

—Sólo unos minutos.

—De acuerdo —dijo, moviendo la palanca que pasaba llamadas a mi teléfono. La saludé con la mano y me dirigí a mi despacho, situado al otro lado del pasillo.

Suelo tardar unos minutos en entrar en mi oficina. Está conectada directamente a la línea de la alarma antirrobo, la que suena en el departamento de Policía si alguien intenta entrar, y tengo que desconectarla antes de abrir la puerta. En primer lugar, está la llave que abre la caja metálica adosada a la pared, al lado de la puerta. Luego está la llave que desconecta el control de la alarma, en el interior de la caja. Y, finalmente, está la llave de la puerta.

Usé todas estas llaves y, finalmente, entré en mi despacho de una sola habitación, y cerré la puerta tras de mí. Mi oficina es estrictamente funcional. Dado que poseo el monopolio de la ciudad, no tengo que impresionar a mis clientes. El suelo es de linóleo negro, sin alfombra, las paredes están pintadas en un gris neutro, las dos ventanas que dan a la calle de Witt están cubiertas por persianas venecianas, sin cortinas, y el escritorio y las sillas son unos muebles de oficina prácticos, más bien cuadrados y simples.

La única excepción la constituye el archivador. Es de acero sólido, reforzado, con una cerradura de doble combinación, uno de los más caros del mercado, y el motivo de la alarma antirrobo en la puerta. En ese archivador está todo lo que ha ocurrido en Winston en los últimos quince años, que pudo haber ido a parar a los tribunales, pero que no fue.

Me senté ante el escritorio y miré las dos noticias que Jess me había, entregado. Una era de Marvin Reed, el único hijo de Jordan Reed, uno de los directivos de la Reed & King Chemicals y actual presidente del consejo. Marvin, el hijo, no se dedicaba a nada en particular y jamás lo había hecho, a pesar de que rondaba los treinta y dos. Estaba casado, y vivía en la mansión del viejo, esperando a que se muriera para tomar las riendas de la compañía. Sin embargo, el «viejo» era un tipo saludable de cincuenta y cinco años y probablemente Marvin se haría cargo de la fábrica cuando estuviera en edad de jubilarse.

No obstante, primero telefoneé a Marvin a su casa. Alisan, su

mujer, contestó.

—Soy Tim Smith, señora Reed —dije—. Su marido me dejó un recado para que le llamase.

—¿Aquí?

—Sí, señora. ¿No está ahí?

—Un momento —contestó con voz fría como el hielo.

Esperé un momento, y Marvin se puso al teléfono.

—Tim, quiero verte. ¿Qué te parece si comemos juntos?

—¿De qué hablaremos, Marv?

—Prefiero decírtelo cuando nos veamos.

—Si está relacionado con Alisan, has cometido un error al hacer que te llamara a tu casa.

—No tiene nada que ver con ella —se apresuró a explicarme, y agregó—: Aunque probablemente ella piense que sí. ¿Qué te parece si comemos en el hotel Winston?

—Está bien —dije echando una mirada al reloj—. ¿Te va bien a la una?

—Muy bien. Te veré en el vestíbulo.

—De acuerdo, hasta entonces —dije sin colgar el teléfono y escuchar el clic cuando Marvin colgó, e inmediatamente después otro clic. Las ventajas del teléfono supletorio.

Efectivamente Alisan tenía verdaderos motivos para sospechar. Hacia unos cinco anos, Marvin había decidido que ya no le gustaba el tipo de mujer elegante, delgada y civilizada, como Alisan. Lo que ahora le gustaba era el tipo de mujer abundante y provocativa. Pero ante el viejo tenía que guardar las apariencias. Papá Reed era un entusiasta de la familia. Si Marvin no probaba ser un hijo digno del apellido Reed, no heredaría la planta Reed & King.

De modo que las excursiones con las rubias tenían que ser esporádicas y lejos de la ciudad, generalmente en Nueva York. Y si Marvin Reed quería deshacerse de Alisan —y vaya si lo quería— tendría que ser porque Alisan le había engañado y ya no merecía su confianza, y no porque Marvin quisiera recuperar su libertad para ir de juerga.

Hacía cuatro años, y en un inútil esfuerzo por recuperar su libertad, Marvin había intentado contratarme para que siguiera a

Alisan, por si se le ocurría hacer algo indebido. Yo sabía que sería un trabajo inútil, y de todos modos jamás me ha gustado seguir a la gente, de modo que lo dispuse todo con las autoridades locales y permití que Marvin importara a un investigador de Nueva York. El importado había seguido a Alisan hasta que se dio cuenta de que jamás ocurriría nada, y a partir de entonces, se pasó casi todo el tiempo bebiendo, conmigo y otros vecinos, contando historias sobre lo maravillosa que es la vida en la gran ciudad.

Mientras tanto. Alisan se había enterado de todo. En los últimos años, la vida no había sido precisamente una gloria para Marvin.

Me preguntaba qué estúpida idea se le habría ocurrido esta vez, y apunté que tenía que comer con él, en la misma notita del recado, me la metí en el bolsillo y eché un vistazo a la otra nota. Paul Masetti —decía—, un nombre que jamás había oído. Había telefoneado a las diez y quería que me pusiera en contacto con él, en el hotel Winston.

Llamé al hotel, y allí estaba.

—Acabo de llegar de Albany —dijo—. Quizá tenga un trabajo para usted. Me gustaría que lo discutiéramos.

Su voz era ronca y tajante como la de un predicador de campo después de un día de sermones.

—¿Qué clase de trabajo? —inquirí.

—¿Ha oído hablar de la Liga de Ciudadanos para un Gobierno Honesto?

Tuve que admitir que jamás había oído hablar de esa Liga.

—Será mucho más fácil explicárselo personalmente. Si tiene tiempo, podríamos comer juntos...

—Depende de cuánto tiempo le llevará, señor Masetti. Tengo otra cita a la una. Si pudiéramos vernos a las doce...

—Está bien, a las doce. ¿Comemos o no?

—Será mejor que nos veamos en el bar. A la una tengo que comer con otra persona.

—Nos veremos a las doce —dijo con una sonrisa cortés.

Colgué, tratando de imaginar qué habría detrás de todo esto. Apunté la cita en la notita, me la metí en el bolsillo, junto con la otra, salí de la oficina y cerré con llave. Crucé el pasillo y le pregunté a Jess:

—Oye, ¿está libre Clarence Darrow?

—Seguro —dijo—. Está contando su dinero.

—¿Otra vez? —pregunté y me metí en el despacho de Ron. Estaba sentado frente a su escritorio, fruncía el ceño ante un libro de derecho que tenía abierto entre las manos.

Ron era brillante, un joven de la nueva ola al completo, con el pelo rubio bien corto, gafas de carey, cara cuadrada, mandíbula fuerte y nariz pequeña y recta. No tenía aún los treinta, y había regresado a la ciudad después de pasar cinco años en la Facultad de Derecho. A su regreso, con una combinación de sonrisas amistosas y sagacidad legal, había logrado hacerse una posición sólida, dentro de la jerarquía local. Como mínimo aspiraba a la legislatura del Estado. Su ambición no tenía límites.

—El estado contra Smith. Por violación de menor —dijo levantando la vista y con una sonrisa irónica.

—Te tocan todos los casos interesantes —comenté—. ¿Has oído hablar de la Liga de Ciudadanos para un Gobierno Honesto?

—Son de Albany, ¿no?

—Te lo estoy preguntando.

—Si son quienes yo pienso —dijo—, sí, he oído hablar de ellos.

—¿Quiénes son?

—Unos reformistas —contestó encogiéndose de hombros—. Están armando mucho ruido, quieren eliminar el soborno, la corrupción, el cohecho, el nepotismo y los escándalos a altos niveles.

—¿Es posible hacerlo?

—Ya sabes lo que quiero decir —contestó cerrando el libro con alivio—. Han estado intentando hacerse una cierta fama en todo el Estado. Trabajan fuera de Albany, se dedican principalmente a las ciudades pequeñas. Como Monequois y New Hamburg. ¿No recuerdas haberlo leído en los periódicos?

—No he leído un periódico desde que eligieron presidente a Dewey —le informé.

—Y bien —continuó—, comenzaron con Monequois, si mal no recuerdo. Está cerca de la frontera con Canadá. Estuvieron metiendo las narices en todas partes durante un mes o dos, reunieron un camión de pruebas para el jurado de acusación y, ¡zas!

—*Was ist das «zas»?*

—Monequois tiene un nuevo alcalde, un nuevo jefe de Policía,

dos abogados menos y un aspecto de santidad.

—Parecen efectivos.

—Lo son —comentó. Me estudió durante un minuto, mordisqueándose la uña del pulgar, y luego añadió—: Se suponía que no tenía que contárselo a nadie, pero me importa un bledo.

—¿Qué es lo que te importa un bledo?

—Supongo que Masetti te llamó a ti también.

—¿Te ha telefoneado?

—Á eso de las diez. Quiere que nos reunamos a la una.

—Yo estoy citado a las doce. ¿Sabes qué es lo que quiere?

—Puedo adivinarlo. La vieja ciudad de Winston es la próxima de la lista.

—Eso ya lo sé. ¿Pero para qué quiere hablar con nosotros?

Se encogió de hombros y contestó:

—Supongo que quiere que acusemos a nuestros amigos. Los reformistas son así. No tienen sentido de la lealtad.

—Te habrás enterado de que anoche alguien intentó matarme.

—Eso me dijeron.

—Te apuesto ochenta y cinco céntimos a que tuvo que ver con esta organización reformista.

—Sin duda. Ha de ser alguien que teme que le acusen.

—El muy bastardo.

—Timmy, viejo, ¿y de quién tendrías tú información?

—De todos —contesté—, de toda esa sucia banda.

—¿Y de mí también?

—Tan pronto como ese plan tuyo para evadir impuestos en Hillview logre pasar la supervisión del Concejo, sí —dije con una mueca.

—¿Cómo diablos te has enterado? —preguntó sobresaltado.

—Tengo espías por todas partes. Escucha, Ron, ¿qué tal si unimos nuestras fuerzas y vamos juntos a ver a Masetti? ¿Qué tienes que hacer a las doce?

—Creo que nada —contestó—. Pero, ¿y si decidiera delatarte? No podría hacerlo si te tengo como testigo.

—Yo tampoco, recaudador de impuestos.

—Capto la idea. Te veré en el hotel, a las doce —dijo con una mueca.

—De acuerdo —asentí y eché una mirada a mi reloj—. Nos

veremos luego. Tengo trabajo.

—¿Trabajo?

—Voy a darle un ultimátum a alguien.

—Si a las doce no te presentas iniciaré la colecta para tu fianza.

4

Salí del edificio del Banco, bajé por la calle De Witt hasta la calle State, y de allí crucé De Witt en diagonal en dirección al Ayuntamiento. Gar Wycza, con su uniforme de policía, estaba de pie, en mitad de la intersección, haciendo como que dirigía el tráfico. Era uno de los millones de Wyczas que figuraban en la nómina municipal. Jack Wycza, el jefe del clan, era concejal del Distrito Cuarto, en la zona de Hunkytown, al norte de la ciudad. Saludé a Gar, y viceversa, y proseguí mi camino hacia el Ayuntamiento.

Winston era una pequeña ciudad, con una política de pequeña ciudad, y una visión de pequeña ciudad. El súbito crecimiento de la población que se produjo con la guerra, debido a la Amalgamated Machine Parts Corporation de la calle Wheeler y a la Reed & King Chemical Supplies Corporation, de la calle Front, habían hecho trepar la cifra de habitantes hasta las cuarenta mil almas, pero la ciudad seguía comportándose como si sólo tuviera quince mil.

Crucé la manzana del parque del Ayuntamiento bañado por el sol de finales de junio. En los bancos, junto a los árboles, había unos cuantos vagos, descansando hasta las próximas elecciones. Hacia la izquierda, la biblioteca municipal estaba atestada de estudiantes de bachillerato que se preparaban para los exámenes. Este año, los adolescentes imitaban a Sal Mineo y Brigitte Bardot. Parecía como si en cualquier momento fueran a hacer algo obsceno.

Entré por la puerta giratoria. Cuando me dirigí hacia el ascensor mis pasos resonaron sobre el pavimento de mármol.

—Al tercero —ordené al anciano ascensorista.

—Cómo no —contestó. Cerró la puerta y el ascensor comenzó a subir con dificultad. Me miró y me dijo—: Oí decir que anoche tuvo

usted problemas.

—Un pequeño problema —comenté.

—Para tiroteos, los de antes. A veces aparecían hasta siete u ocho tipos tirados en la plaza del Ayuntamiento, muertos como moscas.

—¿En la plaza del Ayuntamiento? —mirándolo bien, parecía el lugar más extraño de todos para una pelea a tiros.

—Claro —dijo—. Ocurrió durante la administración del viejo Jock Shaughnessy, que en paz descanse. Cuando era alcalde. Tenía una fábrica de whisky en el sótano.

Justo aquí, en el Ayuntamiento —recordó con una risita.

—¿Una fábrica de whisky? ¿Quiere decir que lo hacían aquí mismo?

—Diablos, no —dijo—, el whisky se hace en una destilería. Y la fábrica es donde se almacena. Una especie de depósito. Una noche, la banda del viejo Flynn intentó entrar en la fábrica y robar el whisky. ¡Esa sí que fue una gran pelea! —dijo sacudiendo la cabeza y riendo—. Ya no hay tiroteos como los de antes.

—Así es, corren tiempos muy aburridos.

—Vaya si lo son.

Nos detuvimos en la tercera planta. Giré hacia la derecha y recorrí el largo pasillo hasta la puerta del fondo en la que había un letrero con la inscripción: «Alcalde Wanamaker».

Cathy estaba escribiendo a máquina en la oficina exterior. Cuando entré me sonrió y dijo:

—¿A qué hora te levantaste?

—Alrededor de las diez.

—¿Has averiguado algo de lo de... anoche?

—No estoy seguro —contesté—. Esta tarde lo sabré mejor.

—Tim, por aquí están pasando cosas muy raras.

—¿Como qué?

—Wanamaker se ha estado prácticamente toda la mañana colgado del teléfono, llamando a todo tipo de gente. Me ordenó que le preparara la sala grande de conferencias para esta tarde, a las tres.

—Consejo de guerra. Me gusta. Así me ahorraré trabajo. Avísale que estoy aquí.

—Tim, ¿tiene algo que ver con lo que ocurrió anoche?

—¿El consejo de guerra? Es probable. Todavía no estoy seguro.

—Me lo contarás esta noche. Vendrás a cenar, ¿no?

—A las seis —dije—. Haré lo que pueda.

—Te prepararé bistecs. Y ensalada —anunció poniéndose en pie —. Vuelvo en seguida.

Observé cómo se dirigía a la oficina interior. La noche anterior había sido una de las pocas veces que la había visto perder el control, dejarse llevar por sus emociones. Había vuelto a la normalidad, hablaba de bistecs y ensaladas en lugar de sugerirme que huyéramos. Si alguna vez llegaba a casarme, cosa muy dudosa, Cathy Evans sería la elegida.

Regresó al cabo de un minuto; sosteniendo la puerta abierta, me dijo con un guiño:

—Su señoría te recibirá ahora.

—¡Fantástico! —exclamé.

Le di unos golecitos en la cadera cuando pasé junto a ella, y entré en la oficina interior, un cuadrado inmenso, con techo alto, tapizado en caoba oscura, y detrás de un magnífico escritorio estaba sentado Su Señoría, el Alcalde Daniel Wanamaker, un tipo panzón, de cara angelical como un Santa Claus recién afeitado, con un par de gafas de montura metálica que brillaban bajo la luz. Había sido Alcalde de Winston durante los últimos catorce años y, en teoría, era también el jefe del partido gobernante. Pero sólo en teoría, pues era el testaferro de Jordan Reed, y eso lo sabía él tan bien como cualquiera.

—Ah, Tim, estás aquí —me saludó con tono jovial cuando entró, pero la jovialidad era un poco más forzada que de costumbre. Detrás de la amplia sonrisa y las gafas relucientes, Dan Wanamaker era un hombre preocupado—. Me han comentado que anoche te metiste en un buen tumulto.

—Por eso he venido a verte.

—¿A mí? Pero, Tim, tendrías que haber hablado con Harcum. Después de todo, él es el jefe de la Policía.

—Claro. Tengo entendido que has convocado una reunión para las tres de la tarde.

Logró fruncir el ceño sin dejar de sonreír, algo que sólo los

políticos pueden hacer.

—Cathy no debería contarte mis secretos.

—No es ningún secreto —repliqué—. La Liga de Ciudadanos para un Gobierno Honesto ha llegado a todo galope como las fuerzas de Grant, y se supone que nosotros tenemos que hacer de Richmond. Estoy al tanto del asunto. También sé que ese es el motivo del tumulto de anoche. Alguien teme que me pase a las filas reformistas, y...

—¿Pero qué estás diciendo, Tim? —gritó. Su imitación del gesto de sorpresa fue perfecta—. No pensarás que nadie en Winston, nadie que tú conozcas...

—Déjate de historias —le corté—. Sí que lo pienso, y tú también.

—Pero, Tim... —dijo sacudiendo la cabeza con tristeza.

—Mira, Dan —le interrumpí—, cuando te eligieron alcalde la primera vez, me incluiste en tu equipo, ¿no es así?

—Así es —dijo con énfasis—. Cuatro mil dólares al año. Y lo vales, Tim, quiero que lo sepas.

—¿Por qué? ¿Qué es lo que hace que lo valga?

—Bueno... —dijo sorprendido.

—Te diré por qué. Porque se puede confiar en que haga mi trabajo y mantenga la boca cerrada. Porque, por ponerte un ejemplo, hace diez años, cuando te hiciste el loco con la licitación para volver a pavimentar...

—Vamos, Tim, vamos. Eso fue hace mucho tiempo.

—Hay muchas cosas más recientes. Pero quiero que pienses que hace diez años mantuve la boca cerrada, y quiero que pienses en lo que eso significa. Durante los últimos diez años has ocupado este despacho. Si no hubiera mantenido la boca cerrada, te habrías pasado esos mismos años entre rejas, y tú lo sabes.

—Tim, es cuestión de toma y daca, nos cubrimos las espaldas unos a otros. Tú me haces favores, yo te hago favores, así funciona el mundo.

—Seguro que es así. Y estoy de acuerdo al cien por cien. Pero, ¿qué clase de favor fue ese tumulto de anoche?

Sonreía y sudaba, sudaba y sonreía.

—Tim —dijo en tono paternal, y con una sonrisa tan amplia que pude oír cómo le crujían las mandíbulas—, Tim, te juro que no tuve

nada que ver con eso. ¿Por qué motivo te mandaría matar? ¿Por qué motivo mandaría matar a nadie?

—No digo que hayas sido tú. Digo que fue alguien de esta ciudad. Digo que fue alguien que asistirá a la reunión de las tres.

La sonrisa se le congeló en el rostro. Apartó la mirada de mis ojos, sus manos regordetas buscaban algo sobre el escritorio.

—Tim, quizá sea mejor que vengas a esa reunión. Si ha habido un mal entendido…

—Seguro que ha habido un mal entendido, tan seguro como que el infierno existe.

—Ven a la reunión, Tim —me dijo. Nuestras miradas volvieron a encontrarse, y sonrió con más énfasis—. Aclararemos las cosas.

—Nos veremos a las tres —dije—. Pero antes hablaré con el reformista. Y es posible que Ron Lascow vaya conmigo.

5

Hezekiah Harcum es el jefe el Departamento de Policía de Winston. Como Hezekiah es un nombre difícil, durante los últimos treinta años todo el mundo le ha llamado siempre Harcum, y a estas alturas él ya se ha olvidado de que tiene un nombre de pila.

Al salir de la oficina de Dan Wanamaker, volví a recorrer el pasillo, dejé atrás los ascensores y enfilé hacia la puerta con el letrero: «Jefe de Policía —Privado—. Entre por la otra puerta».

La chica seguía vestida, pero si yo hubiera llegado cinco minutos más tarde, la cosa habría sido bien distinto. Harcum y ella estaban en el sofá de cuero verde, no estaban precisamente sentados, sino más bien acostados. La chica era rubia, con cara de muñeca, ojos grandes, y el cuerpo como un convertible último modelo. Harcum estaba a punto de bajarle la capota.

Al verme, se levantó de un salto y aulló:

—¿Por qué rayos has entrado por esa puerta? Usa la otra como todo el mundo.

—¿Desde cuándo? —pregunté.

Conocía a Harcum de toda la vida. Cuando yo era un pequeñajo, él era un muchacho te; y cuando yo era un muchachote, él era un policía uniformado; cuando yo era un detective privado, él era un policía de paisano; y durante los últimos ocho años había ocupado el cargo de Jefe de la Policía. Siempre había entrado por la puerta privada, y Harcum jamás había tenido motivos para quejarse. Aparentemente ahora los tenía.

—Desde este preciso instante —contestó—. Sal de aquí inmediatamente, maldita sea, y entra por la otra puerta.

Y un cuerno lo haría. Le sugerí que se fuera a hacer algo que habría ahorrado trabajo a la rubia, y me gritó:

—Mide tus palabras.

La rubia se incorporó lentamente del sofá, se puso la ropa en su sitio, y le dijo a Wanamaker:

—Te veré luego, cariño. A la hora del almuerzo —su voz era dulce como un yogur de plátanos.

—Te pasaré a buscar por el motel —le comentó, con grandes ternezas.

La acompañó hasta la puerta privada, le dio unas palmaditas en el trasero, con el aire de un niño atrevido. Luego, cerró la puerta con llave, cosa que tendría que haber hecho desde un principio, si no quería que nadie le interrumpiera, y se volvió hacia mí enfurecido.

—Tranquilízate, Harcum —le atajé—.

Hace años que entro por esa puerta. Si querías que empezara a entrar por el otro lado, tendrías que habérmelo dicho en mil novecientos cuarenta y seis.

Se lo pensó dos veces y acabó encogiéndose de hombros.

—Es que me sorprendiste, Tim, eso es todo. Ni se me había ocurrido pensar en esa puerta.

—Según parece, tampoco estabas pensando en ninguna otra cosa.

Aún tenía juicio suficiente como para sentirse incómodo. Harcum nunca había sido afortunado con las mujeres, ni siquiera en su plenitud. Y ahora, que tenía cuarenta y siete años, lo tenía peor que nunca. Para empezar, estaba gordo, tantos años de vida sedentaria en la Policía local, le habían dejado así, barrigón, con papada y cargado de hombros. El cabello negro le comenzaba a escasear con rapidez, y a pesar de los esfuerzos que hacía por peinar lo poco que le quedaba de modo que le cubriera la calva, el cuero cabelludo seguía reflejando la luz.

Harcum se había casado joven, con una chica feúcha y pequeña, incluso menos atractiva que él. Poco a poco, ella se había ido apagando y pasó a ocupar un lugar sin importancia en su vida. Había muerto hacía tres años —de abandono, creo yo— y la rubia de hoy era el primer síntoma de que todavía le quedaba algo de vida sexual.

Farfulló un poco en su incomodidad, y se sentó ante el escritorio.

—Es una modelo de Nueva York —me comentó sin mirarme—. La conocí el mes pasado, cuando estuve allí de vacaciones.

—No tienes por qué darme explicaciones. Es un fenómeno natural. Estoy aquí por lo de anoche.

—Sí —dijo.

Pareció aliviado al ver que se le presentaba una oportunidad de cambiar de tema, y se pasó un par de minutos revolviendo los papeles que atestaban su escritorio.

—Háblame de ese tipo Tarker —me dijo.

—¿Quién?

—Tarker —repitió. Volvió a mirar el papel que tenía en la mano y dijo—: Alex Tarker. El que murió.

—El tipo que intentó matarme, querrás decir.

—Por supuesto, eso es lo que quiero decir. Háblame de él.

—¿Qué quieres que te cuente?

—De dónde lo conocías, qué tenía contra ti...

—No has entendido nada, Harcum. Jamás le había visto antes de lo de anoche —dije sacudiendo la cabeza.

—Tienes que haberle conocido de alguna parte. De lo contrario, ¿cómo podía haberte disparado? —repuso arrugando la frente y la papada.

—No había nada personal en ello —le expliqué—. Lo hizo por dinero.

Arrugó aún más la frente y me echó una mirada fingidamente penetrante.

—¿Te lo dijo él?

—Harcum —repliqué con impaciencia—, ese tipo era un profesional. Te doy mi palabra. Además, jamás le había visto en mi vida. Yo..., déjame ver ese informe que tienes sobre él.

Titubeó, se preguntaba si su dignidad profesional se vería disminuida si yo le echaba una mirada a sus documentos oficiales, pero terminó dándome el informe de mala gana.

—Acabo de recibirlo por teletipo, hace quince o veinte minutos.

El documento estaba redactado en ese papel amarillo de mala calidad usado para los teletipos, y la información estaba impresa en letras mayúsculas enormes, sin signos de puntuación. Decía que el

hombre muerto era un tal Alex Tarker, un matón de poca monta con varios arrestos en Nueva York, Miami y Baltimore, y uno o dos sitios más, en su mayoría por asalto, con o sin armas, y un par de condenas, las dos eran de hacía mucho tiempo. Según parece, su centro de operaciones era Nueva York. La Policía de Nueva York le conocía mejor de lo que quería, pero por el momento no le buscaban por nada en particular.

Harcum interrumpió mi lectura y me preguntó:

—¿Estás seguro de que no le conocías del Ejército?

—De la infantería de marina —le corregí—, que no es lo mismo. Sí, estoy seguro de que no le conocía de la infantería de marina. Además, eso fue hace más de quince años. Y además, y por enésima vez, te digo que era un profesional. Le había contratado alguien de la ciudad…

Sacudió la cabeza con violencia, las mejillas le temblaban, y dijo:

—Tim, esto no me gusta. No me gusta.

—En realidad me tiene sin cuidado que no te guste.

—Nadie de esta ciudad haría una cosa así —comentó con firmeza—. Mandé a pedir a Washington los antecedentes militares de ese tipo. Si no estuvo contigo en la infantería de marina…

—No estuvo conmigo —insistí irritado.

Sabía lo que Harcum estaba haciendo y por qué lo hacía. Se daba perfecta cuenta de que no tendría oportunidad de averiguar quién había contratado a Tarker por eso se empeñaba en buscar una salida. Por otra parte, tenía entre manos el homicidio de un matón desconocido procedente de Nueva York. En la ciudad, no había nadie que conociera a este matón, ni que le importara nada de él, de modo que no habría broncas si él no lograba esclarecer el asunto. Por otra parte, tenía entre manos el intento de asesinato de un conocido ciudadano local, es decir, yo. Y para eso tenía a Tarker. Este había intentado asesinarme y ahora estaba muerto. Eso cerraba el caso.

A Harcum le encantaba cerrar un caso sin tener que molestarse demasiado. Lo único que podría crearle contratiempos en todo este lío era el averiguar quién había contratado a Tarker. Sería un verdadero problema, por ello se esforzaba en hacer creer que esa persona no existía.

Y yo me esforzaba en asegurarme de que sí existía.

—Alguien contrató a Tarker —dije—, y es el mismo tipo que le mató.

—¿Pero por qué, Tim? Por el amor de Dios, ¿por qué?

—La Liga de Ciudadanos para un Gobierno Honesto —repliqué.

Volvió a arrugar la frente un poco más.

—Estás complicando las cosas, Tim —dijo amargamente.

—No estoy complicando las cosas. Las estoy simplificando. No tienes que recurrir a Washington ni a Nueva York, ni a ninguna parte. El tipo que contrató a Tarker está aquí, en la ciudad, y probablemente en este mismo edificio.

—Yo que tú no iría por ahí acusando a la gente, Tim —me advirtió.

Meneé la cabeza y me puse en pie.

—Eres un avestruz, Harcum. Tienes que resolver un caso de homicidio, y malgastas todas tus energías tratando de hacer creer que no existe.

—Estamos trabajando en ello —dijo a la defensiva.

—¿A quién has asignado el caso?

—A Hal Ganz. Es el mejor de mis hombres, Tim, te consta. Fue a la escuela policial de Albany y todo. He puesto al mejor de mis hombres en este caso.

—Claro —dije.

Me dirigí a la puerta privada, la abrí de par en par y me volví a mirarle. Tenía la frente surcada de líneas y los labios apretados, se había puesto a analizar la hoja del teletipo con aire de tristeza.

—A propósito —añadí—, ¿cómo se llama la rubia?

—Sherri —contestó, y volvió a sentirse incómodo.

—¿S-h-e-r-e-e?

Sacudió la cabeza, y me deletreó el nombre.

—Es una buena chica —añadió, desafiante.

—Seguro que lo es. Pero te daré un consejo.

—¿Qué consejo?

—Para el almuerzo, cómete un bistec y huevos crudos.

6

Bajé al departamento de policía que, junto con la cárcel de la ciudad, ocupa todo el sótano del Ayuntamiento, y pregunté por Hal Ganz, pero en ese momento no estaba. De todas maneras, tenía que ir ya hacia el hotel, entonces le dije al empleado de tumo que no se molestara en buscar a Hal. Salí de la oficina, me dirigí al frente del edificio y atravesé el parque, en dirección a la calle De Witt.

El hotel Winston se encuentra en un punto clave, a mitad de camino entre el centro y la estación de tren de la calle State, y a tres manzanas de la calle De Witt, el Western National Bank y el parque del Ayuntamiento.

Volví a saludar a Gar Wycza, que seguía haciendo como que dirigía el tráfico, en la esquina de De Witt y State, y bajé por State en dirección al hotel.

Entré en el vestíbulo minutos antes de las doce, y Ron Lascow, que tenía la misma pinta que los anuncios de trajes en *Esquire*, se incorporó del sofá del vestíbulo y vino a mi encuentro.

—Creo que he visto a nuestro hombre entrar en el bar hace unos minutos —dijo—. Un tipo vehemente que lleva un maletín.

—Dios bendiga a los reformistas —comenté—. La gente mala sabe que él ha llegado.

Le pasé los datos de mi conversación con Dan Wanamaker y acabé diciéndole que iría a su maldita reunión de las tres.

—¿Le dijiste a Wanamaker que ibas a ver a Masetti? —preguntó.

Asentí.

—¿Por casualidad no le habrás mencionado mi nombre?

—Creo que sí —repliqué—. Sí, sí lo hice. Le dije que tú y yo veríamos a Masetti.

—No sé por qué, pero me gustaría que no hubieras hablado de

mí, tío Timothy —comentó—. Si se llega a saber que el pequeño Ronnie está parlamentando con el enemigo, los muchachos pueden pensar que ya no soy digno de confianza.

—Si les dices que vas a hablar con el enemigo, no tienes de qué preocuparte. Pero si no se lo dices, y ellos llegaran a enterarse después...

—Ya te entiendo, tío Timothy —asintió—, tienes toda la razón del mundo.

—Además, no se puede decir que el bar del hotel Winston sea un sitio privado —añadí.

—Cierto, cierto. Y hablando del bar, ¿por qué no vamos para allí?

Allí fuimos. Estaba prácticamente vacío, había unos cuantos forasteros —por el aspecto que tenían, se diría que eran casi todos vendedores— acodados en la barra. Sólo una de las mesas estaba ocupada, y ante ella estaba sentado nuestro hombre. Era exactamente como Ron me lo había descrito. Vehemente y don maletín. Tenía la nariz puntiaguda y las cejas muy pobladas, los ojos profundos y oscuros, y las mejillas surcadas por arrugas de desaprobación. Tendría unos treinta y cinco años.

Ron, que es muy sociable, tomó la iniciativa. Se dirigió hacia la mesa, sacó a relucir su mejor sonrisa, y tendiéndole la mano le preguntó:

—El señor Masetti?

—¿Sí? —contestó Masetti, circunspecto y decidido, levantando la vista.

La mano de Ron quedó en el aire.

—Soy Ron Lascow —dijo. Usó la mano para señalarme, y añadió —: Y éste es Tim Smith.

—Encantado —replicó Masetti con un esbozo de sonrisa, que habría sido digna de verse porque en lugar de sonreír, frunció el ceño. Y luego le dijo a Ron—: Creía que nuestra cita era a la una.

—Hemos decidido ahorrarle tiempo —le explicó Ron. Se sentó a la mesa, frente a Masetti, y agregó—: Así podrá usted matar dos pájaros de un tiro.

—Esperaba poder hablar con cada uno de ustedes en privado —dijo Masetti con amargura.

—Es que no tenemos secretos —replicó Ron alegremente—.

Timothy y yo somos hermanos de sangre.

—Tenemos la misma actitud frente a las cosas —añadí yo. Me senté junto a Ron, y proseguí—: He oído hablar de su organización.

Esta vez, Masetti sonrió de veras. Fue como una ráfaga de aire frío.

—¿Y qué es lo que ha oído decir? —preguntó.

—Que es un grupo reformista. Un grupo reformista práctico y eficiente.

—Lo cual puede ser una ventaja —dijo Ron.

—Es una ventaja —aclaró Masetti—. No tenemos vínculos políticos. Nadie puede comprarnos ni intimidarnos. ¿Conoce nuestros antecedentes?

—Son impresionantes —añadí.

—Aterradores —dijo Ron cándidamente.

—Habrán ustedes adivinado —prosiguió Masetti— que nos proponemos investigar la ciudad de Winston.

—Y quiere que Ron y yo le ayudemos —le dije.

Asintió. Se llevó la mano al bolsillo interior de la americana y sacó un montón de sobres de tamaño comercial. Los barajó, y nos entregó uno a Ron y otro a mí, diciendo:

—No he venido sin recomendaciones.

Eché un vistazo al sobre que me había dado. En el anverso figuraba mi nombre completo, Timothy E. Smith, escrito a máquina. Eso era todo. La carta que había dentro estaba firmada por Terry Samuelson. Terry había nacido en Winston, era un viejo amigo y ahora ejercía como abogado criminalista en Nueva York. Siempre había respetado sus opiniones, porque era un tipo brillante y práctico, una combinación poco frecuente.

La carta era escueta, iba al grano. Decía así: «Querido Tim: Permíteme que te presente a Paul Masetti, un tipo sagaz y una buena persona. Trabaja para la Liga de Ciudadanos para un Gobierno Honesto. Y lo está haciendo muy bien. Sé que te gusta Winston, y creo que te gustará aún más cuando Paul y la Liga hayan realizado su trabajo. Si puedes, ayúdale.»

La leí dos veces, luego la doblé, la volví a meter en el sobre, y le pregunté a Masetti:

—¿Puedo guardármela?

—Por supuesto —contestó con otra de sus sonrisas invernales—. Si decide trabajar con nosotros, podrá cobrarle a la Liga la conferencia telefónica.

—¿La conferencia telefónica?

—A Terry Samuelson.

—¿Qué es exactamente lo que quiere de nosotros, señor Masetti? —preguntó Ron.

—En toda ciudad —replicó Masetti—, no importa el tamaño que tenga, hay deshonestidad en el gobierno. Los habitantes de esa ciudad que trabajan en el gobierno o en relación con él, saben dónde reside la deshonestidad. Mientras que un extraño no lo sabrá. Si un forastero ha de desterrar la corrupción, tiene que contar con la asistencia de la gente honesta que vive en esa ciudad.

Me echó una mirada insistente, luego volvió a mirar a Ron y prosiguió:

—No nos interesa la deshonestidad en todas sus escalas. Sólo estamos interesados en la deshonestidad de los gobernantes. Pongamos un ejemplo hipotético. Supongamos que la hora legal de cierre de las tabernas de Winston sea la una de la madrugada. Supongamos ahora que hay una taberna que permanece abierta hasta las tres. Para evitarse problemas con las autoridades, el propietario soborna al patrullero de la ronda nocturna y al capitán del distrito, o al jefe de Policía u otro cargo importante. Tenemos, pues, que se cometen dos delitos. Uno, el delito de permanecer abierto después de la hora legal de cierre, y dos, el delito de aceptar el soborno. A la Liga no le interesa el delito que comete el policía.

Hizo una pausa, levantó el índice para indicarnos que sólo nos había explicado un aspecto de la cuestión. Emitió su pequeño discurso con un entusiasmo glacial. Resultaba evidente que se lo sabía de memoria, pero también resultaba evidente que se lo sabía de memoria porque le gustaba.

—Tenemos un motivo muy importante para esta limitación —continuó—. Y si volvemos a nuestro ejemplo hipotético, descubrirán cuál es ese motivo. Supongamos ahora que la Liga ha venido a Winston y que, con la ayuda de los ciudadanos honestos, ha logrado eliminar del gobierno todo vestigio de corrupción, desde el agente de la ronda nocturna hasta la oficina del alcalde.

La forma en que pronunció «el agente de la ronda nocturna», con otro ligero esbozo de sonrisa glacial, dejó en claro que no usaba tales expresiones con frecuencia, sino exclusivamente por puras razones de estilo. No hablaba, sino que escribía en voz alta.

—Una vez eliminada la corrupción —dijo—, el patrullero que había estado aceptando el soborno ya no forma parte del cuerpo de Policía. Su lugar ha sido ocupado por un patrullero honesto. Al propietario de la taberna no le queda más remedio que cerrar a la una, de lo contrario irá a la cárcel —hizo un amplio ademán, y volvió a sonreír—. ¿Me han comprendido? Si se pone fin al primer delito, también logramos acabar con el segundo —nos señaló con el dedo para dar más énfasis a sus palabras—. Existe un alto porcentaje de delitos —prosiguió— que jamás habrían sido cometidos sin la connivencia e incluso la ayuda de los representantes del gobierno. Al acabar con los delitos gubernamentales, se logra eliminar un gran porcentaje de otros crímenes.

—Magnífica teoría —comentó Ron con irreverencia—. Excepto que el delito gubernamental se repite. El nuevo policía de la ronda puede estar tan sediento de dinero como su predecesor.

—Ese es el objetivo de la Liga —dijo Masetti—, que exista una vigilancia permanente, incorruptible y concienzuda que evite la corrupción del gobierno a nivel local. Cuando terminamos nuestro trabajo en una ciudad o pueblo, dejamos atrás una ciudadanía alerta y vigilante, dispuesta a mantener alejados a los rufianes para siempre.

—¿Qué es exactamente lo que quiere de nosotros? —volví a preguntar. Ya me había dado bastantes ejemplos hipotéticos.

Masetti me miró a los ojos y contestó:

—Un hombre como usted reúne información poco a poco. Parte de esa información sería sumamente útil en nuestra lucha contra la corrupción en Winston.

—Ya veo.

—¿Y qué sacan ustedes de todo esto? —interrumpió Ron—. Winston no es su ciudad, no piensan quedarse a vivir aquí cuando todo haya acabado. ¿Qué saca usted de este asunto.

—Trabajo a sueldo —le informó Masetti, con toda seriedad—. Me han contratado para que represente a la Liga. Me pagan para

que ayude a descubrir a los corruptos. Y ocurre que me encanta mi trabajo.

—¿Y qué saca la Liga con todo esto? —le pregunté.

—Satisfacción —contestó—. Y hacer bien un trabajo —y añadió mirando a Rosi—: Y como el señor Lascow acaba de decir, yo no viviré en Winston cuando la Liga acabe con su trabajo. No tengo aquí ataduras personales, económicas ni políticas. Al igual que los demás miembros de la Liga. Somos completamente imparciales.

—¿Qué quiere de mí? —preguntó Ron.

—Su apoyo público —contestó Masetti—. El apoyo y los buenos deseos de los ciudadanos responsables del lugar, especialmente de aquellos que están cerca del gobierno local sin estar conectados con él, es una de las ventajas más grandes con las que podemos contar.

Aparentemente ni Masetti ni la Liga conocían el plan de Ron para evadir impuestos, la estratagema que había ideado él solito, y que pensaba utilizar como palanca para obtener un puesto en el Concejo Municipal, en las próximas elecciones. Ron me dio una patadita en el tobillo, por debajo de la mesa, para cerciorarse de si me había dado cuenta del chiste. Le devolví la patadita, para que supiera que me había dado perfecta cuenta.

Masetti nos miró a los dos a la vez, y nos preguntó:

—¿Y bien? ¿Los he convencido?

—Sólo existe un pequeño problema en todo esto —le dije—. Como acaba de comentar, una vez que todo explote, usted no se va a quedar a vivir aquí. Pero yo sí, y Ron también. Ambos tenemos que seguir viviendo en esta ciudad. Ambos necesitamos de la tolerancia y cooperación de los politiqueros locales para ganarnos la vida. Si hoy cualquiera de nosotros se vuelve en contra de los políticos, es muy probable que mañana nos resulte muy duro sobrevivir.

—Winston es una ciudad muy nerviosa —agregó Ron—. Fíjese que Tim ni siquiera le ha prometido su ayuda, y anoche ya han atentado contra su vida.

—Eso me dijeron —asintió Masetti—. Fue usted muy afortunado, señor Smith.

—Muy rápido —le corregí.

—Yo diría —prosiguió— que eso le da más motivo para cooperar con nosotros. Estos criminales políticos son mucho más peligrosos para su vida que para sus medios de subsistencia.

—La vida es muy desgraciada sin medios de subsistencia —le dije.

—Todavía no se ha creado un grupo de reformistas —comentó Ron— que haya acabado con todos los maleantes. Si dejan ustedes a uno solo sentado en su oficina del Ayuntamiento, y Tim y yo les ayudamos a eliminar al resto, ese único que quede se encargará de hacernos la vida difícil.

—Como le dije antes —explicó Masetti con lentitud—, trabajo a sueldo y le confieso que es un muy buen sueldo. Los ciudadanos locales que nos ayuden activa y públicamente también reciben un salario.

—No siga —le detuve—. Déjeme que le explique bien cómo es la vida. ¿Ve el traje que llevo puesto?

Asintió, intrigado.

—Es a la medida —proseguí—. Los de confección me marcan mucho el vientre —saqué un pie de debajo de la mesa y añadí—: Zapatos de treinta y cinco dólares —me señalé la corbata y dije—: Importada de Francia. Me costó ocho dólares. Es una de las más baratas que tengo. El único motivo por el que conduzco un coche modelo cincuenta y uno es porque fue el último año que en este país se fabricó un coche como es debido. Si quisiera, podría comprarme uno nuevo mañana mismo, y pagarlo al contado. Tengo una cuenta de ahorros bastante abultada en el Western National, y una cuenta corriente igual de abultada. Cuento con unos ingresos garantizados, y no tengo que esperar a que los clientes me vengan a ver para darme trabajo.

—Lo comprendo... —comenzó a decir, pero le interrumpí.

—Usted no comprende un cuerno. Ahora escúcheme, y no voy a darle ejemplos hipotéticos, sino hechos. En una ciudad como ésta existe un equilibrio, un equilibrio como el que hay en esos móviles, que se anunciaban en las revistas hace unos años. Todo el mundo tiene un sitio, todos tienen un peso y todo se mantiene compensado. Si logras encontrar un buen sitio, y tener bastante peso, y vas con cuidado y tratas de que el móvil no pierda el equilibrio, te puedes quedar. Tienes una posición, un lugar. Mientras contribuyas a

mantener al móvil como está tu posición permanece a salvo. Pero si empiezas a moverte demasiado, a hacer peso y a sacudir las partes del móvil, haciendo que el equilibrio se vuelva loco de repente, te encontrarás desplazado y con el culo al aire. Yo tengo una buena posición, todo el dinero que quiero y el prestigio que necesito. Tengo una posición y voy a quedármela, porque cuido el equilibrio, no hago peso. Ron acaba de empezar a construirse una posición dentro del móvil. Mientras demuestre que respeta el equilibrio, que no va a ser codicioso ni agresivo, le irá bien. De lo contrario, quedará desplazado. Seguirá viviendo en esta ciudad y quizá logre ganarse la vida defendiendo a borrachos y a maridos que apalean a sus mujeres, pero jamás podrá subirse al móvil.

—Su analogía no es exacta —dijo Masetti—. La Liga…

—La Liga —le interrumpí— ha venido para destrozar el móvil de una patada, para hacerlo añicos. No podrá, jamás lo logrará. Quizá logre eliminar alguna de sus partes, perturbar el equilibrio durante un tiempo, pero el móvil seguirá allí cuando todo acabe. Todos se reacomodarán, hasta que se recupere el equilibrio, y todo seguirá igual que antes.

Masetti me estudió con amargo desencanto, y luego dijo:

—Me habían dado a entender que tenía usted una conciencia cívica bien formada…

—No siga —dije—, no siga usted. ¿Qué sabe de esta ciudad? Aparte del hecho de que los políticos son deshonestos, ¿sabe usted algo más?

—Esperaba que usted…

—Está bien, caballero, le diré un par de cosas —le espeté, mostrándole la mano abierta y empezando a contar—. La gente de esta ciudad no tiene nada de qué lamentarse. Nada. Las escuelas se encuentran entre las mejores del Estado, las calles están en buenas condiciones, no existe prostitución organizada, no hay drogas ni latrocinios, los impuestos son bajos…

—El criminal inteligente —me interrumpió Masetti— siempre ocultará sus delitos tras una fachada de buenas obras.

—Esa fachada —le contesté— ha hecho que sea bonito vivir en esta ciudad.

—¿Y por qué tiene que ser Winston? —preguntó Ron de pronto —. ¿Por qué esta ciudad?

—Tarde o temprano —replicó Masetti— investigaremos todas las ciudades del estado de Nueva York.

—¿Y por qué empezar por aquí? —inquirió Ron—. Hay sitios peores que Winston.

—Miles de sitios peores —agregué.

—No empezamos por aquí —replicó—. Es la tercera ciudad en la que trabajamos. Comenzamos en...

—¿Y qué me dice de la ciudad de Nueva York? —preguntó Ron.

—Al diablo con la ciudad de Nueva York —interrumpí—. ¿Qué me dice de Albany, de donde vienen ustedes? Allí ni siquiera se preocupan por la fachada de buenas obras. Las calles están llenas de baches...

—En Albany —me interrumpió Ron—, los gravámenes sobre las propiedades se imponen después de las elecciones. Eso es controlar a los votantes.

—También llegaremos a Albany —dijo Masetti irritado. No quería hablar de Albany.

—¿Cuándo? —le pregunté.

—No sé para cuándo está programada, no dirijo la Liga.

—¿Quién la dirige?

—Bruce Wheatley. Tal vez haya oído hablar de él. Es...

—Jamás he oído hablar de él —replique.

—La cuestión es —continuó Masetti, con creciente irritación— que ahora estamos interesados en Winston...

—Que es donde yo vivo —comenté.

—¿Y no le interesa hacer del lugar en que vive un sitio más digno?

—Aquí se vive muy bien —repliqué—. El móvil está bien equilibrado, la gente recibe un trato justo, y esta ciudad es agradable y tranquila. Me gustan las cosas tal como están.

—Entonces no nos ayudará —concluyó. Una amarga tristeza tenían sus palabras. Con ellas, acababa de excomulgarme.

Masetti echó una mirada a Ron y le preguntó:

—¿Y usted, señor Lascow?

—El tío Timothy es mi mentor —contestó Ron con petulancia—. El me ha enseñado todo lo que sé sobre la vida.

Las arrugas de desaprobación del rostro de Masetti se hicieron aún más profundas cuando nos dijo fríamente:

—Entonces, si me disculpan…
Le disculpamos con mucho placer.

Cuando se hubo marchado Ron y yo nos tomamos unas cervezas y comentamos el asunto. El móvil al que me, había referido ya estaba bastante agitado. La ciudad había engordado demasiado, y estaba excesivamente satisfecha. Hacía mucho tiempo que no habíamos tenido un reformista, y la ciudad no sabía ya cómo comportarse ante ellos.

La mayoría de las piezas del móvil asistirían a la reunión de las tres en el Ayuntamiento. A Ron no le habían invitado, así que le comenté que cuando hubiera terminado pasaría por su oficina para informarle de lo sucedido.

—Tal vez no sería mala idea estar de parte de los ángeles, si es que todo ha de derrumbarse —dijo Ron pensativo, mientras sorbía lentamente su cerveza—. Entiendo que la Liga es muy efectiva. Después de todo, podría acabar desarmando tu móvil.

—Construirán uno nuevo —repliqué.

—Claro. ¿Y quién estará en él? La gente que ayudó a destrozar el anterior.

—Ronald, hijo mío, tienes buenas intenciones. Simples, pero buenas. Ya te contaré cómo han ido las cosas en la reunión de esta tarde —eché una ojeada a mi reloj, era la una menos cinco, y agregué—: Tengo que comer con una persona. Será mejor que me vaya.

—Yo también —comentó—. A propósito, ¿usarás tu coche esta tarde?

—No, ¿por qué?

—Es que tengo que ir a Hillview, y el mío está averiado, el carburador no funciona.

—Puedes cogerlo —dije y le di las llaves—. El plan para evadir impuestos tiene algo que ver con Hillview, ¿no?

—No empieces a sacudir el móvil —contestó con una mueca, y partió. Yo me fui a ver qué quería Marvin Reed.

7

Marvin Reed es alto y bien plantado. A pesar de que ya tiene treinta y dos años, el tiempo aún no ha comenzado a dejarle sus huellas, sigue conservando el físico jovial de una estrella universitaria del deporte. Tiene el cabello castaño claro y sus facciones son regulares, y dado que su padre dirige la Reed & King Chemical Supplies, dispone de dinero suficiente para vestirse bien, y lo hace. A pesar de todo, no llega a ser guapo.

En realidad, no es un problema de físico. Creo que es su estructura mental, su actitud frente a la vida. Se le ve siempre preocupado, angustiado y nervioso. Su mujer le hace la vida imposible, y su padre tiene una especie de fe ciega en él. Por todo ello, lleva la frente permanentemente arrugada, sus ojos tienen una expresión constante de tristeza y dolor asombrado, y su boca, de labios plenos, es débil, temblorosa y con un rictus de amargura.

Me esperaba en el vestíbulo, se le veía impaciente y nervioso. Sintió un gran alivio al ver que me dirigía hacia él, como si no hubiera estado del todo seguro de que acudiría a la cita, y se apresuró a conducirme al comedor del hotel.

Tenía una prisa increíble, hasta que nos sentamos. Entonces, le pregunté de qué quería hablarme, y allí mismo empezó a titubear.

—Por favor, después que hayamos comido, Tim —me suplicó—. Primero comemos y después hablamos. ¿Te parece bien?

Quise decirle que no, simplemente para observar su reacción, pero temí que se echara a llorar, así que acepté su sugerencia.

Comimos, y dado que no teníamos que hablar del tema que motivaba la reunión, acabamos por no decir palabra. Comí mecánicamente, tratando de no mirarle; finalmente, cuando hubo concluido el almuerzo, llegó el momento de ir al grano.

Pero siguió titubeando. Esperé a que comenzara, y él esperaba que yo le diese ánimos para comenzar. Estuvimos así, allí sentados, durante un rato; finalmente me di por vencido y dije:

—¿Y bien?

—Es por esta carta —comentó precipitadamente buscando algo en la chaqueta.

Últimamente, todo el mundo me hacía lo mismo: se metían la mano en el bolsillo de la chaqueta en busca de una carta. En una ocasión, la carta resultó ser un revólver, por ello, ese movimiento me ponía un tanto nervioso.

Pero Marvin Reed sacó, efectivamente, una carta. La dejó caer sobre la mesa, entre ambos, y se reclinó en su asiento, un tanto inquieto: me dejaba a mí la próxima jugada.

La recogí. Iba dirigida a Marv, a su domicilio particular; en el extremo superior izquierdo del sobre figuraba el remitente: un tal J. Bluger, de Albany.

La carta era concisa y sin rodeos: «Apreciado Marv: En unos días recibirás la visita de un abogado llamado Paul Masetti, te llevará esta carta de presentación. Es un hombre que lucha con ahínco contra el crimen organizado; trabaja para la Liga de Ciudadanos para un Gobierno Honesto, y se dispone a reformar esa fea ciudad en la que vives. Si puedes, ayúdale. Y si no, no me vengas con quejas. Alguien, a quien no podía negarme, me pidió que escribiera esta carta. Lo dejo a tu criterio, simplemente quise que estuvieras al tanto. Si vienes por aquí, no dejes de visitarme. Jay.»

La releí, le di la vuelta, miré el reverso blanco y pregunté:

—¿Quién es este Jay Bluger?

—Un amigo de la Universidad —contestó—, seguimos viéndonos de vez en cuando.

—Muy bien —dije. Volví a meter la carta en el sobre, la empujé hacia él, y le pregunté—: ¿Y ahora qué?

—La recibí ayer. No pude dormir en toda la noche pensando qué hacer. Esta mañana me telefoneó Masetti, me citó para esta tarde a las dos —echó un vistazo a su reloj con un ademán nervioso e inseguro—. Dentro de treinta y cinco minutos.

—¿Y…?

—Le dije que iría —prosiguió. Se mojó los labios, extendió la mano para recoger el sobre, pero cambió de idea y la retiró de

golpe. Me miró con aire suplicante—: ¿Qué otra cosa puedo hacer?

—¿Y qué pinto yo en todo este asunto? —le pregunté.

No sabía qué hacer con las manos. Deseaba recoger la carta, pero en el fondo no se decidía a hacerlo. Jugó nerviosamente con el salero, mordiéndose el labio inferior. Finalmente, contestó:

—Ya sabes qué clase de gente gobierna Winston.

—¿Y con eso qué?

—Mi padre es uno de ellos —agregó sin mirarme, como si me estuviera confesando un pecado secreto.

—Tu padre es el jefe —dije con brutalidad.

Pegó un brinco y me confesó con patetismo:

—No puedo volverme contra mi propio padre —estaba tan abrumado que volcó la sal. Dejó el salero y se puso a limpiar el mantel. Luego balbució—: Pero es que no puedo..., no puedo quedarme sin hacer nada. Tengo..., tengo... una responsabilidad cívica. Yo... —se detuvo en seco, completamente perdido.

—Sigo sin entender qué pinto yo en todo este asunto.

En vista de las circunstancias, se armó de coraje y me soltó una parrafada:

—Quiero que vayas en mi lugar. Quiero que veas a Masetti a las dos y le digas que te contraté para ayudarle en lo que puedas. Y dile..., explícale por qué yo no puedo hacer nada.

Antes de que terminara, comencé a negar con la cabeza.

—Marv, has tirado tu dinero al invitarme a comer —le dije—. Masetti me llamó a mí también. Acabo de hablar con él.

Me miró lleno de interés, y preguntó:

—¿Y qué harás?

—Rechacé su propuesta. Tú también puedes hacer lo mismo. Explícale tú mismo por qué no puedes ayudarle.

—No podría, Tim —confesó lleno de miedo y dolor—. ¿Cómo voy a enfrentarme a él?

—Es problema tuyo —contesté y me puse en pie—. Lo siento, Marv. Pero se trata de un trabajo que ya he rechazado una vez.

—Tim —suplicó—, ¿no podrías ir a verle y decirle que no puedo ayudarle? No tienes que decirle que trabajarás para él. Simplemente explícale por qué debo rehusar.

Me lo pensé dos veces. Marvin es una de esas pobres personas a las que es prácticamente imposible decirles que no, pero al mismo

tiempo ya no tenía ánimo de más conversaciones con el amigo Masetti.

—Lo siento, Marv. Esto es cosa tuya.

—No sé qué hacer —dijo.

—Ya se te ocurrirá algo.

Le deje allí sentado y salí a la calle. Giré hacia De Witt y regresé a mi oficina. Mientras caminaba, me pregunté qué se le ocurriría a Marv, siendo quien era, cuando se viera con Masetti. No se presentaría. A las dos, a la hora en que se suponía debía comenzar a hablar con Masetti, se escondería en algún lugar seguro donde Masetti no pudiera dar con él ni con un contador Geiger, y ahí se quedaría hasta estar seguro de que Masetti había captado la indirecta. Ese era el estilo de Marv.

En la esquina de State y De Witt saludé por tercera vez en el día a Gar Wycza, y seguí mi camino en dirección al edificio del Banco entre las mujeres que iban de compras en esa tarde soleada de junio. Me detuve en Sampson’s Specialty Superette, el único almacén de la zona centro de la calle De Witt; charlé un rato con Roberta, la jefa, y conseguí dos cajas vacías que alguna vez habían contenido latas de sopa de tomate. Luego me fui a la oficina.

En la séptima planta me asomé al despacho de Ron Lascow y le pregunté a Jess:

—¿Me ha llamado alguien?

—Que yo sepa, no —contestó echando una mirada a las cajas de cartón—. ¿Te mudas?

—No tengo tanta suerte. ¿Sabes si Ron ya se ha ido para Hillview?

—Tendría que estar de regreso a las tres —me confirmó.

—Pues muy bien. Estaré en mi oficina durante unos momentos.

Movió la palanca para devolverme el servicio telefónico. Crucé el pasillo para meterme en mi oficina. Una vez dentro volví a cerrar con llave, abrí el archivador y repasé los expedientes. Los que tenían algo que ver con quienes asistirían a la reunión de las tres fueron a parar a las cajas de cartón, más la información sobre cualquier otra persona que, en otras manos, podría enviarlas a la cárcel o convertirlas en víctimas del chantaje. Cuando terminé, las

dos cajas estaban repletas y el archivador casi vacío.

Justo cuando estaba cerrando el archivador, con llave, sonó el teléfono. Una operadora me preguntó si yo era Tim Smith, le dije que sí, entonces me informó que tenía una llamada de Albany.

—Soy Bruce Wheatley, señor Smith —dijo una voz suave con ligero acento británico, y el tono más bien distraído.

Tardé un segundo en recordar dónde había oído ese nombre. Paul Masetti lo había mencionado. Era el jefe de la Liga.

—Me imagino que Masetti acaba de telefonearle —dije.

—Me comentó que se negó usted a colaborar, señor Smith.

—Creo que ya no hay nada más que decir.

—Me pregunto si..., cómo decirle..., si la personalidad de Paul Masetti no ha influido en su decisión. No es precisamente un hombre amistoso... y...

—Ya lo he notado. Pero no tuvo nada que ver con mi decisión. Lo que me decidió fue que no creo que esta ciudad necesite muchas reformas, y menos si vienen de gentes de fuera.

—Vamos, señor Smith —dijo Wheatley con entusiasmo—, no me dirá usted que Winston es la mejor de las ciudades...

—Lo cierto es que no está mal de todo. La última vez que nos dio la fiebre reformista fue durante la guerra, en mil novecientos cuarenta y cuatro. A mi regreso esto estaba hecho un desastre. Los del Ayuntamiento eran honestos al cien por cien. Pero también eran estúpidos al cien por cien.

—Le aseguro, señor Smith, que Paul Masetti será cualquier cosa menos estúpido. Tal vez no tenga demasiados encantos personales, pero es un hombre brillante, absolutamente brillante. El trabajo que hizo en Monequois...

—No tiene por qué disculparse en su nombre. Me consta que sabe hacer su trabajo. Yo también sé hacer el mío, y mi trabajo consiste en ayudar a que esta ciudad siga siendo un lugar tranquilo, seguro y bien gobernado. Y francamente creo que las cosas están muy bien como están.

—¿Es su última palabra, señor Smith? —parecía defraudado igual que un maestro cuyo alumno más prometedor hubiera anunciado de repente que no iría a la Universidad.

—Es mi última palabra —le dije.

—Por si cambia usted de opinión...

—No lo haré.

—Si lo hiciera —insistió amablemente—, me gustaría dejarle mi número de teléfono, en Albany. Puede llamarme cuando quiera —me recitó el número de carrerilla. Ni siquiera me molesté en anotarlo. Luego añadió—: Espero volver a tener noticias de usted, señor Smith.

—Lo dudo mucho —dije.

Colgué y luego eché un vistazo a las cajas de cartón llenas de expedientes. Hasta ese momento, el archivador y la oficina cerrados con llave habían sido dos lugares seguros. Pero tenía el presentimiento de que debía de existir un lugar todavía más seguro.

Saqué la cinta adhesiva del cajón de mi escritorio y sellé las cajas. Luego, abrí la puerta y, resoplando, las transporté hasta la oficina de Ron Lascow, al otro lado del pasillo.

—¿Vas a instalarte aquí? —preguntó Jess sorprendida al verme entrar.

—Será por poco tiempo. Cuando Ron regrese con mi coche, dile que me haga un favor, ¿quieres?

—¿Que te ponga las cajas en el coche?

—Así es.

—Y se supone que no debo enterarme del contenido —dijo.

—¿Por qué no? —comenté encogiéndome de hombros—. Son papeles viejos que estaban dando vueltas por mi oficina.

—¡Vaya! Y yo que esperaba que estuvieran llenas de misteriosos secretos.

—Pues no has tenido suerte —repliqué con una sonrisa y me dirigí a la puerta—. Te veré luego.

—Apuesto que ni tan siquiera tienes misteriosos secretos —dijo.

8

En la calle seguía siendo junio y hacía sol; las mujeres que iban de compras trajinaban de un lado a otro, cargadas de bolsas con la inscripción «Estuve de compras en SHELDON'S», grabada en letras rojas sobre ambas caras; los Sal Mineos y Brigitte Bardots seguían agolpándose a la entrada de la biblioteca. En el escaparate del Concesionario de Automóviles de Hutchinson estaban colocando unos enormes carteles que anunciaban las rebajas de verano: Fred Hutchinson se disponía a liquidar los últimos modelos del año anterior antes de la aparición de los nuevos, en septiembre; Gar Wycza seguía de pie, en medio de la calle, en la intersección de State y De Witt, moviendo los brazos en señal de que trabajaba. Nos sonreímos, y al pasar a su lado sugerí:

—Un día precioso para ir de copas, ¿no?

Se echó a reír y agitó los brazos, yo crucé la calle. Los ancianos de rostro ceniciento seguían sentados en los bancos del parque del Ayuntamiento, reclinados cómodamente y recordando los años treinta.

Visto de frente, el edificio del Ayuntamiento era más bien imponente. En primer lugar, estaba la manzana del parque, con un amplio sendero de grava que lo atravesaba de lado a lado, y conectaba la calle De Witt con la gran escalinata de piedra del Ayuntamiento. A ambos lados del sendero de grava había una hilera de majestuosos árboles —olmos, quizá o quizá no, jamás fui muy bueno en esto de identificar árboles— y por encima de sus frondosas copas se erigía el Ayuntamiento. El edificio era de mármol negruzco, gastado por el tiempo, construido en una mezcla de estilo grecorromano y colonial norteamericano, como la mayoría de los pequeños Ayuntamientos del noreste; las ventanas eran

anchas y altas, de una sola hoja; y de los chaflanes surgían unas torres muy extrañas, totalmente fuera de lugar.

Era una monstruosidad arquitectónica, con una ligera influencia holandesa en la línea discontinua del tejado, pero de todas maneras resultaba imponente. Era imponente porque era feo, extraño y macizo. Me imagino que un edificio tan alejado de la belleza como éste, tiene que ser funcional.

Mientras caminaba por el sendero de grava sentí un tirón en el doblez de la pierna derecha del pantalón. Miré hacia abajo, y en el doblez descubrí una nueva rasgadura. No podía imaginarme dónde me la había hecho; busqué entre la grava para ver si descubría un trozo de vidrio o algo así, pero no vi más que las piedrecitas y mis zapatos.

El árbol que tenía más próximo emitió un sonido seco. Lo examiné, pero no vi nada de particular; por un segundo pensé que me estaba volviendo loco. Volví a buscar entre la grava del sendero, y descubrí que, a un metro escaso de donde yo me encontraba, se elevaba una diminuta nube de polvo y volaba en dirección a la calle De Witt.

¡Alguien me estaba disparando! En pleno día, con cientos de personas a mi alrededor: colegiales, mujeres y ancianos. El sol lucía en el cielo, Gar Wycza seguía agitando los brazos en la intersección, los coches brillantes circulaban con sus motores silenciosos, y alguien me estaba disparando. Además, mi cuerpo voluminoso era un blanco demasiado bueno como para que volviera a fallar.

De un salto me parapeté detrás del árbol. Miré a mi alrededor: el mundo seguía su curso. No se habían oído los disparos, ninguna de las personas que me rodeaba se había percatado de que acababan de dispararme. Al refugiarme detrás del árbol, uno o dos ancianos me observaron con curiosidad, eso fue todo. Segundos después, apartaron la vista de mí, pues ya no hacía nada interesante.

Los disparos habían venido del Ayuntamiento. Refugiado detrás del árbol escruté el edificio y sus amplias ventanas vacías. Me sentí muy tonto. Justo en medio de toda esa gente normal, que hacía cosas tan normales, un loco robusto, o sea yo, se ponía de repente a examinar el Ayuntamiento, escondido detrás de un árbol.

Pasaron unos segundos antes de que el miedo se apoderase de mí. Me sentía ridículo, como si acabaran de tomarme el pelo. Y eso

me enfurecía. Me quedé detrás del árbol, tratando de pensar cuál sería mi próximo movimiento, y mi propia impotencia me hizo enfurecer aún más.

¿Qué hacer? No podía pedir socorro, los únicos que me oirían eran los ancianos sentados en los bancos. No podía lanzarme contra el Ayuntamiento. Y tampoco podía quedarme detrás de ese majestuoso árbol para siempre.

Finalmente, retrocedí en dirección a la calle De Witt. Traté de que el árbol quedara entre el edificio y yo, y al mismo tiempo intenté no parecer un loco jugando en medio del parque, así que antes de llegar a la calle De Witt pasé algunos momentos desagradables. Cuando Gar Wycza me sonrió al cruzar la calle, le gruñí, y eso me hizo sentir aún más tonto.

Cuanto más tonto me sentía, más me enfurecía, y cuanto más me enfurecía, más tonto me encontraba; mi excitación fue aumentando durante el trayecto de regreso a la oficina, hasta que la rabia superó la sensación de ridículo, entonces me sentí lleno de cólera. Cuando llegué a mi oficina, y tuve que usar todas las llaves, estaba a punto de estallar.

Al lado del archivador había un pequeño armario donde en invierno solía guardar mi abrigo. Colgada de un gancho había una pistolera, y dentro un revólver calibre 32. Tenía licencia para portar armas, pero no lo había usado desde hacía años, cuando, allá por el cuarenta y seis, la novedad de llevarlo encima se había desvanecido. Jamás me había hecho falta, y menos en una ciudad como Winston.

Pero ahora sí que me hacía falta. La próxima vez que alguien me disparara, maldita sea, podría contestarle.

Había engordado desde que había comprado el revólver y la pistolera, pues ahora me apretaba un poco, pero podía moverme con relativa libertad y llegar a la empuñadura del revólver sin demasiado esfuerzo. Me sentí mucho mejor cuando terminé de colocármelo. La sensación de ridículo había disminuido, y también la rabia impotente. Me volví a poner la americana, cerré la oficina con llave y salí dispuesto a aporrear una mesa de conferencias.

9

La reunión ya había comenzado cuando yo llegué; siete hombres preocupados, sentados alrededor de una gran mesa ovalada, bajo una nube de humo azul grisáceo. Además de Dan Wanamaker y de Harcum, el grupo se completaba con el fiscal de distrito, tres de los cinco miembros del Concejo Municipal, y el jefe de todos, Jordan Reed.

Cuando entré en la habitación, Jordan Reed tenía la palabra. Interrumpió lo que estaba diciendo, y levantó la vista para mirarme con su cara limpia y sonriente.

—¡Tim! ¡Pasa, hijo, pasa! Dan me ha comentado que tienes algo que decirnos.

Reed estaba sentado en un extremo de la mesa. Entre las sillas vacías había una situada al otro extremo, frente a él. Me encaminé hacia esa silla, me quedé de pie con una mano apoyada en el respaldo, y me enfrenté a Jordan Reed mirando a cada uno de mis amigos presentes.

—Uno de vosotros es un bastardo y acaba de dispararme.

Sus caras se llenaron de un asombro lleno de inocencia. Reed dijo entonces:

—Tim, no insinuarás que...

—¿Por qué no voy a insinuarlo? No disparó desde este edificio. Anoche, un pistolero contratado por uno de vosotros, intentó matarme. Son dos...

—¿Desde el Ayuntamiento? —preguntó Harcum, incrédulo—. ¿Dices que alguien te disparó desde el Ayuntamiento?

—Maldita sea si no tengo razón. Y ha sido uno de vosotros...

—Es ridículo —dijo Myron Stoneman, Concejal del Distrito Tercero—. Nadie dispararía un arma desde este edificio y en plena

luz del día...

—Yo no oí el disparo —añadió George Watkins, nuestro fiscal de distrito, una bola de mantequilla pelada con un cuarto de cigarro en la boca.

Acto seguido, se pusieron a hablar todos a la vez, estaban de acuerdo en que nadie había oído los disparos, y que ninguno de ellos le dispararía al bueno de Tim Smith, y un montón de idioteces más.

Dejé que hablaran durante un minuto, mientras los miraba uno a uno, sabiendo que uno de estos siete hombres había intentado matarme dos veces. En ese minuto, mientras todos parloteaban, traté de adivinar quién había sido.

Ahí estaba Jordan Reed, el jefe del grupo. Panzón, aseado y bien vestido, cerca de los sesenta, genealogista aficionado; Jordan Reed poseía una abundante cabellera entrecana y una cara redonda y blanda surcada de arrugas por las sonrisas, pero traicionada por unos ojos oscuros, profundos y faltos de gracia. También era dueño de la Reed & King Chemical Supplies, y además poseía a los otros seis hombres que estaban en la habitación.

Ahí estaba Dan Wanamaker, el Santa Claus de cara afeitada y gafas con montura metálica, que ostentaba el título de alcalde. En ese preciso instante, en estos momentos, todo su cuerpo y su cara mostraban una expresión de preocupación, asombro, y de temor creciente. Todo excepto su boca. Su boca sonreía con fulgor, olvidada por su dueño.

Ahí estaba Harcum, Hezekiah de nacimiento, de hombros cargados y cara enorme, cabello ralo, últimamente conquistador de la bien dotada Sherri.

Ahí estaba George Watkins, el voluminoso fiscal de distrito, redondo, blando y calvo como una bola de masilla. Era oriundo de Buffalo, pero había venido a Winston hacía ya quince años, a trabajar en el departamento legal de la Reed & King. Según parece, había demostrado su valía, pues desde hacía siete años ocupaba el cargo de fiscal de distrito. Era además un buitre de la cultura, pues se pasaba mucho tiempo en Nueva York, donde despilfarraba su dinero financiando obras de poca monta, que resultaban generalmente un fracaso.

Ahí estaba Claude Brice, Concejal del Distrito Primero, alto,

acicalado, de pelo entrecano, con aire distinguido y muy, muy estúpido. El Distrito Primero está formado principalmente por profesionales de clase media alta, médicos, abogados, maestros y administrativos. El tipo de gente que juzga la inteligencia casi exclusivamente por la apariencia, por cuyo motivo, estaban representados por Claude Brice.

Ahí estaba Myron Stoneman, Concejal del Distrito Tercero, donde también se suele juzgar la inteligencia por la apariencia. Pero se trata de un distrito de trabajadores, de clase media baja, obreros cualificados y semi cualificados procedentes de la Reed & King, y de las pequeñas empresas de la ciudad. Este tipo de gente desconfía instintivamente de la inteligencia, y no les gustan las personas que aparentan ser más listas que ellos. Myron Stoneman, uno de los abogados más astutos que existen, parecía un delincuente reformado: bajo, robusto y calvo, de mandíbulas potentes y nariz grande; llevaba la ropa siempre media talla más holgada. Para los votantes del Distrito Tercero era el candidato ideal.

Y ahí estaba Les Manners, Concejal del Distrito Quinto. Sus votantes eran de clase media media, lectores de *Time*, *Life* y *Satevepost*. Les constituía el prototipo del hombre de negocios, incluidos los trajes de chaqueta cruzada azul o gris, el cabello gris pizarra peinado con una cuidadosa raya al lado izquierdo y la cara ligeramente cuadrada del hombre recio, pero apuesto, que había envejecido con gracia y que, a sus cincuenta y tres años, seguía levantándose antes del amanecer el primer día de la temporada de caza.

Estos eran los siete hombres; y uno de ellos estaba tratando con todas sus fuerzas de convertirse en asesino. Ya era el asesino de Alex Tarker, pero aparentemente eso no tenía importancia. Quería asesinarme a mí y a nadie más.

Aún no se habían enterado, pero su minuto de parloteo había tocado a su fin. Me desabroché la americana y me la abrí bien, colocando las manos sobre las caderas, de manera que la culata del 32 asomara a la altura de las solapas. Fue un gesto melodramático, pero me importaba un cuerno. Tenía ganas de ser melodramático.

Además, logró hacerles callar. En medio del asombrado silencio,

dije:

—En las últimas veinticuatro horas ha habido dos atentados contra mi vida. Uno de los aquí presentes…

—¿Por qué nosotros? —preguntó George Watkins otra vez, arrogante y retador.

—Lo sabéis tan bien como yo —le contesté—, por la Liga.

Jordan Reed me sonrió con esa cara regordeta y beata de vendedor.

—Tim, eres uno de nosotros, ya lo sabes —dijo.

—Claro que sí —añadió Les Manners.

—No, no lo sé —repliqué—. Sólo sé que en el pasado he cooperado con vosotros, y que vosotros habéis cooperado conmigo…

—Es justamente lo que quiero decirte —intervino Reed.

—Pero eso no significa —proseguí, ahogando sus palabras— que esté de parte de la banda de Jordan Reed, como hacen todos los presentes.

—No formamos parte de ninguna banda —protestó Myron Stoneman, enfadado.

—Claro que no —dijo Les Manners con indignación.

—Esa no es la cuestión —murmuró Reed con suavidad, y supe que efectivamente no quería que fuera así.

—La cuestión —proseguí haciéndoles volver al punto del que había partido—, es si puedo o no puedo sentirme seguro en esta ciudad, mientras vosotros sigáis gobernándola. Si puedo…

—Vamos, Tim —me interrumpió Reed, tratando de calmarme y sonriéndome, mientras los demás le miraban en busca de ayuda.

No permití que me interrumpieran.

—Si puedo —continué levantando más la voz—, entonces podréis sentiros seguros con respecto a mí. Y si no puedo, entonces tampoco vosotros estaréis seguros.

—Eso me suena a amenaza, Tim —dijo Les Manners, con su mejor tono empresarial.

—Es una amenaza —le aseguré—. Vosotros sabéis que hace unas horas he hablado con Paul Masetti, de la Liga de Ciudadanos para un Gobierno Honesto. Me ha pedido que trabajara para él, que le ayudara a conseguir pruebas contra todos vosotros.

—Tú no harías una cosa así, Tim —dijo Reed.

—No, si me siento seguro —contesté. Volví a mirarles uno a uno —. Estaréis a salvo de mí, siempre que yo lo esté de vosotros. Pero si tenemos que enfrentarnos, puedo crucificaros a todos.

—Mira, Tim, todos estamos muy nerviosos —dijo Claude Brice, con aire muy inteligente.

—Ya sabemos a qué atenernos —añadió George Watkins con firmeza, en el mismo tono que, sin duda, emplearía al dirigirse al director de uno de sus fracasos de Broadway la noche antes del estreno—. Nos encargaremos de este asunto de la Liga, así que no hace falta que nadie pierda los estribos.

—Si es que tienes razón —sugirió Myron Stoneman.

George se erizó y contestó con rabia:

—Tengo razón.

No sabía por qué estaban discutiendo, y me importaba un bledo.

—Ya lo han intentado en dos ocasiones —dije interrumpiendo la reyerta—, pero será mejor que no haya una tercera.

—No habrá una tercera —me calmó Reed.

—Claro que no —le apoyó Dan Wanamaker, sonriéndome como un anuncio del *Saturday Evening Post*.

—Quiero estar seguro —insistí, ignorando a Dan, y dirigiéndome a Reed.

Harcum intervino en ese instante.

—Permítame que aclare las cosas, Tim —dijo haciendo una imitación aceptable de lo que es la eficiencia—. ¿Quieres que busque al que te disparó y contrató a Tarker, o simplemente quieres que el tipo deje de intentarlo, y en ese caso todo quedará perdonado y olvidado?

—Quiero que deje de perseguirme —contesté.

Pareció asombrarse cuando me preguntó:

—¿Y entonces qué hago yo?

—Haz lo que te parezca. El tipo que buscas es una de las siete personas que están sentadas ante esta mesa. ¿Estarías dispuesto a formular cargos contra uno de tus amigos? Se aseguraría de arrastrarte con él en la caída, ¿no es cierto?

Y podría hacerlo, ¿verdad?

—Tim, estás yendo demasiado lejos —replicó.

—¿Quieres que le atrapen? —me preguntó Les Manners.

—Quiero que deje de perseguirme —contesté—. Si lo hace,

entonces lo olvidaré todo, y todo seguirá como en el pasado. Si vuelve a intentarlo, pondré a la Liga en contra de todos vosotros.

—En realidad, lo que estás diciendo es que la próxima vez esta persona no debe fallar —dijo Myron Stoneman en voz baja—, que debe asegurarse de no fallar.

—Fallará —le aseguré—. Ya le he visto en acción dos veces. Es demasiado torpe. Volverá a fallar.

—Aunque puede mejorar con la práctica —sugirió Stoneman.

De repente, Jordan Reed dejó de sonreír.

—No habrá más práctica. Y no se hable más del asunto —dijo bruscamente. Luego me miró y agregó seriamente—: Tim, no sé quién ha sido el idiota que lo hizo, pero está acabado, te doy mi palabra.

10

Normalmente, en Winston, la palabra Jordan Reed es sólida como la roca, algo absolutamente fiable. Pero como se trataba de una situación que no tenía nada de normal, me preocupé por respaldar la palabra de Reed con algunas garantías propias.

Lo primero que tenía que asegurarme era el as que tenía guardado en la manga, o sea mis archivos. Al salir del Ayuntamiento, volví a atravesar el parque sin que me dispararan; le sonreí a Gar Wycza por enésima vez en el día, seguí caminando por la calle de Witt hacia el edificio del Western National Bank, y me metí en el aparcamiento del Banco. Intercambié los saludos de rigor con Jakey, el anciano con gorra de uniforme que vigila el aparcamiento, y miré a mi alrededor para ver si Ron Lascow había regresado con mi Ford.

Ya estaba de vuelta. Lo había aparcado en una esquina, en su lugar habitual, y en ese momento Ron Lascow en persona salía de espaldas del asiento trasero. Me acerqué a él, y se dio la vuelta justo cuando estuve junto al coche.

Ron se restregó las manos y con un ademán exagerado me dijo:

—Has llegado a tiempo, justo cuando termino tu trabajo.

Miré por la ventanilla y vi las dos cajas de cartón sobre el asiento trasero.

—Gracias, Ron. Te lo agradezco.

—¿Qué diablos guardas en esas cajas? —me preguntó—. Pesan una tonelada.

—Son unos archivos viejos de los que quiero deshacerme —contesté.

—Una de las grandes ventajas de este edificio de oficinas es el servicio de portería.

—Pensé en quemarlo todo yo mismo —le expliqué—. Son papeles viejos, que no me sirven de nada, pero no es conveniente correr riesgos.

Se quitó las gafas de carey, secó el sudor que le mojaba la nariz con el pulgar y el índice, y me comentó:

—Me guardé el material bueno. Sabía que no te importaría. Todo lo referente a los divorcios y demás temas jugosos.

—Los libros de bolsillo son más interesantes —le sugerí. Pasé junto a él y abrí la puerta del lado del conductor. Me senté en el asiento, con los pies apoyados en el suelo, y le miré a los ojos.

—En caso de que deje de ser afortunado, me gustaría que me hicieras un favor.

—¿A qué te refieres con eso de dejar de ser afortunado? —me preguntó frunciendo las cejas.

—Si me matan —contesté esforzándome para que lo que iba a decirle no sonara a un diálogo de película de segunda categoría.

—¿Te refieres al asunto de anoche?

—Algún día te contaré toda la historia. Mientras tanto, ¿me harás un favor?

Asintió y lleno de curiosidad me contestó:

—Dime de qué se trata.

—Te diré dónde voy a guardar estas cajas —dije señalando los bultos del asiento trasero—. Si no tuviera ocasión de hacerlo, pregúntale al viejo Joey Casale. ¿Le conoces?

—El tendero de tu barrio.

Asentí.

—En caso de que..., bueno, de que me maten, me gustaría que le entregaras estas cajas a Masetti.

—Bueno... —vaciló.

—No hay nada sobre ti —le aseguré—. Además, Masetti me dio la impresión de ser el tipo de persona que no andaría divulgando de dónde consigues la información, si es que le pides que no lo haga.

—Está bien. Pero no creo que ocurra.

—Diablos, yo tampoco. Si lo hiciera, a estas alturas ya estaría en Florida.

—Por eso me pediste que te bajara las cajas, ¿no? Así nadie te vería sacar todo esto del edificio, ¿verdad?

—En parte sí —asentí—. Pero lo hice principalmente porque me

estaba empezando a preocupar tu cintura. Últimamente no has hecho demasiado ejercicio.

—Si empiezas a revolucionar el cotarro, Tim, creo que haré todo el ejercicio que necesito.

—No hay mal que por bien no venga —le dije, y me senté al volante—. No dejes que te engañen.

—¿Por qué no te mueres? —me surgido.

Nos saludamos con un movimiento de cabeza, arranqué el coche y me dirigí hacia mi casa.

Para mí, mi casa es un apartamento de cuatro habitaciones, en un edificio de la calle Bleecker; ocupa toda la segunda planta, situada encima de la tienda de ultramarinos de Casale. Se puede decir que no tengo vecinos, y es exactamente como me gusta. El edificio está en una esquina, y junto a él hay un garaje y un depósito. La casa sólo tiene dos plantas y la tienda cierra a las once; los Casales viven enfrente. Es el lugar ideal para dar fiestas ruidosas y es probable que algún día lo haga.

Dejé el Ford en mi aparcamiento, en la parte trasera del edificio, me dirigí al frente y entré en la tienda. Joey, el patriarca de la numerosa familia Casale, estaba solo, sentado en una silla de cocina sin respaldo, detrás del mostrador, leyendo los comics del periódico.

Joey Casale había llegado a los Estados Unidos en la forma clásica: es decir, sin dinero, sin saber una palabra de inglés, y con un cartelito con su nombre prendido en el ojal. Se pasó la adolescencia en Brooklyn, con unos tíos, aprendió inglés; se enemistó con su tío, se casó, y se mudó a Winston. Fundó la tienda de ultramarinos y su familia. La tienda no había prosperado mucho, pero la familia se le había escapado de las manos. Tenía cuatro hijos, y cada uno de ellos tenía a su vez por lo menos cuatro hijos, algunos de los cuales ya tenían su propia descendencia. Había Casales por toda la ciudad; la mayoría de ellos trabajaba por cuenta propia en distintas actividades, desde la empresa de transportes de Mike Casale a la lavandería de Ben Casale.

A sus setenta y tres años, el viejo Joey seguía siendo el patriarca del puño de hierro. La familia se cerraba a su alrededor formando un férreo clan. Era un hombre de baja estatura, deshidratado pero

fuerte, los ojos negros de mirada altiva e inteligente resaltaban en la cara surcada de arrugas. Le conocía desde que yo era un niño, y Mike, su hijo mayor, y yo habíamos sido compañeros en el equipo de béisbol. Era como un segundo padre para muchos chicos de mi generación, y cuando volví a casa después de la guerra —mi padre había muerto en el 43—, y empecé a buscar dónde vivir, me puse muy contento de poder alquilar el apartamento situado encima de la tienda de Casale.

Cuando me vio entrar Joey dejó el periódico, me sonrió y se puso de pie.

—Un paquete de seis latas de cerveza, y ¿qué más te pongo? —dijo.

—No vengo a comprar, Joey. Me gustaría que me hicieras un favor, si no te importa.

Hizo un amplio ademán como queriendo decir qué duda cabe que te haré el favor, y me contestó:

—Por supuesto que no me importa. ¿Qué te piensas?

—Tengo un par de cajas de sopa de tomate en el coche. Dentro he metido un montón de cosas que quiero guardar por un tiempo.

—Dalo por hecho. No seas tonto y tráemelas.

—Gracias, Joey.

—¿Dónde has dejado el coche, en la parte trasera?

—Ajá.

—Está bien, te abriré la puerta de atrás.

—Muy bien.

Mientras él se disponía a quitar el cerrojo y el candado de la puerta trasera, yo salí por el frente y fui al coche. Miré hacia ambos lados de la calle, pero no vi a nadie; luego la puerta trasera se abrió con un chirrido, y yo entré una tras otra las dos cajas de cartón.

Joey corrió delante de mí, hacia un rincón de la tienda, y me dijo:

—Aquí. Ponías aquí mismo.

Así lo hice, cuando acabé de colocarlas, él observó el resultado con ojo clínico.

—Aquí estarán bien. No desentonan.

Dos cajas de sopa de tomate en una tienda de ultramarinos, ¿qué tienen de particular?

—Nada —respondí—. Parece natural.

—Claro que sí —dijo él.

—Si alguna vez viniera Ron Lascow a buscarlas puedes entregárselas. Sólo a él, a nadie más.

—Ron Lascow —repitió, la cara se le arrugó aún más cuando frunció el ceño—. Es ese joven abogado, ¿no? ¿El de las gafas de montura oscura?

—Todos tienen el mismo aspecto. Pero no te has equivocado, ese es.

—De acuerdo. A él o a ti. A nadie más. y yo no sé de qué me están hablando.

—Excelente. Me parece que después de todo, me voy a llevar seis latas de cerveza.

Cogí mis seis latas y subí a mi casa. Joey Casale era el propietario del edificio, y mi apartamento venía amueblado, con el tipo de muebles que se suele encontrar en los apartamentos amueblados, pero con el tiempo fui reemplazando pieza por pieza con mis propias cosas. De vez en cuando, llamaba a Joey para que sus hijos vinieran a llevarse algo. Las únicas cosas que me quedaban y que no eran mías eran la nevera y la cocina.

El apartamento, ahora que está como yo quiero, es bastante bonito. Desde la calle se entra por la puerta que está a la derecha del escaparate de la tienda; hay que subir unas escaleras, y en primer lugar está lo que originariamente era el comedor. Yo lo utilizo como sala, con el sofá y los sillones acostumbrados, las lámparas y las mesas; las paredes están pintadas con pintura de base de caucho color verde claro y la moqueta es gris.

Instalé unas puertas dobles para separar este comedor de la antigua sala, que utilizo ahora como una especie de lugar de trabajo, biblioteca y despacho. Ahí tengo un viejo escritorio, una biblioteca con puertas de cristal, y un archivador que contiene material menos importante que el que acababa de vaciar de mi despacho de la ciudad.

Al otro lado de la sala se extiende un pasillo que va a la cocina, a la derecha del cual se encuentra el dormitorio; y a la izquierda el cuarto de baño. El apartamento tuvo en un tiempo una escalera trasera, pero no me servía de mucho, y cuando los hijos de Joey ampliaron la tienda de abajo eliminaron la escalera y construyeron en su lugar un gran armario.

Fui a la cocina, abrí una cerveza, guardé las restantes en la nevera, me lavé las manos llenas de polvo de haber cargado las cajas de sopa, y me cambié la camisa por una limpia. Me terminé la cerveza, y eché un vistazo al reloj. Eran las cuatro y veinte, hora de partir.

Quería hablar con Hal Ganz, el detective al que Harcum le había asignado el caso del asesinato de Tarker; era un tipo que hacía bien su trabajo, con sus limitaciones. No era muy brillante, pero era sumamente honesto, un tipo paciente y perseverante. Además, tenía a su disposición los medios del Departamento de Policía.

Sabía que Hal salía del trabajo a las cuatro, de modo que ahora estaría camino de su casa, en Hillview. Iría a verle y a charlar con él, le sugeriría que uniéramos fuerzas. Dado que él era policía, había ciertas cosas que yo no podía hacer y él sí. Y dado que era sumamente honesto, había cosas que yo podía hacer, pero él no. Sin duda, formaríamos un gran equipo.

11

La Segunda Guerra Mundial hizo que la población de Winston creciera rápidamente; con el aumento de la población se produjo el auge de la construcción. En los últimos veinte años, Winston ha visto florecer las urbanizaciones de chalets. Ya contamos con un buen número de ellas, y de vez en cuando aparecen unas nuevas: Hillview, donde Hal Ganz vivía, fue la primera en construirse.

Hillview nació en 1947, a tiempo para pescar a los veteranos y a los trabajadores de la defensa con dinero en el bolsillo; especialmente a los veteranos que, al casarse y fundar un hogar, buscaban un lugar donde vivir. Construida sobre un pantano rellenado, justo al oeste de la ciudad, Hillview es llana como una mesa de billar, y en los días muy claros, en la lejanía, más allá de la ciudad, se pueden ver las colinas y las montañas.

El constructor de Hillview era un tipo de Winston, que ahora vivía de las rentas en Florida, y que había seguido escrupulosamente las ideas de todos los demás constructores de urbanizaciones del país. Las calles eran sinuosas, estaban cubiertas por una capa de alquitrán y llevaban nombres de flores. Las casas eran chalets de ladrillo de dos y tres dormitorios, la mayoría carecían de sótano y áticos. En el medio de la urbanización había un centro comercial, en una esquina había un colegio y en la carretera que conducía a la ciudad estaba el cuartel de bomberos.

En 1947 todo se veía muy bonito. Las casas eran nuevas, recordaban levemente una caja de zapatos, pero brillaban y estaban limpias; los garajes construidos a un costado y los senderos sinuosos de piedra que llevaban a la puerta principal. En su mayoría, la gente que las habitaba era joven, sin hijos o quizá con un niño en edad preescolar. Era un lugar bastante bonito para vivir.

Hillview se encuentra ahora en la mitad de su segunda década de vida, y los años no le han sentado muy bien. Gran parte de los propietarios originarios lograron salir de allí durante los primeros años, antes de que los suelos se combaran, las ventanas comenzaran a atascarse y las tuberías se pudrieran. La gente que pasó a ocupar las casas cuando los primeros habitantes se hubieron marchado las compraron de segunda mano, y para ser francos no estaban en tan buenas condiciones, de modo que no se molestaron demasiado en mantenerlas en buen estado.

Los niños empezaron a crecer, y la ciudad y el condado jamás se pusieron de acuerdo sobre quién debía hacerse cargo del mantenimiento de las calles de Hillview, de modo que nadie hizo nada; había unas cuantas casas abandonadas, y algunas de las otras ya no eran adecuadas ni seguras para vivir en ellas.

Algo más de diez años después le su construcción, Hillview se convirtió en un sitio destartalado. En la mayoría de los jardines, el césped se había convertido en un trozo de tierra desnuda gracias a los niños que jugaban a los indios. Las casas desocupadas tenían las ventanas rotas. Después de unos cuantos inviernos particularmente duros, las calles de alquitrán comenzaron a mostrar las huellas de las heladas, y el asfalto se encontraba desmigajado y sembrado de baches. La urbanización entera estaba atestada de triciclos y cochecitos de juguete, de coladas recién tendidas, de niños aulladores, amas de casa desgreñadas y vendedores puerta a puerta. Una de las casas desocupadas, cerca del centro comercial, se había prendido fuego y se había quemado hasta los cimientos antes de que ninguno de los vecinos se molestara en llamar a los bomberos. Había transcurrido un invierno y las ruinas carbonizadas, solitarias y húmedas aún seguían allí.

A medida que las familias fueron creciendo, a algunas propietarios se les había ocurrido construir más habitaciones, y algunos de ellos sabían menos de albañilería que el constructor primitivo. Como resultado, los cobertizos y tinglados y los engendros de tablas fueron surgiendo aquí y allí en los patios traseros y los jardines, y día tras día toda la urbanización fue adquiriendo un aspecto más decadente y abandonado.

Aunque los habitantes de Hillview lo ignoraban, lo peor estaba aún por llegar. Si la estratagema de Ron Lascow prosperaba,

Hillview tendría el derecho histórico de iniciar una segunda revolución en los Estados Unidos, porque estaban a punto de gravarles con impuestos sin obtener a cambio ningún tipo de representación en el congreso. Tampoco lograrían que les repararan las calles, lo que probablemente les resultaría mucho más enojoso.

Los veteranos se llevaron la peor parte, porque habían pagado sus casitas nuevas con hipotecas emitidas por el Estado. Si se atrevían, podían vender, y el nuevo propietario debía hacerse cargo de los pagos, pero las hipotecas emitidas por el Estado son distintas de las otras. Si el nuevo propietario deja de pagar una mensualidad, el veterano que creía haber vendido su casa, tendría que hacerse cargo de la deuda. Hubo muy pocos veteranos que quisieron arriesgarse, de manera que se quedaron, a pesar de que el barrio fuera empeorando cada vez más. La mayoría de ellos tenía hipotecas a veinte años, y pensaban mudarse una vez finalizado ese plazo. Para entonces, recuperarían una cuarta parte de lo invertido. Si tenían suerte…

El pobre Hal Ganz era uno de estos veteranos. Vivía en el corazón de Hillview, desde donde no se podían ver las montañas lejanas, aunque hiciera un día muy claro, y allí se quedaría hasta 1968.

Las casas ocupadas por sus propietarios originarios se diferenciaban de inmediato de las demás. La mayoría de ellas tenían jardines vallados y las chambranas de madera de sus casas mostraban capas de pintura reciente y algunos hasta habían plantado algo en los jardines de la entrada, setos o una hilera de flores contra la pared del frente o habían hecho un jardín de piedras.

Hal Ganz tenía un jardín de piedras; cuando aparqué frente a su casa, en la calle Crisantemo, a eso de las cinco menos veinte, le encontré trabajando en él. Calle abajo, un grupo de niños de menos de trece años estaba jugando al escondite más ruidoso que jamás se haya oído. Calle arriba, alguien estaba atacando su exiguo jardín con una cortadora de césped. Al otro lado de la calle, un adolescente estaba arreglando el motor de un coche aparcado en la entrada de su casa.

Bajé del Ford, que en medio de este paisaje se sentía como en casa, y saludé a Hal:

—¿Cómo estás?

—Bien, Tim. ¿Qué te trae por aquí?

—Quería hablar contigo —contesté. Me agaché a su lado e intenté mirar el jardín de piedras con fingido interés—. ¿Estás sembrando?

—Lo hice en abril —replicó, entonces me di cuenta de que entre la suciedad surgían unas cositas verdes—. Tendrían que brotar más —comentó con una cierta amargura, y tuve la sensación de que hablaba de algo más que del jardín.

Hal Ganz era alto, delgado, rubio y de nariz aguileña; tenía una perpetua expresión de asombro contenido. Era un tipo trabajador y poco brillante, honesto, ahorrador y siempre preocupado, que trataba de hacer bien su trabajo, por su mujer, sus hijos y su comunidad. Tenía todo el derecho de pensar que Hillview era un castigo inmerecido.

—Tal vez este año tarden más —le animé, señalando las cositas verdes.

—No sabía que te gustaba la jardinería, Tim. ¿Quieres una cerveza?

—Me encantaría tomarme una.

Fui tras él; atravesamos el garaje y entramos en la cocina, donde Joan Ganz estaba picando una cebolla. Nos saludamos; Hal sacó dos botes de cerveza, los abrió, y nos fuimos a sentarnos a la sala.

Fue él quien comenzó la conversación:

—Tim, quieres algo de mí, ¿no es verdad?

—Tu ayuda —asentí—. Una asociación de intereses.

—¿Tiene que ver con el asesinato de anoche?

—Ajá. La persona o personas desconocidas que le dispararon a Tarker son las mismas personas desconocidas que le contrataron para matarme —después de semejante parrafada, me bebí un largo trago de cerveza—. Esa persona me interesa —proseguí—, quizá mucho más que a ti. Esta tarde ha vuelto a intentarlo y…

—¿Otra vez?

Le conté lo ocurrido en el parque del Ayuntamiento, y cuando concluí meneó la cabeza y dijo:

—Me lo temía. El Jefe Harcum se empeñó en decirme que

Tarker te conocía de alguna parte, del Ejército o algo así, pero yo estaba seguro de que alguien de aquí está detrás de todo esto.

Hal había asistido a la Academia de Policía de Albany, donde aprendió un montón de teoría que rara vez tenía ocasión de aplicar en la práctica, y había regresado a la ciudad para convertirse en la única persona que llamaba «Jefe« a Harcum.

—No sólo es alguien de aquí, sino que podría reducirlo a siete sospechosos.

Acto seguido, le di una versión pormenorizada de la historia de la Liga y de mi conversación de esa tarde con los muchachos. Cuando terminé de hablar, Hal hizo una mueca y dijo:

—Política. Ya me temía yo que esto fuera a mezclarse con la política —bebió un sorbo de cerveza, miró la habitación con una cierta tristeza y agregó—: No me gusta la política.

—Estoy plenamente de acuerdo contigo.

—Está bien —suspiró sacudiendo la cabeza—, es uno de los siete. ¿Podrías reducir aún más el número de sospechosos?

—Todavía no. Cualquiera de ellos tiene dinero como para contratar a un pistolero. Y todos viajan a Nueva York algún fin de semana que otro para ir al teatro, de modo que cualquiera de ellos tuvo la oportunidad de contactar con Tarker.

—Imagino que todos tienen licencia de caza.

Al oírle titubeé un instante, luego comprendí a qué se refería.

—¿A Tarker le mataron con un rifle de caza?

—Un treinta treinta, para ciervos.

—La caza del ciervo está bastante extendida en esta zona —comenté.

—Ya lo sé.

—Te he dicho todo lo que sabía. ¿Qué sabes tú?

—Nada. Sólo tengo un cadáver y un casquillo de bala. La Policía de Nueva York conoce a Tarker, pero no tienen manera de averiguar sus últimas actividades, ni quién pudo contratarle. Y a él sólo le encontramos una llave de uno de los armarios del depósito Greyhound.

—¿Qué había dentro del armario?

—Una maleta de esas pequeñas, de lona azul.

—Una bolsa de esas del ejército.

—Así es, y dentro no había más que ropa y el billete de regreso

a Nueva York. No pudimos averiguar nada del arma que llevaba.

—De todas maneras, el arma no nos habría llevado al tipo que le contrató —dije—. Sólo nos conduciría a alguna tienda de empeños de Nueva York.

—No lo sé, Tim. Ya no nos queda ninguna otra pista. Logramos descubrir el lugar desde el cual disparó el asesino, por el ángulo de entrada de la bala, ya sabes, fue desde el tejado del cine, el que está enfrente del restaurante. Subimos al tejado y estuvimos buscando algún indicio, ¡pero no vimos nada. A veces, en la base del cartucho, que es por donde se mete la bala dentro del arma, quedan huellas bien visibles —el comentario era producto de su adiestramiento en la Academia de Policía—, pero allá arriba no encontramos nada —concluyó.

—¿Cómo llegó hasta el tejado del cine?

—Por la escalera de incendios de la parte trasera. Debe de haber entrado por la manzana contigua, la de la calle Morton. Hay un callejón que conduce a la parte de atrás del cine, donde se encuentra la escalera de incendios. Por ahí subió hasta el tejado. En la fachada del cine hay un parapeto, que se eleva un metro cincuenta por encima del tejado. Apoyó el arma sobre esa pared y disparó. Bajó por la escalera de incendios y se alejó de allí.

—Sabemos cómo lo hizo y por qué lo hizo. Sólo nos falta averiguar quién le contrató.

—Es la peor parte —dijo con una débil sonrisa—, siempre es la peor parte.

—Me gustaría trabajar contigo en este caso, Hal. Nos mantendremos en contacto e iremos comentando lo que averigüemos.

—No irás a hacer lo mismo que los detectives privados de las novelas, ¿verdad? Quiero decir que no tratarás de atraparle tú solo para eliminarle, ¿eh?

—Rayos, no. Me gusta demasiado mi licencia como para hacer una cosa así. Le encontraremos y luego tú le metes en la cárcel para que no vuelva a dispararme. Es lo único que quiero.

—De acuerdo. Trabajaremos juntos. Aunque no sé sobre qué vamos a hacerlo. No tengo ni una pista.

—Ya saldrá algo —dije yo.

—Eso espero.

—¿Te importa si uso el teléfono? —pregunté.

—Adelante, estás en tu casa.

Llamé a Cathy al Ayuntamiento. Acababa de recordar que le había prometido ir a cenar a su casa, le dije que haría tiempo hasta su hora de salida que pasaría a recogerla y que iríamos juntos a su casa. Luego le agradecí a Hal por haber comentado las cosas conmigo, y volvimos a asegurarnos de que algo surgiría.

De regreso a la ciudad, cuando volví a atravesar el triste barrio de Hillview, me vino a la mente el plan de Ron Lascow, y se me ocurrió que no sería mala idea que Ron viniera hasta aquí y echara un vistazo a la gente a la que estaba a punto de exprimir como un limón. Quizá eso le hiciera cambiar de opinión. Tenía la certeza de que para él, en estos momentos, la cosa no era más que una abstracción redactada en un papel, un plan inteligente e intrincado que se le había ocurrido, del que se sentía orgulloso precisamente porque era inteligente e intrincado, y porque se le había ocurrido a él.

Ese es el problema con los muchachos como Ron. Sólo ven la belleza de un plan inteligente, jamás ven a las personas que hay detrás de él. Decidí que en breve esa sería mi buena acción del día. Traer a Ron Lascow hasta aquí y restregarle las narices en Hillview. Le haría bien.

12

George Watkins, el fiscal de distrito más gordo del mundo, me saludó en un pasillo del Ayuntamiento. Me di la vuelta y le esperé; vino trotando hacia mí entre jadeos; la calva le brillaba bajo la luz que manaba de las lámparas.

—Tim, ¿tienes un minuto? —preguntó sin aliento cuando estuvo a mi lado.

Eché una mirada al reloj. Eran casi las cinco y media, y Cathy terminaba de trabajar a las cinco.

—Un minuto, pero no más.

—No me tomará mucho —prometió—. Ven, vamos a mi oficina.

El fue delante, esta vez a un ritmo más razonable, y yo me situé a su lado. Su secretaria ya se había marchado del despacho exterior, lo atravesamos y nos dirigimos al interior, donde me indicó que me sentara; aliviado, él se acomodó detrás de su escritorio.

Sobre su mesa reposaba una gruesa pila de papeles, atada con una cinta roja, sobre la que iba un título estampado en dorado.

—¿Una nueva obra? —pregunté.

Asintió lleno de felicidad.

—La recibí ayer, por correo. Quieren que contribuya en la financiación.

—¿Lo harás?

—Creo que sí —contestó, dando unas palmaditas cariñosas al manuscrito—. A mí me parece un verdadero éxito.

Me incliné un poco y leí el título del revés. *El sonido de tambores lejanos*. Si era un éxito, sería el primero de George.

—Buena suerte —dije.

—Gracias —replicó, y de pronto adoptó un aire práctico—. No me iré por las ramas. Es por lo de la Liga.

—Ya me lo imaginaba.

—Veamos, la Liga es una organización política como cualquier otra. Te lo digo yo. Lo único que quieren es hacerse un nombre, poder decir que han limpiado esta ciudad, y la otra, y la otra. Pero tienen ambiciones, de eso puedes estar seguro. Las desconozco, no sé si se proponen llegar a Albany o a la ciudad de Nueva York, o si quieren hacerse con el Estado entero, lo ignoro, pero algo están buscando con todo esto.

A juzgar por Masetti, el propósito de la Liga era completamente virginal; de todas maneras, asentí para ayudar a que fuera al grano.

—Por lo que yo veo —prosiguió—, más tarde necesitarán amigos. Cuando hayan logrado hacerse un nombre y se dispongan a realizar su jueguito, querrán tener amigos. Lo cual quiere decir que harán un trato —concluyó triunfante.

—¿Un trato? —pregunté, su conclusión me había tomado por sorpresa.

—Claro. Nosotros les facilitamos las cosas, les servimos el escándalo que buscan en bandeja de plata, y después, ellos nos facilitan las cosas a nosotros.

—Vamos, George, hablas así porque estás desesperado.

—Y un cuerno. Mira, Tim. No existe organización que sea tan eficiente, tozuda y políticamente hábil como la Liga y que al mismo tiempo sea limpia.

—¿Es esto sobre lo que tú y Myron Stoneman habéis estado discutiendo en la reunión?

—Myron —dijo disgustado, con un ademán de desprecio—. Harán un trato, estoy seguro.

—Pues bien, por mí puedes estarlo —comenté encogiéndome de hombros.

—Ahora viene la cuestión. No podemos arriesgarnos a que un funcionario elegido por el pueblo sea visto en compañía de los de la Liga, de manera que nos queda el problema de quién irá a sugerirles el trato. Tim, queremos que tú lo hagas. Tú estás a salvo. Puedes ir a sugerírselo, e incluso si no aceptan, no podrán tocarte. No eres un funcionario.

—¿Y cuál es el trato? —pregunté.

—¿Lo harás?

No lo haría, pero no se lo diría hasta no haberme enterado de

qué se traía entre manos.

—Primero dime cuál es el trato.

—Les entregaremos a un hombre. Un cabeza de turco.

—¿Quién es?

Empezó a dudar y contestó con una evasiva.

—Verás, aún no estamos cien por cien seguros, Tim.

Sabía que estaba mintiendo. Sí que estaban seguros, pero se reservaban una salida en caso de que yo me opusiera rotundamente a su elección. De modo que insistí:

—¿Quién crees tú que es?

—Jack Wycza.

Jack Wycza, el concejal del Distrito Cuarto, la zona de Hunkytown, en el North Side, donde vivían todos los obreros de la Amalgamated Machine Parts. Su primo Gar era el policía de tráfico con el que había estado intercambiando saludos todo el día. Dan, su otro primo, era uno de los policías que habían acudido al restaurante, la noche anterior, después del tiroteo.

La cuestión estribaba en que Wycza era una fuerza independiente en Hunkytown, estaba libre de las presiones del Ayuntamiento y era imprevisible. Si había que arrojar a alguien a los lobos, la elección recaía naturalmente en él. Era concejal, lo cual bastaba para provocar un buen escándalo a nivel local. Además, para parroquianos del Ayuntamiento, resultaba una espina en el ojo, porque era un representante independiente. Y, por último, pero no por eso menos importante, le habían tenido siempre apartado de las diabluras generales, para que no pudiera devolverles el favor delatándoles.

Además, no resultaría difícil atrapar a Jack Wycza. En su propio distrito había violado casi todas las leyes existentes. Hasta el último de sus parientes cobraba un sueldo del municipio. Sacaba contribuciones, comisiones y dinero en concepto de protección de todo el mundo. En la calle Miller tenía incluso su propia sala de apuestas hípicas. Era muy, pero muy fácil de pescar.

—¿Qué opinas, Tim? —preguntó George.

—Creo que esto huele a podrido —le contesté.

—¿Lo dices por Wycza? Estamos a tiempo de elegir a otro. No tiene por qué ser él.

No me había equivocado, usaba una evasiva. Entonces le dije:

—Tampoco tengo que ser yo. Y al diablo con Wycza. No soy tu recadero, no haré tu trabajo sucio. Si lo hago, y alguien telefonea al Distrito Cuarto y les informa que Tim Smith fue...

—Ninguno de nosotros haría una cosa semejante —se apresuró a aclararme. Estaba sorprendido. Sí que lo estaba.

—Por supuesto que no. Tampoco ninguno de vosotros me ha disparado.

—Tim, escúchame, tú eres uno de nosotros...

—Y un cuerno lo soy.

—Tenemos que saber de qué lado estás, Tim. Tenemos que estar seguros de ti.

—No estoy de ningún lado. Estoy fuera de esto. Esto es vuestra guerra, no quiero saber nada de ella, es más, no voy a tomar parte en ella.

—No estoy seguro, Tim...

—Pues yo sí, por eso te lo digo —me puse en pie—. No cuentes conmigo. Pelead vuestras propias batallas.

Me dirigí a la puerta; antes de salir me volví a mirarle y a señalar el manuscrito de la obra que estaba sobre su escritorio.

—Buena suerte con eso —le auguré.

No hubo respuesta.

13

Durante la cena le di a Cathy una versión ligeramente retocada de los sucesos del día. Una de las cosas que omití fue lo del tiroteo desde el Ayuntamiento. Se echó a reír cuando le describí a Paul Masetti, cabeceó con satisfacción cuando le referí lo ocurrido durante la reunión con los siete candidatos probables y frunció el ceño cuando le conté que George Watkins me había pedido que acusara a Jack Wycza. Cuando terminé mi relato, reflexionó.

—Están todos asustados, Tim. Jamás había visto tanto trajín como el que hubo hoy. Dan Wanamaker hizo todo tipo de llamadas telefónicas, incluso una a ese agente de viajes del hotel Winston.

—¿Kilmer?

—Ajá. Además, antes y después de la reunión, George Watkins se pasó el día entrando y saliendo del despacho.

—Tratando de convencer a todo el mundo de que tenía razón sobre la Liga —aventuré—, para que ellos le convencieran luego a él.

—¿Qué se sabe del tipo que intentó matarte? ¿Tienes idea de cuál de ellos es?

—Ni la más mínima idea —dije negando con la cabeza—. Pensándolo bien, es bastante desagradable. Alguien trata de matarme, y los sospechosos son siete de mis amigos más íntimos, de mis amigos más viejos, hombres que he conocido prácticamente de toda la vida, hombres con los que he trabajado los últimos quince años. Y no sólo no puedo adivinar cuál de ellos ha sido, sino que para más colmo no puedo eliminar a ninguno de la lista de sospechosos. Ni uno. Es terrible llegar a admitir una cosa así, Cathy, no puedo mirar en ninguno de esos siete hombres y saber con certeza que no ha tenido la intención de matarme.

—¿Hasta qué punto estás comprometido, Tim? —me preguntó de repente.

—¿En qué?

—En algo que pueda interesar a ese grupo reformista.

—No estoy comprometido directamente en sobornos, comisiones, nepotismo ni nada por el estilo, si es a eso a lo que te refieres.

—¿Pero qué más? —me insinuó.

—Que he vivido aquí durante los últimos quince años. He trabajado en mi oficio, y esto me ha permitido estar en contacto con el Ayuntamiento, y siempre nos hemos rascado mutuamente las espaldas. Era inevitable.

—Así es como piensas de la gente con la que te has comprometido. Acabas de decirme que no puedes pensar en ninguno de ellos y tener la certeza de que no han tenido la intención de matarte.

—No entiendo a dónde quieres llegar —repliqué frunciendo el ceño.

—Tim, te has comprometido con gente que no debías —sentenció.

—No tenía demasiadas elecciones.

—Podrías haber elegido no comprometerte.

—Pero no pude. Todo el mundo está mezclado, de una forma o de otra. Tienes que comprometerte si quieres llegar a algo en la vida.

—Quieres decir que tienes que ser deshonesto.

Se trataba de una acusación muy fuerte y totalmente inesperada; automáticamente salté a la defensiva.

—No soy deshonesto —le espeté—. En absoluto. Mira, Cathy, no me confundas con la Policía. Su trabajo consiste estrictamente en la investigación. Se me contrata para que investigue, y corresponde a la gente que me contrata el decidir qué harán con lo que yo averiguo. Yo cumplo con mi parte del trato, ellos con la suya, y todo el mundo contento.

—¿Qué pasa si tú no cumples con el trato?

—Me ganaría la vida pagando cheques detrás de un mostrador —comenté divertido.

—O sea, que tienes que cumplir con tu parte del trato. Tienes

que llegar a un arreglo con gente como esos siete tipos.

—No exageres, en la práctica las cosas no son tan terribles.

—Con tu ayuda, la gente comete delitos impunemente.

—Con mi ayuda, no. Sin mi impedimento —corregí.

—Es lo mismo.

—No, no es lo mismo. Cathy, nadie vino nunca a verme para decirme: «Mira, Tim, aquí tienes un par de billetes. Voy a sacar una comisión por el trabajo de pavimentación de las calles, y quiero que hagas la vista gorda». Si descubro que hubo una comisión, lo hago después que ésta ya se ha cobrado. Y si no tiene sentido levantar la perdiz, no la levanto.

—De todos modos, ellos te pagan para que tengas la boca cerrada. Sacas dinero del Ayuntamiento, y de la Reed & King, y de la Amalgamated...

—Soy investigador —le interrumpí—, así figuro en las nóminas. Y trabajo por dinero.

Su rostro adquirió una expresión seria y vehemente.

—Tim, las cosas no funcionan así. No pueden funcionar así. No puedes decir que tu trabajo consiste en no tener conciencia, y que la gente no puede culparte por no tenerla porque ese es tu oficio. O eres honesto, o eres deshonesto. Si eres fiel a los principios de tu oficio, y tu oficio es deshonesto, entonces tú también lo eres.

—No soy ni más ni menos honesto o deshonesto que cualquiera —la discusión no me importaba demasiado, y quería que terminase lo antes posible. Pero ella seguía insistiendo.

—Sí que lo eres. Y tienes una gran ocasión de ser una cosa o la otra.

Me aparté de la mesa y me puse en pie.

—Vayamos a la sala y hablemos de otras cosas. De todos modos, no vamos a probar nada con esto.

—Supongo que tienes razón.

Se la veía fatigada. Nos fuimos a la sala, allí hablamos de otras cosas, de temas sin importancia; a las diez me echó.

—Mañana tengo que trabajar —me recordó—. Y anoche casi no dormí.

Le di un beso de despedida; me pidió que tuviera cuidado e inmediatamente arrugó el ceño, como si estuviera enfadada consigo misma por haberlo dicho. Le prometí que tendría cuidado, y me

dirigí a mi coche.

Era demasiado temprano para regresar a casa. Me fui al New Electric Diner; Al y yo nos lo pasamos en grande hablando del agujero en la fórmica. Así logré matar una hora; entonces, me fui a casa.

Llegué alrededor de las once y cuarto. La tienda de ultramarinos estaba cerrada, pero dentro todavía había una luz encendida: Joey Casale estaba limpiando la máquina de cortar fiambres. Di unos golpecitos en la ventana y le saludé, él me sonrió y me saludó. Seguí mi camino y subí las escaleras.

Atravesé el apartamento y me metí en la cocina, encendiendo las luces a mi paso. Abrí un bote de cerveza, luego volví sobre mis pasos y me fui a la parte delantera del apartamento. Abrí las puertas dobles que daban al despacho, encendí la luz, y descubrí un verdadero desastre.

Había tenido visita. El tipo había sido un chapucero, y aparentemente había ido de prisa. Los cajones de mi escritorio estaban desperdigados por el suelo, los había vaciado sobre la alfombra. El archivador había recibido el mismo trato, y sus cajones, ahora vacíos, estaban apilados a la buena de Dios en un rincón. La silla, que suele estar detrás del escritorio, estaba patas arriba; los libros habían sido barridos de los estantes y cubrían el suelo; y lo que es peor, el teléfono había sido arrancado de cuajo de la pared.

Debo estar agradecido por esto último. De no haber habido semejante desastre en esa habitación, me habría instalado detrás del escritorio a tomar una cerveza y a hacer garabatos en un papel tratando de pensar. Si el desastre hubiera estado allí y el teléfono hubiera seguido funcionando, me habría sentado detrás del escritorio y habría telefoneado a la Policía.

Pero, en vista de las circunstancias, me quedé lo suficiente como para fijarme en la hecatombe, y luego me largué. Ni siquiera me molesté en apagar la luz del despacho. Me fui directo a la escalera, cerré la puerta tras de mí, y bajé para llamar a la Policía desde la tienda, pensando que era un gran alivio que Joey estuviera allí.

Estaba en mitad de la escalera cuando la explosión sacudió la

casa. Perdí el equilibrio, cuando llegué abajo pegué una voltereta y aterricé con violencia contra la puerta principal.

14

—Me estás causando muchos problemas, Tim —comentó Harcum lleno de malhumor.

—Lo siento de veras —dije. Todavía estaba temblando, era lo único que podía hacer.

Nos encontrábamos en el Hospital General de Winston, donde un hombre de blanco me había puesto una sustancia pegajosa en la cabeza. Me había resistido a ir al hospital, puesto que podía caminar bastante bien, pero todo el mundo había insistido. Me alegraba de seguir con vida y de estar ahí sentado, y lo cierto es que no me importaba en absoluto los problemas que le estaba causando a Harcum. Mentí al decirle que lo sentía.

—Para ser francos, estaba con Sherri —me explicó.

—Y yo, con moscatel —le contesté. Todavía no podía pensar, ni siquiera intentaba hacerlo. En esos momentos, para mí ya era una gran cosa estar respirando. Más tarde ya tendría tiempo para pensar.

El viejo Joey Casale estaba muerto. Fue una de esas coincidencias estúpidas. La granada —Hal Ganz había dicho que se parecía a una granada, antes de que Harcum me llevara al hospital — había explotado cerca de las ventanas del frente, destruyendo los muebles del despacho, y abriendo una gran grieta en la pared que separaba el despacho de la caja de la escalera. También había sacudido los muebles de la sala. El sofá había saltado por los aires y al aterrizar, hizo que una gran masa de yeso del techo de la tienda se viniera abajo. Joey Casale seguía inclinado sobre la máquina de corta fiambres, y la masa de yeso le había dado de lleno.

Al parecer comenzaba a resultar peligroso estar a mi lado.

Eran ya las dos de la mañana, y hacía horas que estaba en el

hospital. Me habían puesto un vendaje nuevo en la cabeza; yo seguía nervioso y temblaba como una hoja; ya me habían informado cómo había quedado mi apartamento. Aún no estaba en condiciones de pensar, ni siquiera para responder con sensatez a las preguntas de Harcum.

Harcum lanzó un suspiro, se puso en pie y se dirigió hacia la puerta. El hombre de blanco estaba en la habitación contigua, donde me habían vendado, y Harcum le preguntó;

—¿Ya puede irse Smith? ¿Está bien?

El hombre de blanco —no sabía a ciencia cierta si se trataba de un enfermero o un médico— entró y me echó un vistazo. Era un tipo de unos treinta años y se le notaba cansado.

—¿Cómo se siente? —me preguntó seriamente.

—Supongo que bien —contesté—. Un poco tembloroso.

—No podrá dormir todavía. Y menos con ese golpe en la cabeza. Quédese despierto durante un rato, al menos todo el tiempo que pueda. Si lo desea, puede beber café, pero nada de alcohol.

Asentí.

—Vuelva mañana por la tarde para que le miremos ese corte y le cambiemos el vendaje —me ordenó.

—De acuerdo.

—Vámonos —me dijo Harcum—. Tengo el coche aparcado afuera.

Abandonamos la sala blanca y al hombre de blanco, recorrimos el pasillo que olía a limpio y salimos por la puerta en la que había una inscripción en letras rojas. Del lado interior, la inscripción decía SALIDA. Del lado exterior, decía URGENCIAS.

El coche de Harcum, un Oldmosbile nuevo, tenía dos semanas. Cada mes de junio, cuando los precios del modelo del año en curso comienzan a bajar, Harcum cambia su coche del año anterior por uno nuevo, en el concesionario de Hutchinson, el que está en diagonal al Ayuntamiento. Y el votante que crea que puede permitirse ese lujo con su sueldo, también creerá que el mundo es plano y que cabalga a lomos de una tortuga.

Subimos al Oldsmobile, que todavía conservaba su olor a nuevo, y Harcum dio la vuelta a la rotonda y enfiló hacia la calle. Recorrimos una docena de manzanas o más antes de que cambiara de rumbo y fuera en sentido contrario al de mi casa.

—¡Ey! Yo vivo hacia el otro lado —protesté.

—Ya sé dónde vives —contestó, pero no aminoró la marcha, ni giró ni volvió a decir palabra.

—¿Qué te propones, Harcum? Yo vivo hacia el otro lado.

—El médico dijo que no tenías que dormir.

—Puedo mantenerme despierto en mi casa —insistí.

Me echó una amarga mirada, y se concentró en la conducción.

—Tim, eres una amenaza. Un accidente andante. Te pondré bajo custodia preventiva hasta la mañana.

—¿Y para qué rayos harías una cosa así?

—Para que nadie muera en tu lugar —contestó.

—Harcum, no puedes hacerme esto —dije tontamente.

—Ya lo veremos.

Todavía estaba demasiado aturdido y tembloroso como para oponer resistencia. Encendí un cigarrillo, me refugié en un rincón del asiento y deseé que se disipara la niebla. Me costaba un esfuerzo tremendo pensar o discutir.

Harcum fue hacia el centro, se detuvo frente al Ayuntamiento, y me condujo hasta el sótano, al Departamento de Policía. En una de las habitaciones, al otro lado del despacho principal, estaban jugando a las cartas. Harcum me sentó a la mesa y le dijo a los tres tipos que allí estaban:

—Muchachos, aquí tenéis al cuarto jugador. Se ha golpeado la cabeza, de modo que no tiene que dormir durante un rato. Además, se supone que no debe regresar a su casa, al menos hasta la mañana.

—Podemos jugar con dos barajas —dijo uno de los policías. Era Dan Archer, uno de los dos agentes que habían ido al restaurante la noche anterior, cuando todo este lío comenzó. ¿Sólo hacía un día que había comenzado todo? ¡Dios, así era!

Harcum se fue, Dan sacó otra baraja, y mientras él intentaba mezclar las noventa y seis cartas, me quedé ahí sentado observándole.

El y yo jugamos en pareja, y me dio una buena mano, pero no pude concentrarme en el juego, por eso no hicimos nuestra apuesta.

Jugué a las cartas hasta las cinco de la madrugada, perdí siete

pavos y algo de calderilla; ya no podía mantener los ojos abiertos. Prometieron despertarme a las ocho, entonces me tumbé en un catre que había en la habitación de al lado.

15

Me dejaron dormir hasta el mediodía. A esa hora, Andy Wycza, otro beneficiario más del nepotismo de Jack Wycza, me despertó para decirme que en la oficina del fondo del pasillo había una persona que quería hablar conmigo.

Tenía un hambre atroz, y la cabeza se me partía del dolor; necesitaba afeitarme; y se suponía que los muy bastardos tenían que haberme despertado a las ocho. Mascullando, recorrí el pasillo para ver quién me andaba buscando.

Eran Dan Wanamaker y George Watkins, en persona, y en magnífico tecnicolor. George estaba más bien rojo, y Dan más bien verde, pero ambos sonreían.

—¿Qué tal va tu pésima obra, George? —pregunté.

—Tim, queríamos hablar contigo —respondió. Estaba demasiado enfadado como para pensar en obras de teatro.

—Antes de que hicieras algo —agregó Dan. No paraba de sonreír, y estaba completamente aterrado—. Antes de que tomaras decisiones —me explicó.

—Entonces habéis llegado demasiado tarde —les contesté y me dispuse a marchar.

—¡Espera! ¡Por favor, Tim, espera! —me suplicó Dan.

—Está bien. ¿De qué se trata? —dije con un suspiro y me volví a mirarles a la cara.

—¿Tim, esperarás a Jordan? —preguntó George—. ¿Al menos harás eso?

—¿Por qué?

—Somos conscientes de tu amenaza —empezó a decir Dan, todo temblor y sonrisas.

—Yo no he amenazado. He prometido —le corregí.

Hizo un violento movimiento afirmativo con la cabeza, la sonrisa se le ensanchó tanto que casi llenó la habitación. Estaba dispuesto a darme la razón aunque tuviera que ir al infierno.

—Ya sabemos que has prometido —se corrigió— trabajar con la Liga si había otro intento, pero...

—Y ha habido otro intento —le dije.

—Tim, podemos aclarar las cosas. Si sólo esperaras a ver a Jordan —intervino George.

—¿Esperar a ver a Jordan?

—Espera hasta que regrese —prosiguió.

—¿Que regrese de dónde? —pregunté mirando primero a uno y después al otro.

Intercambiaron unas tímidas miradas y George contestó de mala gana:

—De Albany.

—De modo que lo habéis intentado con Masetti, pero no dio el brazo a torcer. Y ahora Jordan está tratando de discutir el asunto con el jefe de la organización, con..., ¿cómo se llama?

—Bruce Wheatley —logró decir Dan a través de su amplia sonrisa, deseoso de ayudar.

—Estará de regreso a eso de las cuatro, Tim. ¿Esperarás hasta hablar con él?

—¿Por qué?

Juro por Dios que creí que a Dan se le partiría la cabeza en dos de tanto sonreír.

—El podrá explicarlo todo, arreglar las cosas, Tim. Sé que lo hará.

—Sólo son cuatro horas —acotó George, esperanzado.

—En cuatro horas pueden pasar muchas cosas —le dije.

—Por favor, Tim —me rogó Dan, con tono persuasivo.

Sudaba y se iba poniendo cada vez más verde; en ese instante, tenía la cara de un Santa Claus imberbe cuyos renos se hubieran parado en seco a nueve mil metros de altura. Y su sonrisa era un sable lleno de dientes.

Me mordí el labio inferior mientras pensaba. En realidad, no quería delatarles. Eran unos malhechores, de eso no cabía duda, pero gracias a ellos todo funcionaba bien v la ciudad estaba limpia y bien gobernada. Después de la limpieza, no lograba imaginar

cómo se las arreglarían sus reemplazantes para hacer un trabajo mejor que el de sus antecesores. Si existía alguna forma de no delatarles, y aun así, pescar al hijo de perra que había intentado matarme tres veces y que en vez de acabar conmigo había liquidado al pobre Joey Casale, me sentiría muy aliviado de poder usar esa alternativa. Al cabo de un momento, asentí y les dije:

—Está bien. A las cuatro. En casa de Jordan.

George sonrió tanto como Dan, y los dos se pusieron a hablar al mismo tiempo.

—Muy bien, Tim.

—Eres un buen muchacho, Tim.

—No te arrepentirás, Tim.

—Sabía que entrarías en razón, Tim.

—De acuerdo —dije—. Pero a las cuatro y media todavía puedo ir a ver a Masetti.

16

Antes que nada necesitaba comer algo. Pasé por el comedor del Ayuntamiento, justo al lado del concesionario de coches de Hutchinson; me comí dos hamburguesas con queso y me bebí tres tazas de café; y me negué a comentar lo de la explosión de la noche anterior con Charlie, el camarero.

Luego, necesitaba afeitarme y cambiarme de ropa, y después de eso, necesitaba un coche. De modo que tomé un taxi y me fui a casa; me negué a comentar lo de la explosión de la noche anterior con Barnie, el taxista.

Mi apartamento tenía exactamente el aspecto que yo había imaginado por las descripciones que me habían proporcionado. Eché un vistazo a lo que quedaba del despacho, y cerré las puertas con mucho cuidado. Alguien iba a pagármelas, maldita sea, aunque ese alguien fueran todos los miembros del Ayuntamiento.

Mientras me afeitaba, imaginé cuándo y dónde ese tipo volvería a intentarlo. Tenía que seguir intentándolo, tenía que acabar conmigo antes de las cuatro. Terminé de afeitarme, me cambié de ropa, busqué un destornillador, unas tenazas y un martillo en el cajón de herramientas de la cocina, llené un cubo con agua hasta la mitad, y bajé.

Rodeé la casa y me encaminé hasta mi Ford, puse todo en el suelo, y con mucho cuidado, subí el capó. Sobre el bloque del motor, sellada con cinta adhesiva, encontré una caja de zapatos. En la tapa tenía un agujero mal cortado a través del cual salían un par de cables que iban directos a los terminales de la batería. Ingenioso.

Puse manos a la obra: desconecté los cables de la batería con el destornillador, y con todo el cuidado del mundo, levanté la caja de zapatos y la saqué del coche. Me giré, como si llevara una bandeja

con tazas llenas de café, y lentamente, deposité la caja de zapatos dentro del cubo con agua. Entonces, me puse en pie y me quedé mirando cómo iban saliendo un montón de burbujas a través del agujero de la caja.

Mientras estaba allí de pie, recibí la visita de una persona. Bill Casale, el hijo mayor del viejo Joey, un tipo enorme de veinticuatro años, que hacía apenas dos meses había terminado el servicio militar. Vestía unos pantalones color caqui del ejército y una camiseta blanca, se estaba fumando un cigarrillo y se le veía apenado. De inmediato se me ocurrió que la familia Casale, a falta de nada mejor que hacer, podría decidir echarme la culpa por lo que había ocurrido al patriarca. Después de todo, le había matado el tipo que estaba intentando acabar conmigo.

Pero me equivoqué. Bill me lanzó una mirada a mí, al capó abierto, a las herramientas que descansaban en el suelo, y a la caja de zapatos que nadaba en el cubo de agua. Al cabo de un rato me preguntó:

—¿Otra bomba?

Asentí.

—De verdad quiere acabar contigo, ¿no es así?

—Pues sí, con toda su alma —repliqué.

—Nosotros también queremos eliminarle. Ya lo sabes.

—Ya somos dos, Bill.

—Cuando des con él, no tienes más que decírnoslo.

Negué con la cabeza.

—Cuando lo encuentre, si lo hago, se lo diré a la Policía. Ellos se encargarán de él.

—Nosotros lo haremos mejor —dijo Bill.

—Lo siento, Bill.

Sacó un sobre arrugado del bolsillo trasero del pantalón y me lo tendió.

—Mi familia te contrata para que descubras al asesino del viejo. Cuando lo encuentres, nos avisas.

Eché una mirada al sobre y, a través del papel blanco, logré apreciar una ligera sombra verde. Me imaginé la reunión familiar; seguramente había tenido lugar anoche, o por la mañana temprano; me imaginé cómo habían pasado el sombrero para hacer la colecta, luego habían decidido enviar a Bill a que me entregara el dinero. La

familia Casale quería asegurarse de poder atrapar al hombre que había asesinado al viejo Joey, para que no tuviera ocasión de arrojarse en brazos de la justicia, unos brazos mucho menos severos.

—Lo siento, Bill —repetí—, no puedo hacerlo.

Me estudió durante un minuto, luego se encogió de hombros y dejó caer el sobre encima del guardabarros del Ford.

—Sólo tienes que avisarnos —dijo, y se alejó.

Le seguí con la mirada. Todo el mundo me apremiaba, me daba sugerencias. No estaba acostumbrado, y lo que es más, no me gustaba nada.

No abrí el sobre. Simplemente lo metí en la guantera del Ford, cerré el capó con rabia y, lentamente, me dirigí hacia el centro. Primero fui al Departamento de Policía, dejé la bomba en el laboratorio para que la examinasen; luego, me fui a mi oficina.

17

La alarma antirrobo no funcionaba. Lo primero que noté fue que en la madera de de la puerta, alrededor de la cerradura, había unos arañazos nuevos. Los examiné durante unos instantes, luego levanté la mano con la primera llave, dispuesto a abrir la caja de alarma.

No fue necesario. La portezuela de metal estaba arañada y ligeramente doblada hacia afuera, a la altura de la cerradura. Tiré de ella y se abrió.

Dentro había una maraña de cables. Los que normalmente iban detrás de una placa metálica habían quedado a la vista, y casi todos ellos estaban envueltos en cinta aislante, colocada chapuceramente.

Alguien me había desconectado del sistema para que la alarma quedase desactivada. Si sólo hubieran cortado los cables, la alama habría sonado en la comisaría. Pero cerraron el circuito agregando más cables y derivando la corriente de mi alarma.

No perdí tiempo en abrir la puerta con la llave. Simplemente le di un empujón, se abrió ruidosamente y entré.

El archivador le había dado mucho trabajo al intruso. Estaba lleno de abolladuras, la parte delantera había sido arrancada de cuajo de la cerradura de combinación; finalmente, el tipo había logrado hundir la parte frontal de los cajones lo suficiente como para meter una palanca o una ganzúa, y prácticamente había despedazado el archivador. Los cajones retorcidos estaban vacíos y tirados por el suelo, los papeles que quedaban cubrían toda la oficina. Parecía la Quinta Avenida después de carnaval.

Suspiré aliviado; me felicité por haber tenido suficiente sentido común como para sacar todos los papeles que podrían haberle sido útiles a mi visitante. Sin duda, primero había venido aquí. Y al no encontrar nada se había ido a mi casa a destrozarlo todo. Y como

tampoco había encontrado nada allí, montó en cólera y arrojó una granada a la ventana cuando advirtió que yo había regresado.

Si al menos hubiera podido saber cuál de los expedientes que había retirado era el que le interesaba...

Cuando sonó el teléfono, me tomó totalmente desprevenido. Me quedé mirándolo tontamente y al cabo de un rato dejó de sonar, pero tuve la certeza de que sólo sería para tomar aliento y disponerse a sonar de nuevo.

Mientras tanto, me puse a reflexionar por qué no se habría molestado en arrancarlo aquí también como había hecho en mi apartamento. Supuse que no habría estado aún lo suficientemente histérico como para despedazar las cosas por el gusto de hacerlo.

Luego, el teléfono volvió a sonar; salté por encima de un cajón retorcido y lo cogí. Era Cathy.

—¿Dónde te habías metido? He estado llamándote todo el tiempo —aulló.

—Acabo de llegar a la oficina —repliqué. Sabía que debía explicarle algo más que eso, pero me distraje viendo los restos de mi archivador, que se suponía inexpugnable.

—Me han dicho que hubo una explosión —prosiguió alterada—, que tú estabas allí cuando ocurrió y que te llevaron al hospital...

—Me caí y me hice un corte —le expliqué—. Eso es todo. Me dieron de alta en seguida.

—Estuve buscándote por todas partes —bramó—. El teléfono de tu casa no funciona, y nadie supo decirme dónde estabas; y yo aquí, desesperada...

Le conté los sucesos de la noche anterior, los de esa mañana, lo que había ocurrido durante la tarde, y que Harcum me había tenido en chirona durante toda la noche; cuando acabé, me dijo:

—Tim, tengo miedo.

—Y yo hace horas que tengo miedo —le contesté. Pensé en la bomba del coche, de la que no le había comentado nada, y supe que era cierto. Hacía horas que tenía miedo, pero había estado demasiado nervioso como para notarlo.

—¿Qué vas a hacer? —me preguntó.

—A las cuatro voy a hablar con Jordan Reed.

—¿Qué puede hacer él? Ayer te prometió que no volvería a ocurrir nada más.

—No sé lo que puede hacer —le dije con toda sinceridad.

—¿Qué ocurrirá si no puede hacer nada?

—Entonces iré a ver a Paul Masetti.

—Tendrías que ir a verle ahora —sugirió—. Tendrías que ir a verle ya mismo.

—Esperaré hasta haber hablado con Jordan Reed.

—Tim, no puedes fiarte de esta gente, no puedes intentar llegar a un acuerdo con ellos, es demasiado tarde para apaciguar los ánimos.

Temí que estuviera en lo cierto, y como no quería que fuera así me enfadé.

—Está bien, Cathy. No te preocupes, sé cuidarme solo, ya me las arreglaré.

—Tim, por favor, escúchame.

—Pasaré a buscarte a las cinco, diré lo que ha ocurrido.

—Tim, por favor.

—Cathy, tengo que colgar —dije.

—Tim...

Colgué y me quedé mirando hacia el Ayuntamiento a través de la ventana. ¿Por qué había ocurrido todo esto, por qué había estallado todo en mis narices de esta manera? Había hecho el mejor trato posible, lo había equilibrado todo para llevarme bien con todo el mundo, había trabajado para cumplir con mi oficio, para que me necesitaran y me aceptaran, y todo marchaba bien.

Todo había marchado bien durante quince años. Y ahora estallaba todo en mis propias narices.

El teléfono volvió a sonar. Mi mano seguía apoyada en el auricular, lo cogí automáticamente en cuanto comenzó a sonar. Me arrepentí al instante, temeroso de que fuera Cathy otra vez, con sus miedos y sus consejos.

No era ella. Una voz irritada preguntó:

—¿Tim?

—Sí —contesté.

—Soy Jack Wycza. ¿Qué diablos está pasando en la ciudad?

—De todo —repliqué—. ¿O te refieres a algo particular?

—Me refiero a Reed y a esa banda que trata de crucificarme.

—Yo que tú, no me sorprendería en lo más mínimo. Uno de ellos intenta asesinarme, de modo que no creo que tengan demasiados escrúpulos en crucificarte.

—Escúchame —dijo con voz brusca y nerviosa—. Escúchame bien, no me gustan los teléfonos. Ven a verme. Tengo que hablarte, Tim, ven a verme. Estoy en la tienda de dulces.

Faltaban aún tres horas para la reunión con Jordan Reed. Tal vez no fuese mala idea ir al North Side, lejos de los lugares que solía frecuentar, hasta que llegase el momento de ver a Reed.

—Tim, escúchame —prosiguió al ver que yo vacilaba—. Siempre jugué limpio contigo, ya lo sabes. Te he hecho favores. Tienes que venir a verme.

—De acuerdo —respondí.

—En la tienda de dulces —repitió.

—Voy para allá —le dije.

Colgué, salté por encima del archivador destartalado, y salí al pasillo. Ni siquiera me tomé la molestia de cerrar la puerta.

Me encontraba en mitad del pasillo cuando la puerta del ascensor se abrió y apareció Harcum, acompañado por Ed Jason y Hal Ganz, que estaban de guardia. Primero pensé que habría venido a hablar conmigo, pero la sorpresa y la incomodidad dibujadas en su rostro al verme me convencieron de lo contrario.

—Hola, Tim —me saludó con torpeza y se apresuró a acercarse a mí.

Hal Ganz me lanzó una amplia sonrisa, y me dijo:

—Bueno, Tim, encontramos al…

—¡Calla! —ordenó Harcum volviéndose y fulminando a Hal con una mirada.

Hal pestañeó confundido, pero no agregó nada más.

—A propósito, Harcum, ya que estás aquí podrías echar un vistazo a mi oficina —sugerí yo.

Luego seguí mi camino hacia el ascensor. Jack, el ascensorista, me estaba esperando. Entré y bajamos a la calle.

Me preguntaba qué sería lo que Harcum había encontrado y que no quería que yo supiese.

18

La tienda de dulces del pueblo estaba en la calle Kosciusko, una calle que recorre una de las cuestas más empinadas que jamás se haya visto. A ambos lados, había coches aparcados y tuve que dejar el Ford a una manzana y bajar la cuesta a pie hasta llegar a la tienda.

En el interior, la Tienda de Dulces del Pueblo, como su nombre lo anunciaba, era precisamente una tienda de dulces a la que acudía el pueblo. Además, era otras cosas. Esperé junto al mostrador de caramelos mientras un par de niños trataban de decidir en qué invertir sus cuatro centavos; luego, le dije al propietario, un tipejo de baja estatura, bigotes y gafas relucientes:

—Jack Wycza me está esperando. Soy Tim Smith.

—El señor Smith —dijo recalcando las palabras—, sí, ya me lo advirtió. Suba —me señaló el camino—, por ahí.

—Sí, sí, ya lo sé.

Pasé junto a la fila de mostradores de caramelos, crucé la puerta que había detrás de ellos, y entré en una habitación donde once hombres con sombrero estaban jugando al póquer en dos mesas enormes. Una persiana verde cubría la única ventana impidiendo que entrara la luz del día, la habitación estaba iluminada por bombillas de sesenta vatios, sin pantallas, que pendían sobre cada mesa. El humo de los cigarrillos flotaba perezosamente en el aire azul. Se oía el tintinear de las monedas, el crujido de los billetes y el murmullo de las cartas al ser repartidas.

Nadie me prestó atención, de modo que seguí mi camino. En la pared de la derecha había una puerta que conducía a unas escaleras. Subí hasta el cuarto de apuestas hípicas de la segunda planta, que en esos momentos estaba vacío y a oscuras; las ventanas

también estaban cubiertas por persianas de color verde oscuro. Al cruzar la habitación hacia la puerta del despacho de Jack Wycza, mis pasos resonaron sobre el suelo de madera. La puerta estaba cerrada. Llamé y alguien me ordenó que entrase.

Jack Wycza estaba sentado tras un antiguo escritorio de madera. Otros dos hombres estaban recostados sobre la pared del fondo, a ambos lados de la única ventana. Una muchacha —otra pariente de Wycza, una prima o algo así, llamada Cindy— estaba sentada en la única silla que quedaba en la habitación, pintándose las uñas con laca de color rojo encendido.

Jack Wycza interpretaba admirablemente el papel de político local, todo en él encajaba a la perfección: el sombrero inclinado hacia atrás dejando ver la calva, el cigarro barato colgado del labio, la camisa blanca con el cuello desabrochado y la ancha corbata oscura con el nudo flojo y arrugado, el vientre prominente asomando por encima del cinturón y las manos anchas y blandas poco acostumbradas al trabajo manual. Sus ojos pequeños y alertas, se entrecerraban ahora por el humo del cigarro; sus mandíbulas eran pesadas y cubiertas de una barba hirsuta. Por primera vez desde que lo conocía estaba asustado.

Se sacó el cigarro de la boca y me apuntó con él.

—Tim, te han pedido que me delataras —dijo con un ligero acento, a pesar de que había nacido aquí.

—Veo que las noticias vuelan —repliqué.

—Te has negado, ¿no?

—Por supuesto que sí.

Una sonrisa de felicidad se le dibujó en el rostro.

—Ya no trabajas para ellos, ¿no es así?

—Jamás he trabajado para ellos —le corregí—. Jamás he trabajado para nadie más que para mí mismo.

Dejó de sonreír.

—¿Qué estás diciendo? ¿De qué rayos estás hablando?

Podía haberle formulado exactamente la misma pregunta, pero opté por decirle:

—Jamás formé parte de ese grupo. Siempre he sido independiente. He trabajado con ellos, pero eso no significa que sea uno de ellos. También he trabajado contigo. He trabajado con casi todos en esta ciudad.

—Tim, escúchame —su tono era muy solemne—, no es hora de que me vengas con ésas. En esta ciudad habrá una guerra, y todos tienen que tomar partido, por uno u otro bando. Me enteré de que te negaste cuando te pidieron que me delataras a los reformistas, por eso imaginé que habías terminado con ellos. Pensé que te unirías a Abner Korlov y a mí.

Abner Korlov era el propietario de la Amalgamated Machine Parts, donde trabajaba la mayoría de la gente del North Side. El y Jordan Reed habían sido enemigos acérrimos durante años. Desde que Reed logró el control de la ciudad, Korlov había estado tratando de arrebatárselo.

—Pues has imaginado mal, Jack. No tomaré ningún partido.

—Tim, escúchame, estoy en un aprieto. Aquí, sé dónde piso, sé a qué atenerme. Pero en la ciudad, estoy perdido. Está fuera de mi territorio. Hasta ahora, las cosas han ido bien, pero ahora habrá una guerra. Y en la ciudad no tengo ningún contacto.

—Toda tu maldita familia trabaja en la ciudad —le recordé.

Hizo un ademán de disgusto y prosiguió:

—No se enteran de nada. Todo el mundo sabe que están de mi parte. ¿Quién habla con ellos, quién les cuenta nada? —se detuvo, frunció el ceño y luego ordenó—: Cindy, muchachos. Salid un momento.

Sin decir palabra, Cindy y los dos muchachos salieron de la habitación y cerraron la puerta.

Jack se inclinó hacia adelante, su rostro estaba serio y lleno de preocupación.

—Tengo que saber qué están haciendo los de la ciudad —dijo a toda prisa—. Tuve mucha suerte al poder enterarme de lo tuyo. Muchísima suerte. Pero tengo que saber lo que están haciendo, lo que están tramando. De lo contrario, me sacrificarán. Por eso te mandé llamar, necesito a alguien en la ciudad. Sé que si me dices que estás de mi parte puedo fiarme de ti.

—Jack...

—Escúchame —continuó—, un trato, hagamos un pequeño trato. Yo te hago un favor y tú me haces un favor a mí. Así de sencillo. ¿De acuerdo?

—¿Qué favor? —le pregunté.

—Tú estás en la ciudad. Sabes lo que ocurre. Si oyes algo que

tenga que ver conmigo, cualquier cosa, me lo comunicas. Juro por Dios que no diré nada, nadie se enterará que has sido tú, ni siquiera mi mujer. Es un favor personal.

—Jack, escúchame...

—Espera un momento —dijo rápidamente—, te daré algo a cambio. Te devolveré el favor. Han estado intentando matarte, ¿no es así?

Asentí.

—Necesitas un guardaespaldas. Necesitas que alguien te cubra la espalda, y los costados. Esos dos tipos que estaban aquí haré que te sigan a todas partes. Son buenos, Tim, saben lo que se hacen.

La idea era tremendamente sugestiva. Aunque tal vez no fuera demasiado conveniente tener a mi lado a dos de los matones de Jack.

—Jack, no sé si me enteraré de nada. En la ciudad están todos muy asustados, nadie habla, están mudos como tumbas.

—Si oyes algo, bien. Si no oyes nada, pues nada. Ni siquiera te pido que investigues. Simplemente, si por casualidad te enteras de algo... Y estos dos muchachos te ayudarán.

—Está bien —asentí—. Si me entero de algo, te lo diré. Pero no cuentes conmigo.

Sonrió con una especie de mueca y se reclinó en el respaldo de la silla.

—Son buenos chicos —dijo—. Te cuidarán.

—¿De qué forma? —le pregunté.

Se echó a reír y contestó:

—Los guardaespaldas caminan delante, Tim. Ese es su trabajo.

Pidió a gritos que volvieran a entrar, y Cindy apareció seguida de los dos buenos muchachos.

—Escuchadme —les dijo Wycza—, Tim nos va a ayudar un poco, y nosotros le vamos a ayudar a él. Hay alguien que ha estado intentando matarle. Quiero que vayáis con él, que os aseguréis de que nada le ocurra.

Y volviéndose a mí, agregó:

—Tim, te presento a Ben, y ese es Art. Son buenos muchachos.

Ben era un tipo impasible, sólo hizo un ligero movimiento con la cabeza, pero Art sonrió como un gato de Cheshire, y dijo:

—¿Está seguro de que necesita guardaespaldas, señor Smith? No

parece usted ese tipo de hombres.

Me toqué el vendaje de la cabeza, pensé en los cuatro intentos que había realizado ya mi perseguidor, y contesté:

—Completamente seguro.

19

Fuimos hasta mi coche y el tipo llamado Art, el sonriente, se sentó a mi lado, en el asiento delantero; el otro, se, acomodó en la parte trasera. Hice un brusco cambio de sentido y enfilé hacia el centro de la ciudad.

Al cabo de unas pocas manzanas, Art me preguntó:

—¿Adónde vamos, señor Smith?

—A conseguir garantías para facilitaros el trabajo.

Volvió a sonreír y comentó con ánimo conversador:

—Jack nos dijo que era usted astuto pero honesto. ¿Y cómo es que está usted metido en esto?

—Estoy de parte de los ángeles —le contesté.

—En Winston no hay ángeles —replicó. Extendió el brazo para encender la radio del coche y me preguntó—: ¿Le importa si pongo algo de música?

—Es una radio de la Policía —le informé—, sólo capta las llamadas de los coches patrulla.

Pareció impresionado, e inmediatamente quiso saber:

—¿Cómo es que lleva usted una cosa así?

—Estoy en la nómina del Ayuntamiento. Incluso podría tener una en mi casa si quisiera.

—¡Caramba! —exclamó con sorpresa burlona.

Seguimos el resto del trayecto en silencio. En un par de ocasiones eché una mirada al retrovisor, y Ben, el impasible, miraba por la ventanilla las casas que íbamos dejando atrás. No supe a ciencia cierta si lo hacía por un exceso de celo profesional para tratar de descubrir a un posible francotirador, o simplemente porque estaba aburrido.

En el centro de la ciudad encontré aparcamiento a media

manzana del hotel Winston.

—Tengo que hablar con alguien en el hotel —le informé a Art—. Ben y tú podéis acompañarme hasta el vestíbulo, pero a partir de ahí iré solo.

—Delo por hecho, señor Smith. Usted es el jefe —dijo, desdoblando su figura larguirucha y saliendo del coche para caminar a mi lado hasta el hotel. Ben se mantuvo a unos pasos de distancia, detrás de nosotros.

—Vuelvo en seguida —anuncié cuando llegamos todos al vestíbulo, y me dirigí al mostrador.

Charlie, el empleado de la recepción me dio el número de habitación de Masetti; subí al ascensor y fui hasta su piso. Recorrí el pasillo que llevaba hasta su habitación, y llamé a la puerta de Masetti.

Abrió de inmediato, y me miró como si le desagradara inmensamente lo que estaba viendo. Le pregunté si podía pasar, me contestó que sí, y me dio la espalda.

Entré en la habitación y me sorprendí al ver su maleta, a medio hacer, abierta sobre la cama. Sin prestarme la menor atención, siguió con su tarea de transferir su ropa de la cómoda a la maleta.

Esperé un momento para que recordara que me encontraba allí, y cuando resultó evidente que no iba a acordarse, le dije:

—Me gustaría hablarle, señor Masetti.

—Adelante, hable —replicó. Me dio la impresión de que estaba irritado.

—Quiero darle cierta información, siempre y cuando me garantice usted que no la utilizará hasta que yo le avise.

—¿No me diga? —comentó y siguió empacando sus camisas, moviéndose con la rapidez y la brusquedad de quien está a punto de estallar de rabia.

No me di por aludido; además, la cosa no me gustaba nada. No me había imaginado que iba a encontrar a Masetti en este estado de ánimo. Había pensado contarle dónde estaban escondidas las cajas de sopa llenas de expedientes, si lograba arrancarle la promesa que no las tocaría hasta no recibir mi llamada telefónica a las cuatro de la tarde. De esa forma obtendría una doble garantía en caso de que a Jordan Reed se le ocurriera jugar a dos barajas. Después de todo, Jordan era uno de los siete sospechosos de mi lista.

Pero por la forma en que estaba actuando Masetti parecía tenerle absolutamente sin cuidado lo que yo hiciera, si por él hubiese sido podía irme a la luna. Las cosas no estaban saliendo como yo las había planeado, y eso me ponía de mal humor.

—Maldita sea, ¿va a escucharme o no? —dije exasperado.

Se dio la vuelta y me miró lleno de rencor.

—Señor Smith, francamente me importa un bledo lo que usted haga. Por mí puede contarme sus secretos o irse al infierno.

—¿Qué diablos le ocurre? —pregunté sorprendido.

—Me han sustituido, eso es lo que ocurre. Me marcharé de esta sucia ciudad que tanto ama. Regreso a Albany en el tren de las tres y cuarto —hizo una pausa, volvió a echarme una mirada furibunda, como meditando lo que iba a decirme, y agregó—: Si realmente tiene información puede comentársela a mi sustituto, cuando llegue.

—¿Quién es y a qué hora llega? —pregunté.

—Se llama Danile, Archer Danile. Y se supone que tiene que estar aquí a las siete.

A las siete de la tarde... en realidad, eso no me ayudaba en nada. Si Masetti iba a marcharse a las tres y cuarto, tampoco podía ayudarme en nada. Tendría que encontrar a otra persona que se hiciera cargo de mi seguro. Cathy, tal vez. Ya había pensado en ella, pero había desechado la idea, en parte porque no quería exponerla al posible riesgo, y en parte porque no quería exponerme a otro de sus sermones.

—Está bien, gracias de todos modos.

—No tiene usted por qué darlas —dijo enfadado, y continuó haciendo las maletas.

Regresé al vestíbulo.

Cuando llegué, Art seguía luciendo su sonrisa irónica.

—Supongo que ya no nos necesitará, señor Smith —comentó.

—¿Y por qué no? —contesté frunciendo el ceño.

—Mientras estaba usted arriba, telefoneé a Jack. Acaba de oír por la radio que han arrestado al tipo que estaba tratando de matarle. Le arrestaron por la muerte del anciano de la tienda de ultramarinos.

No podía dar crédito a mis oídos. Jamás pensé que Harcum acusaría a uno de sus compinches.

—¿Quién es? ¿Quién ha sido? —aullé.

—Un abogado, un tal Ronald Lascow.

—¡Lascow!

¡Ese estúpido hijo de perra de Harcum, trataba de achacarle todo a un cabeza de turco! Y había elegido a una de las pocas personas de la ciudad de las que estaba absolutamente seguro que no tenía nada contra mí. Ron Lascow. Harcum estaba perdiendo el juicio —pensé—, estaba perdiendo su maldito juicio.

Acto seguido me di cuenta de los detalles. Lo habían dicho por la radio, y estaban mencionando con pelos y señales que había sido arrestado por el asesinato de Joey Casale.

La familia, la familia Casale. Ya estarían comprando la cuerda para ahorcarlo, estaba tan seguro de eso como de que Ron Lascow era víctima de un complot.

¡Eso es lo que Hal Ganz iba a decirme cuando nos vimos en mi oficina! Con razón Harcum le había hecho callar, porque sabía que yo no aceptaría una cosa así.

Tenía que sacar a Ron de la cárcel, pero antes debía hacer otra cosa. Lo primero que tenía que hacer era detener a los Casale.

20

Sabía dónde estarían. Ahora que el viejo Joey había muerto, el clan estaría encabezado por Mike, el primogénito. Mike y su hermano Sal eran dueños de una empresa de camiones, y la reunión familiar tendría lugar, sin lugar a dudas, en uno de sus depósitos.

Le dije a Art que seguiría necesitándole a él y a Ben, que Harcum intentaba achacarle todo a una persona inocente, y los tres abandonamos el hotel. Nos dirigimos hacia el Ford a toda prisa, Art volvió a sentarse a mi lado, y Ben, más silencioso que nunca, volvió a asumir su postura adormilada en el asiento de atrás.

La Casale Brothers, Moving and Storage. General Trucking ocupaba una manzana entera en la calle Front, no lejos de la Reed & King Chemical Supplies Corporation. En esta manzana había cuatro edificios: todos viejos, altos, sucios y de ladrillo rojo, tres de ellos con ventanas entabladas. En estos tres se encontraban los almacenes y las instalaciones del garaje. El cuarto edificio, que todavía conservaba los cristales en las ventanas de la planta baja, albergaba las oficinas. El resto de la manzana estaba cubierto de asfalto y se utilizaba como aparcamiento para los coches y camiones de la empresa; la mayor parte de esta zona estaba rodeada de una cerca.

Ordené a Art y a Ben que me esperaran en el coche. No quería que Mike pensara que había venido a hacerle una demostración de fuerza.

—Es usted un hombre ocupado, señor Smith —me dijo Art, con su tono entre burlón y sorprendido.

—Muy ocupado —repliqué, y me alejé del coche a toda prisa, en dirección al edificio de oficinas. Pude sentir la sonrisa burlona de Art a mis espaldas.

La muchacha a la entrada de la oficina me dijo que Mike Casale, junto con sus cuatro hermanos y unas cuantas personas más estaban todos en el edificio sur, pero que no estaba segura de que pudiera entrar a verles. Le agradecí la información, y le comenté que iría a comprobarlo personalmente; entonces, regresé a la acera.

El edificio sur estaba justo al lado, pero se entraba por la parte trasera. Atravesé el pasadizo que separaba a ambos edificios, di la vuelta a la esquina, y me encontré con Bill Casale, de pie junto a la puerta, con los brazos cruzados sobre el pecho; seguía llevando sus pantalones caqui y la camiseta.

—¿Está tu padre ahí dentro? —le pregunté.

—Sí, pero en estos momentos está ocupado —replicó.

—Quiero hablarle, Bill. Está cometiendo un error.

Bill no movió ni un músculo. Yo era alguien de fuera, no era de la familia, y en momentos así sólo se podía confiar en la familia.

—Que eso lo decida él —contestó.

—Bill, por el amor de Dios, estoy de vuestra parte. Eso ya lo sabes. Déjame entrar, quiero hablar con tu padre.

—¿De qué quieres hablarle?

—Ron Lascow no mató a tu abuelo —repliqué.

—Por la radio dijeron que fue él.

—Sí, y los periódicos dijeron que Dewey fue presidente. Harcum busca un cabeza de turco, eso es todo. Todo este lío está mezclado con la política, y Harcum no puede ir muy al fondo.

—Eso no es lo que dijo la radio —insistió—. La radio dijo que trató de matarte porque tú te habías enterado de que tenía un plan para evadir impuestos, y que temía que tú le delataras ante ese grupo reformista que anda por la ciudad.

Ya sabía el motivo por el cual habían elegido a Ron. Tratarían de hacerle cumplir un doble propósito: ahora que se conocía públicamente su estratagema para evadir impuestos, le culparían del asesinato y, además, le harían cargar con el peso de la investigación de la Liga. Y como hacía muy poco tiempo que formaba parte del grupo de los que mandaban, no podría hacerles demasiado daño.

—Es un complot, Ron no mató a nadie.

—Por la radio dijeron que fue él —se empecinó.

—Cielo santo —grité—. ¿Acaso la radio es la voz de Dios?

Harcum tenía que encontrar un chivo expiatorio, es todo. Bill, basta de tonterías y déjame hablar con tu padre.

—Por aquí no pasa nadie —insistió meneando la cabeza—. Es lo que me han ordenado, que no pase nadie. Y eso te incluye a ti.

—Bill —dije desesperado—, ¿tú crees que intentaría cubrir a Ron si de verdad fuera el tipo que estuvo tratando de matarme? Bill, han tratado de matarme cuatro veces. Usa tu maldito cerebro para algo.

—Podrías estar equivocado —contestó.

—Pero podría estar en lo cierto.

Reflexionó durante unos instantes y, finalmente, dijo:

—Espera aquí. Vuelvo en seguida.

—Esperaré —prometí.

Entró y escuché el clic de la puerta cuando cerró con llave. Encendí un cigarrillo y eché un vistazo al aparcamiento. Estaba lleno, atestado de camiones de la Casale Brothers y de coches particulares. Al parecer la familia entera estaba ahí metida, más todos los camioneros que trabajaban para la compañía. Un pequeño ejército. Suficiente como para sacar a Ron de nuestra desvencijada cárcel y colgarle de uno de los árboles del parque del Ayuntamiento.

Y para ser sinceros, Harcum no haría demasiados esfuerzos por evitar que lincharan a Ron. La muerte del asesino evitaría la engorrosa situación que suponía el juicio. Todo resuelto y todo el mundo contento.

Bill tardó uno o dos minutos. Cuando regresó, cerró la puerta tras de sí con sumo cuidado, me miró y negó con la cabeza.

—Dice que no.

—Entonces dile que salga. Tengo que hablar con él.

—Dijo que no —se empecinó Bill—. Esto es un asunto de familia, y tú no tienes nada que ver en él.

Maldita las ganas que tenía de mantenerme al margen. Me retiré en medio de fuertes protestas, volví a recorrer el pasadizo hasta la calle; Bill no dejó de vigilar mi partida. Giré en la esquina, y me metí otra vez en la oficina.

—Me envía Mike a buscar una llave inglesa —dije a la

muchacha.

—¿Una qué?

—Ya me indicó dónde estaba —proseguí, pasando a toda velocidad junto a su escritorio—, está arriba, es la segunda a la derecha —la dejé con la boca abierta, entré por la puerta, recorrí un pasillo y subí unas escaleras.

Conocía estos edificios. Probablemente los conocía mejor que el mismo Mike Casale. Ellos sólo llevaban nueve años aquí, y anteriormente este lugar había estado desocupado, y servía de base a una banda de ladrones de recambios de coche. Habían escondido cubos de rueda, silenciadores y tubos de escape por todas partes. Fred Hutchinson, del Concesionario de Automóviles Hutchinson, me había contratado para poner fin a los robos, y como consecuencia de ese trabajo había tenido que recorrerme los cuatro edificios infinidad de veces.

En la segunda planta giré a la derecha y encontré la pared que quería, estaba bloqueada por tres pilas altísimas de cajas de cartón. Estaba sólo. Al parecer, la cuadrilla en pleno estaba reunida en la habitación contigua, anudando la cuerda.

Retiré las cajas, lo cual me tomó unos pocos minutos que no quería malgastar como tampoco mis energías, luego aporreé el panel de yeso que cubría la entrada.

En la segunda planta había una vieja pasarela cubierta que unía ambos edificios. Mucho antes de la guerra se había vuelto destartalada e insegura, de modo que ambas entradas habían sido clausuradas con paneles de yeso, y la pasarela había caído en el olvido. En ese preciso lugar, los ladrones de la banda habían almacenado su botín.

Si caminaba con lentitud y mucho cuidado, justo por el medio de la pasarela, de modo que mi peso recayera sobre la viga principal, un tipo más bien gordo como yo lograría llegar al otro edificio y recostarse contra el panel de yeso que cubría la otra entrada. Crucé, pues, el pasadizo y llegué hasta un pequeño depósito oscuro, polvoriento y lleno de basura, que contaba con una puerta sólida y cerrada con llave. Tanto esfuerzo físico para nada.

No, no exactamente. Logré oír la voz de Mike Casale que en ese instante decía: «... entonces quienes vayan con Sal atravesarán las ventanas de la planta baja, en la parte oeste y...»

La voz provenía de mi derecha. Me dirigí hacia ese lugar; mis manos se llenaron de marcas negras al tocar la reja que cubría el ventilador.

—¡Maldita sea! —grité.

Entonces se oyó la voz de Mike que decía:

—¿Qué diablos ha sido eso?

No sólo podía oírle yo a él, sino que él también me oía a mí. Y pensándolo bien, creo que esto era aún mejor que un enfrentamiento cara a cara. No tendría ocasión de atarme y dejarme ahí, mientras él y su ejército iban a la ciudad a armar escándalo en el Ayuntamiento.

—¡Mike! —aullé.

—¿Quién diablos eres? —preguntó—. ¿Dónde estás?

—Viene del ventilador, Mike —dijo otra voz que se oía más lejana.

—¡Hay alguien en el edificio! —gritó otra voz.

—Mike, soy Tim Smith. Quiero hablar contigo.

—Buscad a ese bastardo —ordenó Mike.

—Como quieras, Mike. Pierde el tiempo. Quiero hablarte, y no lo haré si no estáis todos en esa habitación.

—¿Dónde rayos está metido? —gritó una voz—. ¡Por el amor de Dios, nos está viendo!

Sigue pensándolo así, amiguito, dije para mis adentros, y luego proseguí:

—Avísame cuando estéis dispuestos a escucharme, Mike.

—Ven aquí y hablemos cara a cara,

Tim —contestó.

—Encantado —repliqué, y me eché a reír.

—Si se trata de Ron Lascow —dijo—, pierdes el tiempo.

—Y vosotros perderéis la vida. Ron no mató a Joey.

—¿Y cómo es que está en la cárcel por eso?

—Lo están usando de cabeza de turco.

—Una mierda.

—Mike, no querrás cometer un error, ¿verdad? Tienes que estar seguro de lo que estás haciendo.

—Sé muy bien lo que hago —replicó.

—Mike, deberías escucharme. Sé de esto más que tú.

Otra voz, me pareció la de Sal, el hermano de Mike, dijo:

—Mira, Mike, de todos modos no podemos actuar hasta que h va oscurecido. Deja que nos diga lo que quiere.

—No cambiará nada —comentó una voz que no pude reconocer—. Sólo quiere cubrir a Lascow. Son amigos.

—Jamás cubriría a un tipo que ha tratado de matarme cuatro veces —contesté.

—Está bien —terció Mike—, escucharé. Ven aquí y dime lo que quieres.

—Si no te importa, prefiero quedarme donde estoy. No es que no me fíe de ti, pero si no me equivoco, estás rodeado de agitadores.

—Di lo que tengas que decir, pues —gruñó malhumorado—. Y no le des largas al asunto.

Me recosté contra la pared, acerqué la boca a la parrilla del ventilador y me puse a gritar a voz en cuello. Les dije que Ron era víctima de un complot, y les dije el motivo. Señalé que el primer atentado contra mi vida tuvo lugar la noche anterior a que Ron se enterara de la existencia de la Liga, y que él y yo habíamos ido juntos a conversar con el representante de la Liga, y que Ron no tenía nada que temer de mí.

Cuando hube terminado, reinó el silencio durante unos minutos, y de pronto me entró el temor de que se hubiesen marchado todos mientras yo estaba hablando, y de encontrarme ahora solo en este edificio, contando mi historia a gritos sin que hubiese nadie para escucharla.

—¿Cómo sé que estás en lo cierto? —preguntó Mike, sopesando las palabras—. Parece que estás diciendo la verdad, tu historia es creíble, ¿pero cómo sé que no me mientes?

Seguía allí, después de todo no había huido.

—Porque es cosa mía —contesté—. Porque hace dos días que busco al asesino, y si hubiera sido Ron lo habría sabido desde hace tiempo. Y porque sabes cómo apreciaba yo a tu padre.

Siguió otro largo silencio, sólo que esta vez pude oír un suave murmullo de voces. Finalmente, Mike dijo:

—Está bien. Te creemos.

—Me alegra oírtelo decir.

—Sólo queda un punto —dijo—, todavía tenemos la cuerda. Todo lo que tienes que hacer es señalarnos al culpable y será nuestro.

En realidad no me importaba de quién sería, de modo que no estaba dispuesto a discutir el tema. Pero tenía una forma de matar dos pájaros de un tiro. Quería que Mike estuviera seguro de que podía fiarse de mí, además necesitaba a alguien de mi parte en quien pudiera confiar más que en Art y Ben. Entonces sugerí:

—Te diré lo que haremos, Mike. Dile a Bill que venga conmigo. Irá conmigo a todas partes y verá lo que estoy haciendo. En cuanto sepa con seguridad quién ha sido, se lo diré a él. ¿De acuerdo?

Esta vez la conferencia fue más breve, Mike no tardó en contestar:

—Acepto tu propuesta.

—Mi coche está frente a tu oficina —le dije.

21

Cuando regresé encontré a Art sólo en el coche. Me senté al volante y le pregunté:

—¿Dónde esté Ben?

—Le envié a comprar tabaco —contestó con su sonrisa burlona y sacó un paquete de cigarrillos del bolsillo. Encendió uno y me dijo —: Quería comentarle un par de cosas en privado.

—¿Qué clase de cosas?

—De las que no quiero que se entere Jack Wycza.

—¿Como qué, por ejemplo?

Se lo pensó durante unos momentos. Finalmente me confesó:

—Verá, señor Smith, usted me cae bien. Antes que todo esto empezara había oído unos comentarios acerca de usted, y lo que oí me gustó. Astuto pero honrado. En esta ciudad habrá mucho jaleo, pero tengo el presentimiento de que usted saldrá a flote.

—Eso espero —dije.

—Yo que usted no me fiaría demasiado de Jack Wycza —añadió mirando por la ventanilla,

—No tengo intenciones de hacerlo.

—Le sería sumamente útil si pudiera estar usted con alguien que estuviera cerca de Wycza para informarle de lo que ocurre.

—Acaba de decir una gran verdad. ¿Se ofrece usted para el trabajo?

Sin dejar de mirar por la ventanilla, asintió.

—¿Y por qué?

—Porque me cae usted bien, señor Smith —insistió. Se volvió para mirarme, sonrió burlonamente, y agregó—: Y además me gusta estar del lado de quienes salen a flote.

—Ahí viene Ben —le advertí.

—¿Acepta usted el trato?

—¿Qué quiere usted a cambio?

—Soy un tipo muy útil, señor Smith —respondió encogiéndose de hombros—, quien gobierne esta ciudad cuando todo este lío haya explotado podrá utilizar mis servicios. Y usted podría ser mi punto de referencia.

—¿Es todo?

—Es todo.

¿Podía fiarme de él? ¿Por qué diablos me hacía esta propuesta? Poco importaba, podía aceptarla y no ocurriría nada, me fiara o no de él. Es más, ¿qué ganaría negándome?

Ben abrió la puerta trasera, del lado de la calle, se metió en el coche y le alcanzó el paquete de cigarrillos a Art.

—Entonces, creo que está bien —dije.

—Perfecto —dijo él—. Gracias por los cigarrillos, Ben.

Se abrió la otra puerta trasera, me di la vuelta para ver quién era y vi que Bill Casale subía al coche.

—Me alegra volver a verte, Bill —comenté.

Tenía el semblante inexpresivo de siempre cuando me preguntó:

—¿Dónde te escondías, Tim?

—Recuérdame que te lo diga algún día. Os presento a Bill Casale, éste es Art y ese es Ben.

Intercambiaron unos gruñidos a manera de saludo y puse el Ford en marcha.

—¿Adónde vamos ahora, señor Smith? —preguntó Art.

—A intentar conseguir esa garantía —repliqué.

Me gustara o no, la garantía tendría que dármela Cathy.

22

Cathy estaba a punto de estallar, con esa mezcla de furia y terror que sólo las mujeres se saben de memoria. Tendría que haberle dedicado unos minutos, para tranquilizarla y disculparme por hacerla preocupar, y esas historias, pero no tenía tiempo ni paciencia para hacerlo.

—Mira, Cathy, deja los gritos para más tarde, ahora tengo muchas cosas que hacer.

Dejó de gritar y me estudió durante unos momentos.

—Quiero saber dónde estás —anunció finalmente—. Quiero saber lo que te está pasando y lo que estás haciendo, y quiero que tú mismo me lo digas. No quiero llegar a la oficina una mañana, como me ha ocurrido hoy, y que alguien me diga que la noche anterior ha habido una explosión y que tú estabas allí, y pasarme la mañana entera volviéndome loca, tratando de averiguar dónde estás, si estás herido y qué te ha ocurrido. Quiero que tú me llames.

—Cathy, he estado dando vueltas como un loco. No he tenido tiempo...

—Cállate, aunque sea por un momento —me ordenó. Ya no gritaba, ya no estaba enfurecida. La única señal física de que estaba conteniendo la indignación fueron las dos manchas de color rojo que le encendieron las mejillas. Eso, sus ojos y su voz, que eran fríos y duros.

—Tim, tú me importas —dijo en voz baja, como si estuviera enunciando un hecho sin importancia—. Me importas y por eso quiero saber si estás bien y a salvo. Y quiero saber que a ti también te importo.

—Pero, Cathy, por el amor de Dios, yo...

—No digas nada más, si de verdad te importo, querrás evitarme

otra mañana como la que he tenido hoy, si es que no representa demasiado esfuerzo para ti. Si te importo, querrás saber que yo estoy bien.

—Mira, Cathy...

—Si no significo nada para ti —continuó, pasando por alto mi interrupción—, no tienes más que decirlo. Dilo ahora mismo, y hemos terminado. Tú no tendrás que preocuparte por mí y no tendré que preocuparme por ti, además...

—Espera, Cathy —le dije reclinándome sobre el escritorio y tomándole las manos—, escúchame. No vas a echarlo todo por la borda sólo porque estás enfadada conmigo. Estos dos últimos días he estado corriendo en diferentes direcciones, sin saber lo que iba a ocurrirme al cabo de unas horas. Me ha resultado sumamente difícil captar con rapidez lo que me estaba ocurriendo como para que además tú me pidas que siga con mi vida de todos los días, con mi vida normal.

—¿Tu vida normal? Tim, sólo te estoy pidiendo que me llames...

—Está bien. Tendría que haberte llamado y no lo hice. No he pensado en ti tanto como debería haberlo hecho. Por el amor de Dios, Cathy, tampoco he estado pensando en mí lo suficiente. Espera a que todo este maldito asunto haya acabado, ¿lo harás? No esperes que actúe de la misma forma en que lo haría en circunstancias normales.

—No me explico por qué no pudiste coger el teléfono y llamarme —insistió meneando la cabeza.

—¡Porque no se me ocurrió, maldita sea! Porque estoy intentando pensar en un millón de cosas al mismo tiempo y no pensé en llamarte. Si quieres hacer un dramón de todo esto, ¡pues vamos, adelante! Pero al menos espera a que todo haya pasado.

Asintió, pero por la expresión de su cara pude adivinar que no estaba convencida.

—Está bien. No has venido sólo a verme. No tienes tiempo para cosas así. Has venido porque necesitas algo. ¿Qué quieres?

De no haber pasado por alto la indirecta, nos habríamos enredado en otra discusión, de modo que contesté su pregunta.

—Tengo unos expedientes escondidos en la tienda de Joey Casale. Es el as que me he guardado en la manga. Quiero que sepas dónde están. Si antes de las siete de la tarde no has sabido nada de

mí, irás al hotel Winston y preguntarás por un tipo llamado Danile. Archer Danile. ¿Te acordarás del nombre?

Sus ojos se iban abriendo cada vez más, pero no dijo nada, se limitó a asentir con la cabeza.

—Le dirás dónde encontrar los expedientes —proseguí—. Eso si antes de las siete no has tenido noticias mías. Si las tienes, no tendrás que hacer nada. ¿De acuerdo?

—Tim, ¿qué vas a hacer?

—Escúchame bien. Los expedientes están metidos en dos cajas de cartón, de las de sopa de tomate, en el depósito de la trastienda, entrando a la derecha. ¿Lo has entendido?

—¿ Qué-vas-a-hacer ?

—Tengo una cita con Jordan Reed —repliqué—. Quiero que todos se enteren de que me he asegurado las espaldas. Que aunque me maten, los expedientes irán a parar a la Liga.

—Tim… —estaba a punto de comenzar con su otra rutina, la de temer por mi vida.

Tampoco tenía tiempo para eso.

—Te veré antes de las siete —le dije, y me dirigí a la puerta.

Cuando me di la vuelta, siguió hablando en voz alta. Temí que me siguiera hasta el pasillo, pero no lo hizo. Bajé en el viejo y rechinante ascensor, salí del Ayuntamiento y regresé a mi coche donde me esperaban mis tres compinches. Eran casi las cuatro. Hice un brusco cambio de sentido y enfilé hacia la casa de Jordan Reed.

23

Si se mira un plano de la ciudad de Winston es muy probable que llame la atención el hecho de que tiene la forma de un globo que pende de un hilo, y, si por casualidad, se conocen los detalles del caso, el simbolismo de esa forma salta a la vista.

El globo representa la zona principal de la ciudad, donde se encuentran los distritos comercial, residencial e industrial. El hilo es un camino de alquitrán de dos carriles que va en dirección al noroeste, hacia las montañas Adirondacks, llamado McGraw's Market Road. Dudo que haya alguien que recuerde quién era McGraw o qué clase de mercado tenía. Al final del hilo, donde debería estar el dueño del globo sosteniéndolo, se encuentra la finca de Jordan Reed.

Reed la compró hace aproximadamente veinte años, y en esa época el lugar se hallaba a unos ocho kilómetros de la ciudad. Lo cual significaba que su casa no estaba conectada al sistema de desagües y suministro de agua urbanos; además, le correspondía al condado más que a la ciudad la responsabilidad de mantener el McGraw's Market Road libre de los baches y levantamientos producidos por las heladas. Cuando Reed llevaba dos años en esa casa, el Concejo Municipal decidió por unanimidad que, al fin y al cabo, esos ocho kilómetros del McGraw's Market Road formaban parte de la ciudad de Winston.

La casa se hallaba a unos cuatrocientos metros del camino, emplazada sobre una suave planicie del Monte Claridge. La finca de Reed ocupaba toda la planicie, tendría unos tres kilómetros de longitud por unos quinientos metros de anchura, estaba rodeada de árboles y de una cerca muy segura. Para llegar hasta la casa, desde el McGraw's Market Road, había que girar a la derecha, pasar dos

enormes postes de piedra maciza que formaban el portal de entrada y seguir recto unos cuatrocientos metros por un sendero de alquitrán flanqueado de árboles.'

La casa era una de esas grandes monstruosidades de construcción irregular, típicas de la época en que hacían furor las ventanas sobresalientes, las torres y las volutas de madera estilo rococó. El exterior de la planta baja era de piedra, y los dos pisos superiores estaban cubiertos de tejas grises. El techo de dos aguas cubría las distintas alas y salientes de la casa; la planta baja estaba rodeada por tres de sus lados por un pórtico amplio y cubierto.

Detuve el Ford sobre la tierra, al costado de la casa, donde se suponía que debían aparcar los invitados; ordené a mis muchachos que me esperasen, y me dirigí hacia la casa.

El pórtico estaba fresco y en penumbra. Las alfombras de paja crujían bajo mis pies; a la izquierda había unas cuantas mesas y sillas enlucidas, y un fonógrafo de manivela desprovisto de sus piezas internas que servía de bar.

Toqué el timbre y esperé, escuchando el silencio. Los árboles susurraban ligeramente, pero no se oía absolutamente nada más.

Finalmente, una criada me abrió la puerta.

—Ah, sí, el señor Smith. El señor Reed me advirtió que usted vendría. Pase, por favor. Por aquí.

La seguí, juntos atravesamos unas habitaciones enormes y frescas. Jordan Reed era un moderno hombre de negocios, vestía a la moda, iba siempre al último grito, tanto en sus negocios como en su vida social. Su fábrica era tan moderna que hasta hacía daño. Pero su casa era fresca, soplaba en ella una oscura brisa que provenía directamente del siglo diecinueve.

Atravesamos la casa, cruzamos cuartos amortiguados por alfombras orientales espesísimas, los espejos de las paredes brillaban en la oscuridad, los muebles de rica madera bruñida despedían destellos, los techos eran altos y oscuros, las paredes estaban empapeladas con damas y caballeros montados en carruajes o sentados muy formalmente en pequeños árboles de rosas. Esta casa carecía de pasillos y corredores, al menos en la planta baja no los había. Se pasaba simplemente de una habitación a la otra, a través de vanos con puertas pesadas, bruñidas y de tallados intrincados.

Esperaba encontrar a Marvin Reed merodeando en algún rincón de una de estas habitaciones, ocultándose de Paul Masetti, que a esas horas habría partido ya; pero aparte de la criada que se contoneaba impasiblemente como un pato, no vi a nadie más, ni a Marvin ni a Alisan —su mujer—, ni a ningún otro sirviente.

Finalmente nos detuvimos frente a una puerta rococó que parecía más bien la puerta de una catedral, y la criada llamó tímidamente sobre una voluta. Un sonido amortiguado que provino del interior pareció indicarle que entrara. La criada abrió la puerta y me hizo pasar, volvió a cerrar y se supone que se marchó.

Estaba en el despacho de Jordan Reed, una habitación realmente fantástica. Por un motivo u otro, ese despacho hacía destacar siempre mi gordura. La pared que tenía enfrente, según se entraba, estaba cubierta casi por completo de cristales; había dos inmensos ventanales que daban al amplio jardín y desde los que se veía la ladera arbolada del Monte Claridge y el valle, donde se desplegaba la ciudad entera como una reproducción a escala sobre una mesa. Entre los dos ventanales había una pared de un metro ochenta de ancho, de donde pendía una pintura al óleo de Jonás, el padre de Jordan Reed, serio, aburrido y oscuro. Jonás, junto con Michael King, había fundado la Reed & King Chemicals a fines del siglo pasado. La pared de la izquierda estaba tapizada de lado a lado y del techo al suelo por una librería; en los estantes superiores descansaban las colecciones de encuadernado marroquí, luego seguían los textos oscuros de economía, finanzas y estructura fiscal de los Estados Unidos, y, en último lugar, las novelas de alegres sobrecubiertas que había comprado por correo a los clubes de libros la difunta esposa de Jordan; el estante inferior estaba ocupado casi por completo por libros de tapa blanda de color rojo y amarillo que quedaban medio ocultos a la vista.

La pared de la derecha estaba cubierta de ampliaciones de fotos de la planta Reed & King, y de varios miembros de ambas familias; encima de un sofá de cuero había una vitrina bien provista de bebidas y un par de ceniceros. El vano de la puerta estaba flanqueado por sillones de cuero marrón; sobre la pared, a la izquierda de la puerta, había un plano de Winston y a la derecha,

un árbol genealógico del clan Reed.

En medio de todo había un enorme escritorio en la forma de U, hecho a medida siguiendo los diseños de Jordan Reed. En medio de la U estaba sentado Reed en persona, tenía frente a él una libreta con hojas sueltas en la que estaba copiando unos datos de una hoja de papel colocada a su derecha.

Cuando entré, levantó la vista y me miró con su cara insulsa y sonriente.

—¡Ah, Tim! —exclamó, incorporándose de la silla y saliendo de la U—. ¿Whisky escocés o de centeno?

—Vengo a hablar, no a beber —repliqué.

Frunció el ceño, se detuvo a mitad de camino de la vitrina de las bebidas, y se puso a estudiarme.

—Está bien, Tim, siéntate —me dijo

—Prefiero permanecer de pie.

—Vamos, Tim, no me guardes rencor.

Lo cierto es que había esperado encontrarle un poco más preocupado. Este insulso buen humor me tenía preocupado a mí.

—¿Recuerdas lo que prometí ayer? —le pregunté.

—Claro que sí —replicó, y siguió su camino hacia la vitrina—. Amenazaste con ir a los de la Liga si volvía a producirse un atentado contra tu vida.

—Anoche hubo otro atentado —le recordé—, Wanamaker y Watkins me pidieron que esperara hasta que hubiese hablado contigo.

Hizo un movimiento afirmativo con la cabeza, con gran parsimonia se preparó una bebida, y hasta que no estuvo lista no volvió a mirarme. Luego, me echó un vistazo, y dijo:

—Has esperado, y me alegro de que lo hayas hecho, pues ahora resulta evidente que estás equivocado.

—¿En qué estaba equivocado?

—En que había sido una de las personas que asistieron a la reunión —contestó. Detrás de su insulsa sonrisa, me observaba.

Me contuve, tratando de adoptar un tono casual.

—A mí no me resulta tan evidente —dije.

Su sorpresa, aunque fingida, resultó bastante verídica.

—Pero Harcum ha efectuado un arresto.

Me eché a reír en su cara, y la risa fue más que nada de alivio.

Se había mostrado tan frío, tan satisfecho de sí mismo, que temía que se estuviese guardando un as en la manga, que tuviera alguna forma de quitarme de en medio, de eliminarme como amenaza. ¡Pero sólo tenía a Ron Lascow! Se mostró herido.

—Tim, yo no le veo la gracia —protestó.

—Yo tampoco —repliqué—. De veras. Harcum está desesperado, cree que puede tenderle una trampa a Ron, pero está chalado.

—No, necesariamente, Tim. He hablado con Harcum y todo encaja perfectamente. Lascow tuvo la ocasión…

—Lo mismo que los demás.

—Claro. Pero también tenía los mismos motivos que cualquiera de los del Ayuntamiento. Y él no fue una de las personas a las que les diste tu ultimátum. Créeme, Tim, sabemos que no sueles amenazar porque sí. Ninguno de nosotros…

—Basta ya, Jordan. Ha sido uno de vosotros y tú lo sabes bien. ¿Tienes algo interesante de qué hablar o me voy a conversar un poco con los de la Liga?

Se encogió de hombros, no se veía preocupado en lo más mínimo.

—Había pensado —dijo, paseándose por el despacho— que el arresto de Lascow pondría fin a todo este asunto, y que a partir de ahora podríamos preocuparnos por los de la Liga —se detuvo frente al árbol genealógico, extendió la mano y lo palmeó—. He dejado mucho espacio aquí —dijo. Se volvió para mirarme y me sonrió—. ¿Crees que seré un buen abuelo?

El muy bastardo estaba tan seguro de sí mismo.

—Fuiste a Albany a ver a Bruce Wheatley, el jefe de la Liga. ¿Has logrado hacer un trato con él? —le pregunté.

—Por supuesto que no —replicó. Volvió a mirar el árbol genealógico.

Los Reed que figuraban en él se remontaban al año 1734. William engendró a Francis, y Francis engendró a Hiram, y Hiram engendró a Lawrence, y así sucesivamente, hasta llegar a Jonás, que engendró a Jordan y Jordan engendró a Marvin, y Marvin no había engendrado a nadie. Sabía que eso le importaba a Jordan. Jonás le había dejado la compañía a Jordan, quien a su vez se la dejaría a Marvin, y quería saber si Marvin iba a dejársela a otro Reed. Tuve el presentimiento de que Jordan había pasado por alto muchas de

las debilidades de Marvin, sólo por este motivo. También tuve el presentimiento de que Jordan ignoraba que en los últimos años, Marvin había depositado sus semillas lejos de Winston. Si Jordan se hubiera enterado de ese detalle, Marvin estaría acabado, y no precisamente porque su padre fuese un puritano, que no lo era, sino porque Marvin podía correr todas las juergas que quisiera, una vez cumplido el requisito de engendrar un descendiente.

Jordan se apartó del árbol genealógico y sopesó sus palabras.

—Lamentablemente, la Liga es honesta.

—Me alegra oírlo, Jordan. Porque me dispongo a unirme a ellos.

Levantó una ceja, pero aparte de eso, mi anuncio le dejó impávido.

—Tim, ¿estás seguro de que lo has pensado bien?

—¿Tú qué crees?

—Creo que quizá haya uno o dos puntos que no has tenido en cuenta —contestó.

—¿Como cuáles?

—Si te vuelves en contra de tus amigos —replicó—, ellos harán lo mismo. Recuérdalo, estás tan comprometido como todos los demás. Has ocultado pruebas de ciertos delitos.

—Te equivocas —dije, negando con la cabeza—, no podrán acusarme cuando deje de ocultar esas pruebas. En el momento en que entregue mis expedientes a la Liga no habrá cargos en mi contra.

—Tim, si lo haces has terminado en Winston, espero que te des cuenta de eso. Nadie podrá volver a confiar en ti. Y si quieres seguir en tu oficio, la gente ha de confiar en ti.

—Si me dan a elegir entre vivir y que me tengan confianza me quedo con lo primero.

Se encogió de hombros.

—Está bien. Si te empeñas en ser obstinado, no entiendo por qué esperaste a hablar conmigo. Ya no puedo decir más de lo que ya te he dicho.

—Puedes decir que garantizas que el asesino estará tras las rejas en una hora. Puedes decir que soltarán a Ron Lascow después que hayas hecho una llamada telefónica.

—No puedo hacer ni lo uno ni lo otro,

Tim —replicó meneando la cabeza—. Sería contradictorio. Te

guste o no, Ron Lascow es el culpable.

Así las cosas, resultaba obvio que lo único que me quedaba por hacer era marcharme. Insistía en que había sido Ron y me dejaba ver que nada de lo que yo hiciese le preocupaba. Una de dos: o mentía y después de todo había logrado llegar a un trato con los de la Liga, o bien su viaje a Albany le había permitido llegar como hasta alguien del gobierno del Estado con suficiente peso como para ofrecerle protección contra los reformistas.

—De acuerdo, Jordan. Me pidieron que hablara contigo y ya lo he hecho.

—Así es —dijo con tono insulso.

—Creo que deberías saber que mis expedientes están en un lugar seguro. Si algo me ocurriera un amigo mío se encargará de entregárselos a los de la Liga.

—Por lo que a mí concierne —replicó encogiéndose de hombros — estás a salvo.

Mientras hablaba, alguien llamó suavemente a la puerta. Frunció el ceño, ordenó que entraran y la criada apareció en el vano de la puerta, pálida y con los ojos llenos de asombro.

—Señor Jordan —susurró. Me miró de reojo y volvió a escrutar a su empleador. Estaba claro que ambos querían que me marchara. De modo que me fui.

24

Atravesé la casa en dirección a la puerta principal a toda carrera. Me preguntaba por qué motivo aquella criada se había mostrado tan preocupada, y esperaba que no tuviera que ver conmigo. De pronto, me encontré en medio de la habitación donde Alisan Reed estaba sentada y llorando, antes de que advirtiera su presencia. Lancé un grito de sorpresa y retrocedí unos pasos.

Me echó una mirada; su rostro patricio estaba bañado de lágrimas y surcado de arrugas de dolor; la nariz le brillaba.

—¡Tim Smith! ¿Qué estás haciendo aquí?

—Pues mira, no llegar a nada con tu suegro —contesté.

—Con él —era el primer insulto en pronombre que oía en mi vida.

—¿Qué ocurre, Alisan? —le pregunté. Nunca nos habíamos conocido demasiado bien; para empezar, ella no era una muchacha de Winston, sino algo que Marvin había traído de la Universidad junto con el diploma, pero en esas circunstancias hubiera resultado ridículo llamarla señora Reed.

—Después de la clase de hijo que le salió al tener a Marvin —confesó amargamente— cualquiera pensaría que se sentiría agradecido de no tener más descendientes.

La observé con atención, y me di cuenta de que sus lágrimas eran de rabia frustrada y no de dolor.

—Te está haciendo la vida imposible para que le des un nieto, ¿no?

—¡A mí! —gritó enfurecida—. ¡Sólo a mí, a Marvin no le dice nada!

Se puso en pie, temblaba de rabia, pude darme cuenta de que estaba encantada de tener una ocasión de pegar cuatro gritos.

—Te diré una cosa —mascullό—. Algo que según parece él no advierte. Para tener hijos, antes hay que tener relaciones sexuales.

—Ajá —dije yo. Era la respuesta más comprensiva que se me ocurría dar a un comentario como el que acababa de oír—. Ajá, así es —repetí.

Meneó la cabeza y se frotó la frente con la palma de la mano.

—Lo siento —dijo con rabia—. No me hagas caso. Es que regresó de Albany con unos humos… Por la forma en que se comportaba cualquiera diría que es un barón feudal.

De modo que fue en Albany donde se produjo el cambio que yo ignoraba y que ya no me convertía a mí en una amenaza.

—Alisan, tengo que marcharme —tenía prisa—, lo siento, eeh…

—Vamos, vete ya. No quería hacer el ridículo. Vete, vete.

Me fui. Afuera la tarde de verano se iba acercando lentamente al ocaso. Me quedé en el porche cubierto durante un minuto, sin mirar a nada en particular; pensaba en lo que hubiera dado por enterarme de las novedades de esa criada y me preguntaba qué habría ocurrido en Albany para que quedara yo eliminado del juego; en ese preciso instante, el jardinero de Reed, un viejo chiflado, sin dientes, malhumorado, de pelo canoso, pasó trotando a lo que para él era la velocidad máxima, se detuvo un momento junto a mí para echarme una mirada llena de cólera y suspicacia, dobló en la esquina de la casa y desapareció.

Abandoné el porche y me fui a mi coche. Cuando me senté frente al volante, Art me preguntó:

—¿Qué novedades hay, señor Smith?

—Creo que ninguna —repuse. Metí la llave en el arranque, encendí el motor y añadí—: Vamos a visitar a Ron Lascow. ¿Habéis traído el pastel con la sierra dentro?

Se echaron a reír sin entender de qué se estaban riendo, sólo sabían que acababa de decir algo gracioso y que me encontraba de un humor de perros, de modo que lo mejor que podía ocurrírseles era echarse a reír; nos alejamos de la casa de Reed, recorrimos el camino particular y atravesamos los bosques privados de Reed rumbo al McGraw's Market Road.

Al llegar allí, tres coches patrulla cuyas sirenas sonaban estrepitosamente nos detuvieron junto a la curva. Un detective de paisano llamado Ed Jason sacó la cabeza por la ventanilla y me

gritó:

—Está bien, Tim, gira aquí mismo y regresa. Nadie puede abandonar este lugar.

Art, que estaba sentado a mi lado, preguntó:

—¿Qué diablos pasa ahora?

Nadie contestó a su pregunta.

25

Los cuatrocientos metros que recorrimos para recorrimos para regresar a la casa fueron los más largos de mi vida. Tuve mucho tiempo para pensar, y muchos temas desagradables en los que ocuparme.

Jordan Reed no se había mostrado preocupado. Acababa de prometerle que iría a ver a los de la Liga y que les daría suficiente información como para poner patas arriba al Ayuntamiento y sacudirlo como quien sacude calcetines al sacarlos de una bolsa de ropa sucia, y aun así, no se había mostrado interesado. Sólo cabían dos posibilidades: o había hecho un trato con los de la Liga, o había logrado llegar a un acuerdo con alguien importante para desbaratar los planes de estos reformistas. En ese preciso instante, se me ocurrió una tercera posibilidad.

Jamás lograría regresar a la ciudad.

Pero por otra parte, la criada había entrado en el despacho de Reed a toda prisa, y además el jardinero me había echado esa mirada tan extraña. Quizá se tratara de algo enteramente distinto.

En el coche iban conmigo tres hombres. Bill no llevaba armas, de todas maneras no era un combatiente. Art y Ben iban armados, ¿pero de parte de quién estaban? Les había permitido que me acompañaran durante toda la tarde, ¿pero qué rayos sabía yo de ellos? Es más, ¿qué diablos sabía yo de los planes de Jack Wycza?

Había sido un idiota.

Llegué a esa conclusión cuando nos aproximamos a la casa, y frené de golpe.

Dos coches patrulla me adelantaron y aparcaron delante de mí, al detenerse el tercer coche me tocó el parachoques trasero.

Estaba muy tenso, me quedé sentado con las manos apoyadas en

la parte superior del volante, desde donde no me sería demasiado difícil llegar hasta el interior de la americana. Miré al frente a través del parabrisas y ordené a mis muchachos:

—Quedaos en el coche. Dejad que sean ellos quienes den los primeros pasos.

No obtuve respuesta.

Frente a mí, comenzaron a abrirse las puertas de los coches y a escupir la flor y nata de Winston. Logré oír el parloteo de una radio policial, y me moría de ganas de encender la mía para escuchar las llamadas, pero tuve la impresión de que no era el momento más oportuno.

Ed Jason se acercó a mí a grandes zancadas, se detuvo junto al guardabarros de mi coche, me miró a través del parabrisas y de pronto sonrió burlonamente.

—Tómatelo con calma, Tim —me dijo—. No decimos que tú lo hayas hecho. Quizá seáis todos testigos, es todo.

—¿Hecho qué? —pregunté.

—Matarla —contestó.

—¿Matar a quién?

—Aún no lo sé —replicó encogiéndose de hombros—. Y vosotros no os mováis del coche. Harcum no tardará en llegar —y dicho esto se fue hacia la casa arrastrando los pies, que es la mejor forma de describir el andar de Ed Jason.

Art, que seguía a mi lado, me dijo:

—Tome.

Le miré y vi que me estaba ofreciendo un cigarrillo recién encendido. Sonreí espasmódicamente, aflojando toda la tensión, y acepté el cigarrillo que me ofrecía.

—Gracias.

—¿Qué está pasando? —preguntó Bill Casale desde el asiento trasero.

—No tengo ni idea, Billy —repliqué. Me sentía muy bien, muy expansivo—. Pero no nos incumbe, es lo único que me importa.

—¿Por qué no nos ponemos de acuerdo sobre nuestras versiones? —sugirió Art.

—¿Qué versiones? —inquirí—. No sabemos nada. Muchachos, ¿vosotros habéis visto morir a alguna mujer?

—Yo no —contestó Art.

—Yo no vi a nadie excepto a ese viejo cuando tú estabas en el porche —dijo Bill.

Ben no abrió la boca. Ben nunca abría la boca.

—De acuerdo, pues —concluí yo.

—¿Qué estábamos haciendo aquí? —preguntó Art.

—Decimos la verdad —repliqué. Art levantó una ceja pero eso fue todo.

Nos quedamos ahí sentados observando lo que ocurría, y al cabo de un rato llegué a la conclusión de que la zona de interés se hallaba al otro lado de la casa. Las piezas del rompecabezas comenzaban a encajar hasta cierto punto. El jardinero había estado en ese lugar de la casa, había visto a la mujer muerta, había ido corriendo hasta la casa para informar a la criada, y ésta había irrumpido en el despacho de Reed para decírselo justo en el momento en que me disponía a marcharme. Reed había llamado de inmediato a la Policía, mientras me entretuve charlando con Alisan y luego en el pórtico; para cuando llegamos a la carretera, la Policía ya había llegado.

Todo encajaba, pero hasta cierto punto. A partir de ahí todo se hacía muy confuso. Por ejemplo, ¿quién era la mujer muerta? Obviamente no era Alisan, puesto que acababa de hablar con ella. Tampoco podía ser la criada. Y que yo supiera, en la casa no vivía ninguna otra mujer.

Y a propósito, ¿quién la había matado? ¿Y por qué aquí, en la finca de Reed?

Me devané los sesos durante media hora, tratando de encontrar una respuesta a esas dos preguntas; finalmente, llegó Harcum. Conferenció con Ed Jason durante unos instantes en el pórtico del frente; luego, Ed se acercó a mi coche arrastrando los pies y me dijo:

—Harcum quiere hablar.

—¿Con todos nosotros?

—Sólo se refirió a ti.

Los demás esperaron, v yo me dirigí al pórtico, a hablar con Harcum. Ed Jason dobló la esquina de la casa como un vaquero que se dirige al corral.

Parecía que el porche estaba repleto de gente. Ahí estaban Harcum, Jordan Reed, Marvin Reed y Alisan Reed. A Marvin se le

veía desconcertado, a Harcum enojado, a Jordan más enojado aún y a Alisan enojadísima.

Cuando estuve a punto de trasponer la puerta con mosquitero, Harcum me preguntó:

—¿Alguno de tus muchachos la había visto?

—Yo no. Le pregunté a los demás, y tampoco la habían visto —contesté negando con la cabeza.

—Por el lugar en que la mataron —dijo Jordan Reed tajante—, entró en mi propiedad desde la carretera, y siguió por el atajo de tierra que atraviesa los árboles. Desde el frente de la casa jamás lograría verla.

—Estamos tratando de averiguar si alguien vio a quien la acompañaba cuando abandonó el hotel —explicó Harcum.

—¿Acaso no resulta evidente? —inquirió Jordan Reed con amargura—. Salió del hotel sola, probablemente tomó un taxi, y entró aquí desde la carretera porque no quería que nadie la viese —le lanzó una mirada furibunda a su hijo, y prosiguió—: Supongo que ya habría estado aquí antes. Cuando salí de viaje.

—¡Nunca! —gritó Marvin. Seguía desconcertado, pero en ese momento también había comenzado a sentir miedo.

—Supongo —dijo Jordan— que ninguno de vosotros esperaba que regresase de Albany tan pronto.

—¡Ni siquiera sabía que estaba en la ciudad! —rugió Marvin desesperanzado—. ¡Hacía años que no la veía!

—Querías saber por qué no te he dado un nieto —dijo Alisan llena de rencor—, ahora ya sabes por qué. No tengo que seguir ocultándolo.

—¡Alisan! —bramó Marvin, como un náufrago que implora que le alcancen un chaleco salvavidas que en realidad no esperaba conseguir.

—Sé que Sherri conocía a Marv... —comenzó a decir Harcum, y sin darme cuenta le interrumpí con mi exclamación:

—¡Sherri!

Me lanzó una mirada sombría, frunció el ceño y dijo:

—Sí, Sherri.

Vaya, vaya, pensé. Vaya, vaya, vaya. La mujer muerta era Sherri, en su tiempo había conocido a Marvin Reed, y que había llegado a la ciudad de la mano de Harcum... ya podía comprender

por qué Harcum se mostraba tan sombrío. Resulta muy desagradable descubrir que no se es más que un billete de tren. Sherri había llegado a la ciudad para volver a ver a Marvin, y si no me había equivocado, para Sherri, el nombre de Marvin se escribía con un signo $ mayúsculo.

¿Le habría visto?

El bobalicón en cuestión dijo:

—Papá, no la he visto en años, lo juro. Hacía años que no la veía.

Jordan miró a su hijo del mismo modo que habría mirado a un partidario del New Deal, y le espetó:

—Eres una basura —y volvió a apartar la vista de él. Jamás nadie había desheredado a un hijo con tan pocas palabras ni de forma tan categórica.

Harcum captó la idea, y se llenó de coraje. Entonces le informó a Marvin:

—Según parece eres el principal sospechoso, muchacho. Y el único.

—¡Pero yo no la vi! —gimió Marvin—. ¡Lo juro, lo juro, ni siquiera la vi!

—¿Con qué arma la mataron? —pregunté.

Harcum señaló la mesa pintada del porche. Sobre ella había un bulto envuelto en un pañuelo blanco. Fui a inspeccionarlo. Harcum estaba tan habituado a verme husmear que no dijo ni palabra.

Se trataba de un cuchillo de caza con mango de hueso, la hoja era gruesa, de unos quince centímetros de largo. En Sheldon's, los grandes almacenes del centro, se vendía ese modelo de cuchillo por docenas. Winston es una ciudad donde hoy gran afición por la caza, y se trataba de uno de los cuchillos de caza más populares.

—¿Hay huellas digitales? —pregunté.

—¿En el mango? —replicó Harcum con un bufido.

Tenía razón, ahora que lo pensaba. Una superficie rugosa y granulada como la del mango de ese cuchillo no permitiría descubrir una huella ni en un millón de años.

—¿Por qué no nos lo cuentas, Marv? —dijo Harcum—. Ella vino a hablar contigo. Quería dinero, supongo. No podías darle lo que te

pedía, y temiste que tu padre la viera. Por eso la mataste. Te disponías a deshacerte del cadáver, pero el jardinero te ganó de mano porque lo vio antes de que pudieras hacer nada y te asustaste. ¿No es así como ocurrió todo?

Marvin se limitaba a mirar fijamente a Harcum y a negar ligeramente con la cabeza, se volvió entonces hacia su padre, que en ese instante observaba con odio la ciudad, que se extendía más allá de la colina arbolada.

—Papá —dijo—, por favor, papá.

Jordan no se movió.

—Por favor, papá —repitió Marvin—.

No fui yo. Yo no lo hice. No la he visto en años, yo… ¡Papá, escúchame! Sabes que sería capaz de hacer cualquier cosa por ti. Hacía años que no la veía.

Se detuvo. Con las manos se frotaba nerviosamente los muslos. Su mirada suplicante se posaba en mí, en Harcum, incluso en Alisan.

—Cualquier cosa —agregó—, haría cualquier cosa. Pero yo no he sido.

Para todos los implicados la situación era de lo más incómoda y nos sentimos aliviados por la interrupción, cuando el silencio que siguió a la súplica de Marvin se rompió al abrirse la puerta con mosquitero.

Era Art, que entró con el aire de quien se disculpa educadamente, y me preguntó:

—¿Está usted bien, señor Smith?

—Perfectamente —repliqué.

Me tomó al pie de la letra e inquirió al grupo en general:

—¿Podría hacer una llamada telefónica?

Jordan dejó de observar con odio Ir ciudad para mirar con el mismo rigor a Art, como quien pregunta quién diablos es este tipo; luego se encogió de hombros y replicó:

—Está bien, adelante.

—Gracias —Art entró en el porche y me susurró—: Tengo que informar a Jack.

Entró en la casa, y Harcum se aclaró la garganta aparatosamente y sentenció:

—Para mí el caso está muy claro, Marv. ¿Estás seguro de que no

quieres contármelo todo?

Antes de que Marvin pudiera contestarle me puse en pie y le dije a Harcum:

—Oye, ¿puedo hablar contigo un minuto?

—¿Qué diablos quieres, Tim? —preguntó con el ceño fruncido.

—Sólo un minuto —repetí.

Refunfuñando, atravesó el porche tras de mí, nos fuimos hasta un rincón para que la familia no pudiera vernos ni oírnos.

—Deja que te haga un favor, Harcum. Jordan podría reconsiderar el asunto. Será mejor que te tomes con calma lo de Marvin.

—Este es un caso concluido, Tim.

—Es un caso evidente —repliqué sacudiendo la cabeza—. Pero no está concluido. No tienes testigos, no lograrías probar que ese cuchillo es de Marvin ni en un millón de años; además, tampoco estás seguro de que ella haya logrado llegar hasta Marvin.

—Tengo un buen caso con pruebas circunstanciales...

—No tienes nada de nada —le interrumpí—, un buen abogado defensor rebatirá todas tus pruebas circunstanciales. Y si Jordan recapacita, Marvin tendrá un buen abogado defensor.

—Entonces, ¿qué rayos se supone que tengo que hacer?

—Cálmate —le aconsejé—, y deja que tus detectives lleven el caso. Para eso les pagan. Para arrestos estúpidos, con uno te basta...

—¿Te refieres a Lascow? Por Dios, tengo pruebas contra él.

—¡Y un cuerno las tienes!

—¡Tengo pruebas! —insistió.

—Me encantará verlas.

—Las verás —replicó sombríamente—. Tal vez te interese saber cuál es el trabajo de Lascow en la Guardia Nacional.

Me sorprendí. Sabía que Ron era teniente de la Guardia, de ese modo evitaba el servicio activo, pero no comprendía a santo de qué me lo comentaba ahora.

—Está bien, me doy por vencido. ¿Qué trabajo hace en la Guardia Nacional?

—Está a cargo del equipo artificiero. Le han enseñado a desactivar bombas, y a volver a activarlas, claro.

—¿Es todo lo que tienes? —pregunté sin dejar de mirarle.

—Ni por asomo —contestó.

Me apartó a un lado, nuestra conversación había tocado a su fin, y se disponía a regresar junto a los Reed, donde le informó a Marvin que no debía alejarse de la ciudad y cosas por el estilo, que aunque no estaba bajo arresto, sería probable que le tuvieran que interrogar, que debía estar disponible y…

—¿Quieres que me quede por aquí o puedo marcharme? —le interrumpí.

Me lanzó una mirada, evidentemente le había tomado por sorpresa.

—Claro que puedes irte —dijo, y prosiguió con Marvin, tratando de recordar dónde había quedado.

—Tienes que estar disponible —le soplé, me miró lleno de indignación, y regresé a mi coche.

Art no había regresado aún, de modo que me senté y durante un rato no hice más que contestar las preguntas de Bill. Entonces apareció Art; se acercó al coche a grandes pasos, llevaba el ceño fruncido, y su sonrisa sardónica había desaparecido. Se sentó a mi lado, en el asiento de delante, y me informó:

—Ha habido ciertos cambios, señor Smith.

—¿Como cuáles?

—Jack dice que Ben y yo tenemos que volver.

—¿Por qué?

—Según parece, el acuerdo que había entre ustedes ha concluido —replicó encogiéndose de hombros, con lo cual me daba a entender que nuestro acuerdo privado seguía en pie.

—¿Quiere que volváis ahora mismo?

—Ahora mismo —replicó.

Me puse a pensar si esta nueva jugada no tendría algo que ver con la vanidosa seguridad que Reed había ostentado hacía unos minutos. En el fondo de mi corazón algo me decía que estaba en lo cierto.

—Por si Jack volviera a cambiar de opinión —dijo Art con indiferencia—, ¿dónde podemos ponernos en contacto con usted?

En realidad yo tampoco lo sabía. El teléfono de casa seguía sin funcionar, y a partir de ese momento tendría que dar muchas vueltas. Finalmente decidí darle el número de Cathy, pensé que si

no estaba yo allí ella se encargaría de tomar el mensaje.

Apuntó la dirección y el teléfono, y me preguntó:

—¿Le importa dejarnos en la ciudad?

—En absoluto.

Esta vez llegamos a la carretera sin interferencias, me desvié unas cuantas manzanas para dejar a Art y a Ben frente a la Tienda de Dulces del Pueblo. Bill se pasó al asiento de adelante, y seguimos camino hacia el centro de la ciudad.

26

—Estoy preocupado, Tim —me dijo Ron Rascow— Al principio pensé que Harcum estaba loco, que jamás lograría hacer prosperar la acusación. Pero ahora no estoy tan seguro.

Estábamos sentados en la Sala de Visitas de la Cárcel Municipal de Winston, una antigua prisión llena de chinches que ocupaba la mitad del sótano del Ayuntamiento. No existía la malla de alambre para separarme de Ron, de esas que hay en las cárceles de las grandes ciudades y en las penitenciarías estatales y federales. La Sala de Visitas no era más que una simple habitación cuadrada y desnuda, de paredes color crema, con cuatro sillas de madera que alguna vez habían estado arriba, en el Tribunal Municipal. La puerta que daba a la zona de celdas estaba abierta. La otra puerta estaba cerrada con llave, pero no era más que una puerta de madera con una cerradura común marca Yale.

En esos momentos, las cuatro sillas estaban ocupadas. Allí estaban Ron, Bill Casale, un policía llamado Titus O'Herne y yo.

—¿Por qué no estás seguro? —le pregunté—. No existe ni una prueba contra ti.

—Está lo del plan para evadir impuestos.

—¿Y con eso qué? Yo ya estaba enterado. Y tú sabías que podías fiarte de mí, no tenías motivos para querer matarme.

Asintió y preocupado se frotó la cara con la mano. Llevaba unos pantalones marrones y una camisa blanca, con el cuello sin abrochar y las mangas arremangadas. El hecho de estar en la cárcel, siendo inocente o no, le había quitado gran parte de su aspecto almidonado.

—No tengo coartada para el momento en que estalló la granada —dijo—. Estaba en casa, solo.

—Igual que mucha gente. Yo también, si vamos a eso. Me he enterado de lo de la Guardia Nacional, del equipo de artificieros. Eso te permite conocer el método para instalar la bomba en mi coche, pero no justifica lo de la granada de mano.

—También justifica lo de la granada —replicó con una sonrisa descolorida.

—¿Cómo es eso?

—En la Guardia no son tan estrictos como en el Ejército regular. Quiero decir que los controles no son tan buenos. Aquello está lleno de chicos jóvenes. Cada verano, durante las dos semanas de campamento, siempre suele desaparecer algo del arsenal. Un revólver, una granada, o tal vez una pistolera. Pero siempre desaparece algo.

—¿De modo que si a la maldita Guardia le falta una granada de mano tratarán de culparte a ti?

—Tim, lo tienen todo pensado —dijo—, no será suficiente como para convencerte a ti, porque me conoces, y estás de mi lado. ¿Pero de parte de quién estará el juez que analice mi caso? Y lo tienen todo: el motivo, el método y la oportunidad.

—¿Qué me dices de los demás intentos? ¿Qué me dices del asesinato de Tarker? ¿Y de los disparos que me hicieron desde el Ayuntamiento?

—No me acusarán de intentar asesinarte —replicó negando con la cabeza, y señalando a Bill, agregó—: Me acusarán de matar a su abuelo.

—Cuando tratabas de matarme a mí —insistí.

—Así es. Y aunque la defensa logre que se admitan los otros intentos, ¿en qué podría beneficiarme? En los últimos tres meses he ido a Nueva York, de modo que podría haber contratado al pistolero. Además, cuando lo mataron yo estaba en casa y solo. Y cuando te dispararon desde el Ayuntamiento yo iba rumbo a Hillview. Solo.

—Pues tienen menos cargos contra ti que contra Marvin Reed — Te informé.

—¿Marvin Reed? —preguntó con aire inexpresivo.

Le conté lo del asesinato de Sherri y exclamó:

—¡Por Dios, pero si parece contagioso! ¿Quién iba a decir que el pequeño Marv tendría agallas como para hacerlo?

—Quizá no lo haya hecho —le advertí.

—No, claro que no. Entonces, los cerdos vuelan —se puso en pie, y comenzó a pasearse nerviosamente por la pequeña habitación, los brazos se balanceaban inquietamente a los costados —. Por el amor de Dios, él es quien tendría que estar aquí dentro.

—¿Quién es tu abogado? —pregunté.

—Stanley Crawford.

Incliné la cabeza en señal de aprobación. Crawford era un hombre viejo, estaba medio retirado; él había animado a Ron a que estudiase derecho. Era un tipo capaz, pero lento, hacía mucho tiempo que se había habituado a la lentitud de caracol de las leyes.

—¿Qué hace para tratar de sacarte de aquí?

—Está intentando que el Juez Lowry fije la fianza. No lo sé, dijo que vendría a verme esta tarde.

—Muchacho, no quisiera meteros prisa —dijo Titus O'Herne, el guardia—, pero me gustaría poner al reo detrás de las rejas, para irme a comer.

Titus era un viejo chocho, bajo, canoso y sin dientes, al que le habían dado trabajo en la cárcel municipal cuando ya se había vuelto demasiado viejo como para hacer su ronda.

—¿Estás solo? —le pregunté mirándole a la cara.

—Así es —respondió.

—¿Por cuánto tiempo?

—Al parecer para siempre —replicó con una mueca—. Tendría que haber terminado mi turno a las cinco, hace más de una hora.

—¿Por qué no te has ido?

—Se suponía que el joven Ed Wycza iba a sustituirme —me explicó—, pero se ha largado para reunirse con el resto de su familia.

En cuanto oí el tañido de mi campana de alarma, me cuadré.

—¿Dices que se ha largado?

Asintió con la cabeza y luego agregó:

—La maldita familia entera. Poco antes de las cuatro, se pusieron en pie y se largaron, sin pedir permiso a nadie.

—¿Tim, qué ocurre allá afuera? —me preguntó Ron.

Le miré y meneando la cabeza contesté:

—No lo sé. Creo que habrá guerra. Y ya no estoy seguro de quién está en cada bando.

—Si Jack Wycza lanza a su gente tras Jordan Reed y los otros… —no terminó la frase.

Lo hice yo por él:

—Si lo hace nos solucionará todos los problemas.

—De todos modos, es probable que Jordan no esté implicado —dijo—, ahora que su hijo tiene problemas.

—Lo dudo. Cuando estuve en su casa, Jordan se lavó las manos. Durante años ha estado ignorando los pequeños defectos de Marvin, pero ahora se ha ido al otro extremo.

—Tengo un hambre de lobo —anunció Titus O'Herne.

Me puse en pie y dije:

—Tienes razón, Titus —y dirigiéndome a Ron, agregué—: estaré en casa de Cathy durante un rato. Si Crawford logra sacarte de la cárcel esta noche ven a verme allí.

—Lo haré —replicó.

27

Durante la cena, Bill, Cathy y yo formamos un melancólico trío. Bill estaba triste y silencioso porque era su estado natural, Cathy estaba triste y silenciosa porque seguía enojada conmigo por una pura cuestión de formas, y yo estaba triste y silencioso porque tenía cantidad de cosas en que pensar y no eran precisamente alegres.

Por ejemplo: Jordan Reed no estaba preocupado de que yo fuera a ver a los de la Liga. *Otro ejemplo*: Ron Lascow se encontraba en la cárcel bajo falsos cargos y podían condenarle si el clima político era el adecuado. *Otro ejemplo*: Jack Wycza había anulado el trato que tenía conmigo y había reunido a toda su familia. Y como muchos de ellos eran policías jurados, tenían armas. *Otro ejemplo*: La Liga había retirado de la ciudad a Paul Masetti, que parecía tan honesto como antipático. *Otro ejemplo*: El tipo que había estado tratando de matarme seguía suelto por ahí.

Una hermosa serie de ejemplos. La cena se me quedó sepultada en el estómago como un montón de algodón húmedo, y los cigarrillos me supieron a cartón.

A los postres llamó Hal Ganz, me dijo que había estado buscándome por toda la ciudad y me pidió si podía venir a verme. Su talante flemático a duras penas logró ocultar su preocupación de modo que le dije que le esperaba. Llegó a las seis y media y casi sin aliento nos comentó las novedades.

—Todos los del North Side que forman parte del cuerpo de Policía se han marchado. Todos los Wycza.

Hal siempre llega el segundo con las noticias frescas.

—Ya lo sé —le dije.

—Son policías —exclamó sin poder entenderlo.

—Son Wycza —repliqué.

Estábamos todos en la sala, Bill Cásale callado en su rincón, Cathy y yo sentados en el sofá; Hal, muy tenso, sentado en el borde de un sillón. Cathy tendió la mano, me tocó el brazo y preguntó:

—¿Hasta dónde puedes fiarte de la Liga, Tim?

—Ya no lo sé —admití—. Al principio pensé que serían honrados. Masetti lo parecía.

—Pero ya no está —comentó Hal, dándonos otra información de segunda mano—. Se ha marchado esta misma tarde.

—Esta tarde envían a su sustituto —dije yo.

—¿Por qué? —preguntó desconcertado—. ¿Por qué tienen que andar cambiando a sus hombres de este modo?

—No lo sé —repliqué—. Pero me encantaría averiguarlo.

—¿Cómo puedes hacerlo? —inquirió Cathy.

—Es algo que tendría que haber hecho hace tiempo —dije, estirándome para coger el teléfono.

Pedí una llamada de larga distancia con Nueva York, de persona a persona, con Terry Samuelson, el tipo que me había escrito la carta de presentación que Masetti me había entregado.

Cuando finalmente se puso al teléfono, me identifiqué y contesté una o dos preguntas sobre cómo marchaban las cosas en Winston. Luego le dije:

—Verás, Terry, ese tipo, Paul Masetti se puso en contacto conmigo ayer.

—Ah, sí, el de la carta de recomendación.

—Me gustaría saber qué clase de garantía es esa carta. Quiero decir, no te habrán forzado a escribirla, ¿no?

—Diablos, no. Conozco a Paul desde hace siete u ocho años. Es un tipo muy honesto. Se lo recomendaría a cualquiera y para cualquier cosa.

—¿Qué me dices de la organización para la que trabaja? ¿Qué sabes de esa gente?

—¿La Liga de dudadnos para un Gobierno Honesto? Sólo sé lo que Paul me ha contado.

—¿Y qué te ha contado?

—Dijo que no eran perfectos, pero que le daban bastante rienda para trabajar a su manera, y que con ellos se podía hacer un buen trabajo.

—Pero no eran perfectos —recalqué.

—Me dio la impresión, por lo que él me contó —dijo con cautela—, de que no le gustaba la forma en que la organización había manejado un par de asuntos en el pasado y que cierta gente estuviese conectada con ella. Pero no le importaba cómo eran los demás miembros de la Liga, con tal de que le dejaran hacer las cosas como él quería.

—De manera que no te consta que toda la organización sea honrada.

En la línea se produjo un silencio que duró un largo segundo, luego preguntó con un hilo de voz:

—Tim, acabo de meter la pata, ¿no?

—No estoy seguro —repliqué—. Quizá todos hayamos metido la pata. Te llamaré dentro de uno o dos días.

—Lo siento, Tim, te he metido en un aprieto. Chico, ya sabes que…

—Tranquilo, Terry, ya lo sé. Te llamaré dentro de uno o dos días.

Colgué y observé las tres caras que me estaban mirando.

—Por Masetti puede responder, pero por la Liga no.

—Y Masetti —recordó Cathy con un hilo de voz— ya se ha ido.

—Tal vez dentro de diez minutos —anuncié poniéndome en pie— logre averiguar de parte de quién están los de la Liga.

—¿Quieres que te acompañe? —preguntó Bill.

—No. Espérame aquí. Volveré en cuanto pueda.

28

Danile ya había llegado al hotel. Charlie, el empleado de recepción, me dio el número de su habitación. Le pedí que no se molestara en anunciarme, que lo haría yo mismo. Subí en ascensor y llamé a su puerta.

Al cabo de un minuto se abrió la puerta y me encontré cara a cara con mi segundo ejemplar de la Liga de Ciudadanos para un Gobierno Honesto. Este Archer Danile resultó ser un tipo enorme, de cara redonda, pelirrojo, lleno de vida, que parecía mirar al mundo con un alto grado de desdén impersonal. Sus ojos eran pequeños y azul pálido, hundidos y enmarcados por unas cejas rojas y desgreñadas; la boca era una línea larga y delgada, con las comisuras permanentemente caídas. Tenía el dorso de los dedos recubiertos de pelos rojos dispersos; esta característica pelambre roja se continuaba en las espesas ondas de cabello que le cubrían la cabeza. La solidez de su pecho y de su estómago estaba recubierta por una amplia superficie de camisa blanca, con una corbata negra anudada justamente en mitad de tanta blancura. Vestía un traje negro, con la americana abierta, y en la muñeca izquierda, cubierta de vello rojo, llevaba un reloj con una cadena de oro.

—¿Archer Danile? —pregunté.

Asintió lentamente con la cabeza, lleno de dignidad.

—Soy Tim Smith —le informé—. Es probable que el señor Masetti haya hablado de mí.

—Investigador con licencia —dijo. Era la clasificación que me había tocado, ya me había encasillado, y asunto concluido.

Hice un movimiento afirmativo con la cabeza, le tendí la mano, sólo por el gusto de ver qué haría con ella.

Me la estrechó. Su apretón de manos fue demasiado fuerte como

para parecer natural, y tuve la impresión de que este hombre juzgaba constantemente a sus semejantes por el grado en que fallaban en alcanzar la perfección; era un tipo que se guiaba por patrones.

Me sentí un tanto más optimista. A juzgar por Masetti, el poseer una personalidad miserable era el requisito previo para ser un reformista honrado e incorruptible. Y Danile parecía contar en exceso con ese requisito.

Frunció el ceño y apretó los labios al estilo de Sidney Greenstreet, y cuando me invitó a pasar, supe que lo había hecho después de librar una larga batalla interior.

Entró en la habitación y dejó que yo cerrase la puerta. Lo hice, atravesé el recibidor en dos zancadas para llegar a la sala de la suite. Danile, que me había precedido, se acomodó en el sofá con la pesada dignidad de Enrique VIII presidiendo un supremo tribunal de justicia rural. Con una mano, me hizo señas para que ocupase el sillón de su derecha.

Así lo hice, entonces me dijo:

—Con toda franqueza, señor... mmm, Smith, aún no estoy totalmente informado de la situación de Winston. Todavía no he leído el informe del señor Masetti, de modo que para serle sincero, no conozco el estado de esta ciudad, ni tampoco qué sitio ocupa usted en ella.

—Masetti me pidió que cooperara con la Liga —le informé—. Pero me negué a hacerlo, creyendo que debía mantenerme fiel a la gente de la ciudad y no a los extraños.

Hizo un amplio gesto afirmativo con la cabeza.

—Desgraciadamente, ésa es una actitud con la que tenemos que luchar muy a menudo.

—Pero desde entonces se han producido una serie de cambios —prosegui—. Dos personas han sido asesinadas en los intentos que se hicieron para matarme. El sentimiento de lealtad ya no me detiene.

—Y ahora sí quiere cooperar con nosotros, ¿no es así?

—Así es.

Volvió a apretar los labios pensativo, sus ojos escrutaban en la distancia. Finalmente, me preguntó:

—¿Y en qué consistiría esta cooperación, señor Smith?

—Información sobre comisiones, nepotismo, licitaciones falsas,

malversación de fondos municipales...

—Ya veo —replicó.

Sus manos descansaban sobre su regazo, las puntas de los dedos golpeteaban entre sí. Durante un instante se dedicó a estudiar el efecto que producían, finalmente agregó:

—¿Y se ha enterado usted de todo esto a partir del momento en que el señor Masetti habló con usted?

—No. Tengo expedientes completos de los últimos quince años.

—¿Expedientes? —preguntó mirándome—. ¿Quiere usted decir que conoce estos hechos desde hace quince años?

—He llevado expedientes completos.

—¿Ha intentado usted alguna vez, antes de ahora, pasar esta información a manos de las autoridades competentes?

—No era ese mi trabajo —contesté negando con la cabeza—. Mi trabajo consistía en...

—¿Que no era su trabajo? —se le notaba realmente sorprendido —. Pero, señor Smith, todo ciudadano debe...

—No —le interrumpí. Aunque su personalidad y su aspecto diferían completamente de los de Masetti, terminó escupiéndome la misma basura sobre el civismo—. Mi trabajo consistía en ser un investigador confidencial. Si los hechos que descubro acaban en el tribunal, dejo de ser útil.

Volvió a menear la cabeza una y otra vez, los labios aún más apretados.

—No lo sé, señor Smith. Ignoro qué clase de arreglo se le había ocurrido al señor Masetti, ni qué ofertas le hizo, si es que le hizo alguna, pero me temo que tendré que informarme mucho más de la situación de Winston antes de llegar a un acuerdo con usted. Si trata usted de conseguir una cierta inmunidad mediante algún tipo de acuerdo con la Liga...

—¿Inmunidad? ¿De qué tipo de inmunidad me está usted hablando?

—Vamos, vamos, señor Smith —dijo con voz de tedio—, después de todo, acaba de decirme que tiene usted un registro sobre los delitos de corrupción del gobierno de esta comunidad que cubre los últimos quince años, y que hasta ahora jamás ha tratado de revelar esta información a las autoridades competentes, sino todo lo contrario. Ha ido usted tan lejos como para admitir que ha ocultado

las pruebas de esos delitos.

—¡Jamás! —aullé. Esta entrevista no estaba resultando como yo esperaba, y estaba empezando a salirme de mis casillas—. Jamás he ocultado las pruebas de ningún delito —dije enfadado—, las pruebas siempre han estado allí, y siguen estando allí. Y toda autoridad competente que esté realmente interesada en hacer averiguaciones podrá hacerlas. No tendrá más que investigar, como yo lo hice. Mi trabajo no consiste en cumplir con los deberes de la autoridad competente.

—Según lo describe usted, señor Smith, su trabajo es deshonesto —sentenció pomposamente.

—A propósito —proseguí levantando la voz—, ¿de qué sucia autoridad competente me habla? ¿Del fiscal de Distrito? Si es uno de los maleantes más peligrosos de todo el estado. ¿Del alcalde? ¿Del jefe de la Policía?

—Esa no es la cuestión —protestó.

—¿Por qué diablos no es la cuestión?

Yo vivo en Winston, en el mundo real. Tengo que ganarme la vida en Winston, que está en el mundo real, y eso significa que tengo que pactar con la gente que dirige Winston, o sea quienes dirigen el mundo real. Siempre lo hice así, y todo funcionaba a las mil maravillas. Pero llegaron ustedes y le hicieron perder el juicio a esta ciudad, y el arreglo ha dejado de funcionar. No hago más que adaptarme a las nuevas condiciones, es todo. No soy ni más ni menos honesto que cualquiera, en el mismo sentido general y abstracto que le da usted a esa palabra. Tengo un trabajo, un trabajo honesto y adecuado, poseo una licencia que me han concedido el estado de Nueva York y la ciudad de Winston, y hago mi trabajo lo mejor que puedo. El secreto forma parte de mi trabajo. Mi trabajo es confidencial igual que el de un abogado, un médico, un psiquiatra o incluso un sacerdote. ¿Acaso se espera que un abogado denuncie todos los delitos que le describen los clientes en su despacho? ¿Acaso se espera que un sacerdote denuncie los crímenes que los fieles le confiesan?

—¡Señor Smith, no irá usted a comparar! —exclamó. Y por la forma en que abrió los ojos y lo escandalizado de su tono, supe que acababa de blasfemar.

—¿Por qué rayos no voy a comparar!—bramé. Me había puesto

en pie, no sabía cómo ni cuándo lo había hecho, y mientras le gritaba, no dejaba de agitar mi puño en el aire—. También he sido responsable de la resolución de ciertos delitos, de las reparaciones que se hicieron, de la corrección de ciertas injusticias, sin que la gente involucrada tuviera que soportar un montón de mala publicidad, y sin que nadie tuviera que ir a parar a la cárcel inútilmente, y además he…

—¿Inútilmente? —con eso logré que Danile también se pusiera en pie. El blasfemar contra el sistema penal era, en apariencia, mucho peor que el blasfemar contra la Iglesia.

—¡Claro que sí, maldita sea, inútilmente! Mire, tome usted un niño… —tuve que detenerme, sacudir la cabeza e inspirar profundamente antes de comenzar desde el principio, para que las palabras salieran con la lentitud suficiente como para ser pronunciadas—. Tome usted a un niño —proseguí—, supongamos que roba en una tienda de ultramarinos. La ley le atrapa, y el tribunal le condena a seis meses de reformatorio, y sale mucho más arruinado de lo que entró. Diez años y cuatro penitenciarías más tarde, le verá usted en una de esas cárceles modernas con barras rosa pastel donde hay más psiquíatras que presos, y ahí se pasarán cinco años tratando de deshacer el daño que le hicieron en el reformatorio.

—¡Eso es simplificar las cosas! —gritó.

—¿Cómo vamos a hablar si no simplificamos, maldito y obtuso beato lleno de humos?

—No he venido aquí para…

—Para ser insultado. Ya lo sé. De acuerdo. Entonces, escúcheme. Tome usted por ejemplo, al mismo chico, sólo que en vez de que la ley lo descubra, lo descubro yo. Nadie más que el tendero, sus padres y yo conocemos el delito que ha cometido. El chico se lleva el susto de su vida, y cuando se da cuenta con qué facilidad le han atrapado, y se le informa de lo que le habría ocurrido si le detenía la Policía y no yo, el tendero recibe su dinero de vuelta y el chico no vuelve a repetir semejante travesura.

—Y me acusa usted de idealista, cuando usted mismo espera que… —dijo negando rápidamente con la cabeza.

—¿Espero? ¡Espero un cuerno! ¡Es lo que ocurrió! Es exactamente lo que ocurrió con un chico que entró a robar a la

tienda de ultramarinos de Joey Casale. ¡Al diablo con sus teorías! Le estoy hablando de lo que funciona de verdad, y estoy tratando de hacerle entender cuál es el maldito sistema que existe en este mundo, y cómo encajo yo en él. Y si no encajo en ese sistema, estoy acabado.

—Si Satanás en persona... —comenzó a sentenciar, pero le interrumpí.

—¡Tiene usted toda la razón del mundo! —le espeté—. Si Satanás en persona fuera el alcalde de Winston, y los demonios menores ocuparan los puestos de menor importancia en el Ayuntamiento, ellos serían quienes dirigirían mi mundo. Y si yo quisiera vivir en ese mundo, tendría que hacer mis pactos con ellos.

—Sus sucios tratos, querrá decir.

—Como a usted le guste más.

Inspiró profundamente, luego se volvió repentinamente y fue hacia la ventana. Durante un largo minuto estuvo observando la ciudad, luego volvió a mirarme y me dijo.

—Señor Smith, debería marcharse usted de Winston por una temporada. Debería marcharse usted ahora mismo.

Se había vuelto un hombre diferente. Su voz, su forma de hablar, las palabras, la expresión su rostro, todo en él era diferente. En esa fracción de segundo, Archer Danile, el puritano reformista, lleno de ideales, se había convertido en Archer Danile, el ser humano práctico y realista.

El cambio fue demasiado súbito para mí. Seguía enfurecido con el otro Danile; por eso, mi voz resultó innecesariamente chillona y brusca cuando pregunté:

—¿Y por qué debería marcharme?

—Existen cosas de las que usted no está enterado. Vive usted demasiado cerca de la superficie. No debería usted juzgar a los hombres partiendo de la base que ellos también viven cerca de la superficie. Me compadezco de usted, y en cierta forma, hasta comparto sus ideas. Y cuando le digo que debe marcharse de la ciudad por una temporada, le estoy dando un consejo amistoso; cuando lo haga, será mejor que no deje usted ninguna dirección.

—Hable claramente.

Meneó la cabeza y sonrió un poco.

—Ya lo he hecho. No puedo hablar con más claridad.

En ese instante, sonó el teléfono, interrumpiendo la pregunta que estaba a punto de formular. Malhumorado, Danile levantó el auricular, escuchó por un momento y dijo:

—Cinco minutos —volvió a escuchar y agregó—: De acuerdo. ¿Qué se sabe de la señorita London? ¿No ha regresado aún a su habitación?… Sí, sí. Hágalo así.

Colgó, se volvió para mirarme y me dijo:

—Esta noche no, señor Smith. Quizá mañana, si es usted tan tonto como para seguir en la ciudad, y depende de las circunstancias, claro…, quizá mañana podamos llegar a un acuerdo. Mientras tanto, buenas noches, señor Smith.

Lo estudié unos momentos, pero no pude sacar nada en claro.

—Buenas noches —respondí, y abandoné el apartamento.

Bajé en el ascensor, acosado por negros pensamientos, y una vez en el vestíbulo, vi a alguien que conocía, un hombre viejo y pequeño, con un uniforme negro y una gorra de chófer. Su nombre era Tommy O'Connell, estaba sentado en un rincón, aparentemente esperaba a alguien, y su presencia contestaba un cierto número de preguntas.

Pero como suelo fiarme más de las pruebas que de las circunstancias, tal como se lo había comentado esa misma tarde a Harcum, me acerqué al hombrecito y le saludé:

—Hola, Tommy.

—¡Oh, hola, Tim! —contestó con una sonrisa, de modo que deduje que no le habían dicho con quién debía o no debía hablar.

—Danile bajará en un par de minutos —dije.

—Ya lo sé —asintió—, el empleado de recepción acaba de llamarle.

Conque esas teníamos. Me despedí del chófer de Jordan Reed y salí del hotel.

29

Cuando regresé a de Cathy, la sala estaba repleta de gente. Además de Cathy, Bill Casale y Hal Ganz habían llegado tres personas más, cuyas presencias me sorprendieron muchísimo. Uno de los recién llegados era Ron, a quien no había esperado ver libre bajo fianza, sino hasta la mañana siguiente. El otro era Art, mi ex guardaespaldas, cortesía de Jack Wycza, a quien no había esperado volver a ver más. Y el tercero, era el concejal Myron Stoneman, una de las siete personas a las que había lanzado mi ultimátum el día anterior.

Todos quisieron hablar al mismo tiempo, hasta yo mismo, de modo que acabamos todos parloteando sin escuchar, hasta que finalmente Ron nos hizo callar a gritos y dijo:

—Uno a la vez, maldita sea, uno a la vez. A ver si nos aclaramos de una vez. Myron, tú primero.

Myron se dio por aludido. La rabia contenida le ensombrecía el rostro regordete y de aspecto nada brillante.

—Gracias, Ron. Ya veo que te has estado preparando para la legislatura.

—Di lo que tengas que decir, Myron —intervine yo.

Myron me lanzó una mirada amenazante.

—Siempre consideré que era una buena idea saber qué se traían entre manos mis amigos y socios. Por eso me he congraciado con unas cuantas secretarias y empleados, un sistema de espionaje de segunda categoría, para que me informasen de lo que está ocurriendo en el mundo. Resulta sumamente útil. Hace aproximadamente una hora, me telefoneó la secretaria de Jordan Reed. Reed nos ha traicionado a todos. Han hecho un trato con los de la Liga, él, Harcum y Watkins..

—¿Un trato?

—Por lo que oí decir —prosiguió con tono de total amargura—, Jordan tiene muchas esperanzas de convertirse en gobernador.

De manera que eso es lo que Jordan buscaba, un sustituto para su hijo. El estado entero.

—¿Qué me dices del resto de vosotros? —pregunté.

—Nos arrojará a los lobos. A Dan Wanamaker, a Claude Brice, a Les Manners, a Ron y a ti, Tim. Como verás, se trata de una alineación de estrellas para el partido del escándalo.

—De modo que eran sobornables —murmuró Ron.

Myron le echó una mirada y sonrió sin ganas.

—Como que hay un Dios —repuso—. Dan Wanamaker y Claude Brice ya se han marchado de la ciudad. Les Manners está leyendo sus libros de derecho. Quiero saber qué pensáis hacer vosotros.

Hal Ganz, cuya fe en las instituciones humanas era prácticamente indestructible, preguntó:

—¿Estás seguro de que han hecho un trato con los de la Liga? Tal vez sólo esperan poder llegar a un acuerdo con ellos, tal vez los de la Liga no saben nada de esto.

—La Liga está perfectamente al tanto de todo —le comenté—. Por eso han quitado de en medio a Masetti. Porque era un reformista honesto y legalista. Danile, el tipo que han enviado para sustituirle, no es más que un político mandado.

—Tim, tú has hablado con él —intervino Ron—. ¿Qué te dijo?

—Me mandó a hacer gárgaras —respondí—. No quiso saber nada de mí ni de lo que iba a ofrecerle. Cuando me fui, el chófer de Jordan Reed se disponía a llevar a Danile a ver a Reed.

—En la planta —anunció Myron—. La secretaria de Reed me dijo que se reunirían en la planta.

—Aquí somos seis, sin contar a Cathy —dijo Ron—. Quizá sería buena idea ir a la planta a hablar con esta gente.

—No —replicó Art.

Todos nos volvimos a mirarle. Prácticamente me había olvidado de que estaba allí. Aún ignoraba si Jack Wycza le había enviado de vuelta, o si había venido por su propia voluntad, en cumplimiento del trato que habíamos hecho.

—¿Por qué piensas que no sería una buena idea? —le preguntó Ron.

—No conozco a ninguna de estas personas, señor Smith —dijo Art mirándome—, excepto a Bill Casale que está ahí.

—Está bien. Estamos todos metidos en el mismo baile —le informé y eché una mirada a los presentes—. Este es Art, trabaja para Jack Wycza.

—Trabajaba —me corrigió.

Recité rápidamente los nombres del resto de los presentes y agregué:

—Veamos. ¿Por qué no sería buena idea que fuésemos a la Reed & King?

—Porque Reed y Jack Wycza están de acuerdo —contestó. Al instante, todos se pusieron a hablar al mismo tiempo.

Esta vez, me tocó a mí gritar para que hicieran silencio. Entonces, le pregunté a Art:

—¿Qué quieres decir con eso de que están de acuerdo?

—Exactamente eso. Se han unido. Supongo que Reed tendría miedo de que todos ustedes armasen lío. Por eso, él y el resto de su gente se han encerrado en la planta, y Jack irá hacia allí con su pequeño ejército. Ese es el trato. Reed ha prometido que protegería a Jack de los de la Liga, y Jack pone a disposición de Reed su pequeño ejército para que le proteja de todos ustedes.

—Veo que después de todo —murmuró Myron Stoneman—, Dan y Brice fueron los más astutos. Creo que en estas circunstancias, lo más inteligente sería irnos de la ciudad.

—¡No, maldita sea! —estaba atrapado, y comenzaba a enfurecerme, y lo peor de todo era que no tenía adonde ir para dar rienda suelta a mis iras—. No voy a huir de aquí. ¡Le daré su merecido a esos bastardos!

—¿Cómo? —preguntó Myron.

Le fulminé con la mirada y sacudí la cabeza. No sabía cómo.

—Un ejército —musitó Ron, como si no pudiera creérselo—. Por el amor de Dios, tiene un ejército.

Se hizo un largo silencio. Estábamos todos metidos en este lío, y comenzábamos a descubrir que llevábamos la peor parte. Todos excepto Bill Casale, que seguía sentado en un rincón, sin decir palabra, esperando descubrir quién había asesinado a su abuelo.

¡Bill Casale! ¡Por Dios, si yo también tenía un ejército!

Me puse en pie de un salto.

—¡Bill! —grité. Se sobresaltó al darse cuenta de que le hablaban —. Una de esas siete personas han matado a tu abuelo. Uno de ellos es Myron Stoneman, que está aquí con nosotros. Hay otros dos que acaban de abandonar la ciudad, otro de ellos está en su casa, intentando encontrar alguna escapatoria legal en sus libros de derecho. Y los tres restantes están en la planta de la Reed & King. Tiene que ser uno de estos siete.

—¿Cuál de ellos? —inquirió Bill.

—Yo no he sido, Tim —protestó Myron.

—Cierra la boca —le ordené por encima del hombro. Y dirigiéndome a Bill, proseguí—: ¿Qué harás cuando te diga cuál de ellos ha sido?

—Llamaré a mi padre y se lo diré.

—¿Y luego qué?

—Luego —replicó impasiblemente—, mi familia atrapará al culpable.

—¿Y qué ocurriría si fuera uno de los tres que están en la planta —insistí—, encerrados junto con Jack Wycza y su pandilla del North Side para que le protejan?

—Le atraparíamos de todas maneras —replicó Bill con calma.

—¿Estás seguro?

—Sí, conozco a mi familia.

—¿Y qué pasaría si yo te sugiriese un nombre? —pregunté—, ¿qué pasaría si dijera que Jordan Reed ha matado a tu abuelo?

—¿Ha sido él?

—Esa no es la cuestión. ¿Qué pasaría si dijese que ha sido él?

—Tendrías que probárselo a mi padre. Mi familia no está para solucionarte los problemas a ti.

Me había excedido en mis funciones. No olvidaba los viejos tiempos, cuando la familia Casale estaba dispuesta a linchar a Ron Lascow basándose simplemente en un comunicado de la radio. Y ahora, que les necesitaba, querían pruebas.

—Bill, si pruebo lo que estoy afirmando —dije—, y resulta ser que ha sido uno de los hombres que están en la fábrica, entonces tu familia iría a atraparle, ¿no es así?

Asintió.

—Señor Smith —declaró Art con una risita ahogada—, es usted una maravilla.

—No entiendo —dijo Hal. Nos miraba a todos con aire consternado.

—Es muy simple —le explicó Hal—. El señor Smith acaba de reclutar a su propio ejército.

—Tim, podría resultar que no ha sido ninguno de los tres —intervino Ron.

—Tim, no hablarás en serio —dijo Hal Ganz—. Tim, así no se hacen las cosas, tienes que dejar que la ley…

—Si dejamos que la ley intervenga —le interrumpió Myron—, iremos todos a parar a la cárcel. Supongo que tú no, porque eres uno de esos tipos honrados. Pero yo sí que iré a la cárcel, y Ron Lascow y Tim.

—¡Por el amor de Dios! —gritó Hal—, sería una batalla campal…

—¿Qué otra forma hay de solucionarlo,

Hal? —inquirí.

—No puedo creer que los de la Liga…

—comenzó a decir.

—Hal, despierta —le espetó Ron—. Ya has oído lo que nos contó Tim cuando regresó. El tipo de la Liga ha ido a entrevistarse con Jordan Reed.

—Jack Wycza no habría movilizado a su gente —apuntó Art—, si no hubiera tenido una garantía en firme de Reed.

—Tiene que haber algún otro modo —insistió Hal—. Si le enviáramos una petición al gobernador…

—No, Hal —le interrumpió Ron—. Lo siento, pero la respuesta es no. Déjame que te dé unas lecciones sobre política.

El gobernador de este estado vive en la capital, en Albany. Pertenece a un partido político, y la ciudad de Albany está controlada por el partido opositor. Por lo que yo he podido averiguar, la Liga tiene ciertas relaciones con el partido del gobernador, y están tratando de hacerse un nombre en las poblaciones pequeñas para conseguir la máquina del poder en Albany. Como es lógico suponer, al gobernador le encantaría que su partido gobernara la capital del Estado.

—Esto va más allá de la política —protestó Hal con

desesperación.

—Es posible que para ti, sí —dijo Myron—, pero no para los políticos.

—En un asunto como éste —prosiguió Ron—, la política sigue interviniendo hasta que los hechos se lleven al tribunal, y hay veces en que la influencia de la política tampoco se detiene ante un tribunal. Quienes sean procesados y condenados por el jurado son los únicos perdedores.

—No entiendo por qué trata de convencerle —protestó Art—. ¿No tiene usted otras cosas que hacer?

—Creo que tengo que irme —anunció Hal, poniéndose en pie.

—Será lo mejor —dije yo.

Esperamos en silencio hasta que se marchó, luego Art preguntó:

—¿Cuándo entrará en acción su ejército, señor Smith?

—Esa es la peor parte —repliqué—. Tengo que averiguar quién ha sido el asesino. Y si no es uno de los que están en la fábrica, entonces no tengo ningún ejército.

—Yo no he sido —dijo Myron—. Es todo lo que puedo decir. Yo no he sido, y me enteré de la existencia de esta Liga al día siguiente de que el pistolero aquel tratara de matarte.

—Apliquemos el método clásico —propuso Ron—. Los tres componentes de todo crimen son: el motivo, el método y la ocasión.

—De acuerdo. Aplica tu método y veamos adonde nos conduce. Empecemos por la ocasión. Todos ellos han tenido múltiples ocasiones. El primer intento se hizo a la una de la madrugada. ¿Dónde estabas tú, Myron? —pregunté.

—En casa, durmiendo —respondió con una mueca de disgusto.

—Es exactamente lo mismo que dirán los otros seis. El segundo intento tuvo lugar cuando el tipo me disparó desde el Ayuntamiento. Los siete sospechosos estaban en el Ayuntamiento cuando ocurrió.

—A mi abuelo lo mataron a las once y media de la noche —intervino Bill.

—Otro trabajito nocturno —dije—. Y todos volverán a decir que estaban en sus casas durmiendo. Y el cuarto intento fue la bomba en mi coche. Tuvieron doce horas para colocarla y cualquiera podría haberlo hecho. Ya hemos analizado la cuestión de la ocasión, ¿que sigue ahora?

—El método —replicó Ron.

—Un pistolero contratado, una granada, un revólver y una bomba casera. ¿Qué puedes decirme del método? —pregunté encogiéndome de hombros.

—El asesino parece ser bastante tímido, eso se puede afirmar sin lugar a dudas —dijo Art—. No le gusta dar la cara.

—Cuando ocurre algo ilegal, los políticos suelen mantenerse instintivamente al margen —añadió Ron imperturbable.

—Después del primer intento —proseguí—, y basándome en el método, le di a Harcum una descripción del tipo que teníamos que buscar. Contrató a un asesino a sueldo de Nueva York. Lo cual indica que quien le contrató es una persona de dinero. Le disparó al pistolero profesional con un rifle de caza, lo que probablemente signifique que tiene licencia, y que cuando llega el otoño caza ciervos. Al pistolero no se le veía preocupado por la posibilidad de que le arrestasen, de manera que el tipo que le contrató tenía influencias a nivel local. Ahí tienes la imagen que surge de aplicar el método. Un ciudadano local, rico e influyente que tiene un rifle de caza.

—¿Y quién ha estado en Nueva York hace poco? —preguntó Cathy.

—Esa imagen se adapta a cualquiera de los siete —dijo Myron— y, desgraciadamente, hasta yo mismo puedo haber sido. Todos tenemos influencia a nivel local, o al menos la hemos tenido hasta el día de hoy. Y todos tenemos licencia y rifles de caza. Y todos hemos ido a Nueva York durante los últimos dos meses. Y... —se interrumpió, nos lanzó una sonrisa torcida y prosiguió—, todos tenemos una posición económica bastante sólida.

—Analicemos el método del segundo intento —dije—. Un revólver. Cualquiera puede tener uno.

—En el tercer intento —intervino Ron— se empleó una granada de mano. Yo no diría que las granadas de mano son fáciles de conseguir —nos hizo a todos una mueca amarga y prosiguió—, excepto si se sacan de la Guardia Nacional.

—Los siete —reflexionó Myron— tenemos libre acceso al Ayuntamiento. Incluida la cárcel y el Departamento de Policía que están en el sótano. Tengo entendido que en el depósito que hay en el sótano se guardan una serie de armas, incluidos algunos

revólveres de recuerdo, granadas de mano y sables de samuráis traídos por nuestros veteranos de la segunda guerra mundial.

—En el cuarto intento —proseguí— se utilizó una bomba de confección casera. Ignoro cuál de ellos tiene conocimientos como para construir una bomba así. ¿Qué me decís?

—Jordan Reed tiene su propia planta química —apuntó Art.

—Como idea no está mal. ¿Pero significa eso que Reed sabe cómo fabricar una bomba?

—¿Y tiene él el mismo libre acceso al Ayuntamiento que los demás? —preguntó Ron.

—Supongo que podría coger las llaves si las pidiera —replicó Myron.

—De manera que todos ellos tuvieron la ocasión, y cualquiera de ellos podría haber empleado estos métodos, aunque Jordan Reed podría haber sido el que fabricó la bomba que se encontró en el coche.

—Nos queda lo del motivo —dijo Ron.

—La llegada de la Liga —anuncié—, y otra vez todos pueden encajar perfectamente.

—Espera un momento, Tim —interrumpió Cathy—. Eso no es exacto.

—¿Qué es lo que no es exacto?

—Estás diciendo —replicó con toda seriedad— que el querer que alguien esté muerto es un motivo para cometer un crimen. Pero no es exactamente así. Tienes que saber por qué esa persona quería que el otro muriese. Ese es el motivo. Tienes que preguntarte por qué la llegada de la Liga provocó en ese hombre el deseo de matarte.

—Hace dos días que esa pregunta me martillea los sesos —repliqué.

—¿Y qué me dices de esa chica que murió en la finca de Reed? —preguntó Ron—. ¿Cómo diablos encaja ella en todo esto?

—Me parece que no encaja en nada —respondí.

—¿Qué chica? —quiso saber Myron.

—Una chica llamada Sherri no sé cuántos —repliqué—. Una rubia llena de curvas. Es muy probable que la hayas visto por ahí en compañía de Harcum.

—¿Está muerta?

—Según parece, es una antigua amiguita de Marvin Reed.

Supongo que la chica se sirvió de Harcum para que la trajera hasta aquí y, a la primera oportunidad que tuvo, se fue a ver a Marvin. La encontraron en los bosques que rodean la finca de Reed, con un cuchillo de caza clavado en el cuerpo.

—Y según todo parece indicar, Marvin ha sido el asesino, ¿no es así? —preguntó Cathy.

—Eso parece —repliqué pensativamente—. Es extraño, Jordan se lavó las manos en este asunto en cuanto supo que Marvin había estado haciendo el loco. Recuerdo que Mary le dijo a su padre que haría cualquier cosa por él. Sí, eso mismo dijo.

—¿Y con eso qué? —me interrumpió Ron.

—Esto es ridículo —protesté.

—¿Insinúas que Jordan mató a la chica y que Marvin se declaró culpable? —preguntó Myron.

—Algo aún más ridículo —repliqué—. Marvin haría cualquier cosa por su padre. Hasta me mataría, ¿qué te parece? Si un grupo de reformistas viene a la ciudad, y él sabe que su padre está preocupado…

—Marvin no es de ésos —intervino Cathy—. Es probable que haya matado a la chica porque se sintiera acorralado. Pero no planearía fríamente matar a nadie, y lo que es más, no lo habría intentado una y otra vez.

—Olvidémoslo —propuso Ron—, y volvamos al tema principal. Estábamos hablando del motivo.

—Sí, y no habíamos llegado a ninguna parte —le recordé.

—¿Por qué querría matarte ese tipo? —inquirió Ron retóricamente.

—Tal vez no sea la pregunta adecuada —musitó Cathy, pensativa.

—¿Qué otra pregunta se te ocurre? —inquirí, mirándola.

—No estoy segura, no sé si esto te ayudará o no, pero por qué no preguntarnos qué ocurriría si tú estuvieses muerto.

—¿Que qué ocurriría si yo estuviese muerto?

Asintió.

—Es la misma pregunta.

—No, no es la misma pregunta —profirió Ron, de repente—. Cathy puede estar en lo cierto —me echó una mirada nerviosa y agregó—: Tim, ¿qué es lo que cambiaría, qué es lo que sería distinto

si tú murieras?

—En estos momentos, nada —contesté—. Hace dos o tres días, cuando empezó todo esto, no lo sé… Probablemente la Liga tendría que haber ido a buscar pruebas a otra parte, es todo. No se me ocurre nada más.

—Tus expedientes seguirían existiendo —reflexionó Ron—, y los de la Liga podrían haberse apoderado de ellos. De modo que no veo la diferencia.

—Es que tiene que haber existido un resultado bien claro en la mente del asesino —insistió Cathy—, algo que ocurriría en el momento en que tú murieras.

—Si pudiéramos… —comenzó a decir Ron, y en ese preciso instante me di cuenta de todo.

—¡Esperad un momento! —aullé y de un salto me puse en pie, señalando a Ron que pestañeaba totalmente confundido—. ¡Tú mismo acabas de decirlo! —grité—. ¡Acabas de decirlo!

—¿Qué es lo que acabo de decir? —preguntó y se quedó mirándome con la boca abierta.

—Esperad, esperad un minuto —supliqué corriendo hacia el teléfono. Marqué un número, esperé y cuando Charlie se puso, pregunté—: ¿Está Sherri London?

—Ha muerto —me contestó.

—Gracias —dije y colgué con una sonrisa de triunfo.

—¿De qué se trata, Tim? ¿Sabes ya quién ha sido? —inquirió Cathy.

—¿Ya lo sabes, Tim? —preguntó Bill, súbitamente alerta.

—Llama a tu padre —le ordené—. Llámale ahora mismo. Tengo a ese sujeto en mis manos.

30

Había vuelto al depósito de los hermanos Casale, pero esta vez me enfrentaba cara a cara con Mike Casale y su familia. Se trataba de un cuarto amplio y desnudo, lleno de Casales, y contra una pared se alineaban unas cuantas cajas. Todos los hombres de la familia estaban presentes, más algunos camioneros que trabajaban para Mike, más Ron, Art, Cathy, Myron Stoneman y yo.

Comencé a hablar en el mismo instante en que entré, explicándoles todo lo que había ocurrido en los últimos dos días, para que tuvieran elementos suficientes como para comprender mis pruebas. Me escuchaban con impaciencia, y traté de despacharles mi historia lo más rápidamente que pude. Entonces les dije:

—Me di cuenta cuando Cathy me preguntó qué cambiaría si yo estuviese muerto. De repente se me ocurrió que mi archivador, o mejor dicho lo que había en él, sería embargado como prueba del caso. La Liga ya se había puesto en contacto con el asesino y le había solicitado si podía suministrar pruebas para condenar al resto del grupo, sobre la base de que la Liga le dejaría en paz y le pagaría una gratificación.

—¿Quieres decir que los de la Liga le pidieron al tipo que te matara? —inquirió Ron.

—No. Dejaron a su criterio cómo conseguir las pruebas. Era la única manera.

—¿Quién es el asesino? —preguntó Mike Casale.

—Espera un momento, ya llegaré a ese punto. No quiero decir nombres así como así, quiero daros hechos, para que podáis sacar vuestras propias conclusiones. Comencemos por el primer asesinato. Un pistolero contratado en Nueva York. Veamos, ¿quién de los que están en la planta en estos momentos tenía los contactos y los

conocimientos necesarios como para ir a Nueva York y encontrar a un asesino profesional? ¿Podría alguno de vosotros hacer algo así?

—Reed podría haberlo hecho —replicó Sal Casale.

—No te precipites —le sugerí—. Recuerda lo que ocurrió cuando el pistolero falló. Llamamos a la Policía, llegó el patrullero y minutos después, el pistolero fue asesinato a balazos. Vamos a ver, poneros en el lugar del asesino. Contratáis a alguien para que os haga la faena, ¿no es así? ¿Os quedáis entonces en el lugar donde el tipo hará el trabajito? Ni hablar. Os alejáis lo más posible del lugar del crimen.

—¿Y cómo fue que el tipo estaba allí? —me preguntó Ron.

—Yo preguntaría más bien, ¿cómo supo cómo llegar hasta allí? —repliqué—. Pasemos ahora a los atentados números tres y cuatro. En ambas ocasiones el tipo usó explosivos.

—Reed puede conseguirlos —dijo Sal Casale—. Es dueño de una planta de productos químicos.

—En esa planta no fabrican granadas de mano —le expliqué—. Lo más probable es que proviniesen del depósito de armas que la Policía tiene en el Ayuntamiento. Veamos ahora, ¿quién podía conseguir con mayor facilidad una granada de mano del depósito de armas de la Policía?

—Cualquiera de nosotros —contestó Myron Stoneman.

—¿Pero quién —proseguí—, a lo largo de su carrera pudo tener más probabilidades de aprender a armar una bomba casera? ¿Quién pudo desconectarme del sistema de alarma antirrobo con mayor facilidad? ¿Quién tenía mayores probabilidades de tener una radio de Policía en su casa para escuchar la llamada al coche patrulla que acudió al restaurante, y saber así que el pistolero que había contratado no había dado en el blanco? ¿Y quién se apoderaría de mis archivos si alguien me matara y siempre y cuando decretaran un embargo sobre ellos?

—Harcum —murmuró Sal Casale.

—Algunos de vosotros habréis visto a la rubia con la que Harcum ha estado saliendo en los últimos días —continué—. Su nombre es Sherri London. La mataron esta misma tarde, y el nuevo representante de la Liga estuvo intentando ponerse en contacto con ella esta noche, sin saber que estaba muerta. Ella era el contacto entre Harcum y la Liga. Cuando resultó evidente que Harcum no

podría servirles, los de la Liga recurrieron a Reed e hicieron un trato con él. Sherri iba a encontrarse con él, y Harcum volvió a verse desplazado. Intentó detenerla para que no se viese con Reed, sin saber que éste ya había hecho su trato en Albany. Ello no quiso hacerle caso. El tuvo que matarla, esperando poder culpar a Marvin Reed de ese crimen y volver a ponerse en contacto con la Liga.

—Está bien, Tim —dijo Mike Casale—. Me has convencido. Nos encargaremos de él. Tú y tus amigos podéis iros.

—¿Qué? ¿Qué estás diciendo?

—Tim, ya sé con qué contabas tú. Esperabas que fuéramos al frente y que te solucionáramos tus problemas. Pero no vamos a arriesgar la vida por ti ni por nadie más. Esto es un asunto estrictamente personal entre Harcum y nosotros.

—No llegarás hasta Harcum —le advertí—, sin antes luchar contra los demás.

—Por lo que tú dices, tienen la costumbre de delatarse unos a otros. Si nos ponemos duros, creo que nos lo entregarán.

—Lo dudo mucho —comentó Art, de repente.

—¿Ah, sí? —replicó Mike volviéndose para estudiar a Art.

—Jack Wycza se ha unido al resto del grupo —prosiguió Art—, y dudo mucho que se pueda forzar a Jack para que haga algo. Si trata usted de llevarse a Harcum. Jack luchará contra usted.

Mike apartó la vista de Art y me miró, como dudando de las credenciales de Art, entonces le comenté:

—Art sabe de qué está hablando. Y si no vas por la fuerza, los demás no tendrán motivos para entregártelo.

Sal Casale se adelantó unos pasos para ponerse junto a su hermano, nos lanzó una mirada feroz y dijo:

—Si tenemos que pelear, pelearemos. Pero será nuestra pelea. Saca tus propias castañas del fuego, Smith.

Si eso era lo que querían no me quedaba más que agregar:

—Está bien. Es vuestra pelea.

—Tim —dijo Cathy.

—Vámonos —le ordené—, vámonos de aquí. Deja que Mike y los demás decidan lo que van a hacer.

Cathy quería quedarse a discutir, lo mismo que Ron, pero

Myron, Art y yo los sacamos de ahí, bajamos las escaleras y salimos del edificio. Allí puse fin a sus parloteos:

—Ron, llévate a Cathy a su casa. Myron, será mejor que te esfumes tú también.

—Tim, puedo ayudarte —sugirió Ron.

—Tienes razón, sí puedes ayudarme. Toma las llaves de mi coche. Lleva a Cathy a su casa —y dirigiéndome a Art, inquirí—: ¿Sigues conmigo?

—Hasta el fin, señor Smith —replicó con su sempiterna mueca burlona.

Cathy comenzó a mascullar, pero no le presté la menor atención; me dirigí hacia la planta Reed & King, a tres manzanas de allí.

Al llegar a la esquina, Art me preguntó:

—¿Y ahora adónde vamos, señor Smith?

—A buscar un teléfono.

—Por aquí.

Íbamos por la calle Front, nos desviamos a la derecha, caminamos una manzana y encontramos un bar. Cuando llegamos a la cabina telefónica, al fondo del establecimiento, le dije a Art:

—Voy a marcar el número privado que tiene Reed en la planta. Tú hablarás con él. Pregúntale por Jack, dile quién eres y dónde te encuentras, pero no le comentes que estoy contigo. Dile que has logrado ganarte mi confianza, y que estoy al frente de la familia Casale. Dile que la familia sabe que Harcum ha matado al patriarca, y que se dispone a ir hacia la planta.

—Conque asegurándose de que haya una guerra, ¿eh? —comentó Art, y su sonrisa se hizo más amplia.

—Exactamente.

Me estudió durante un segundo sin dejar de sonreír burlonamente, luego meneó la cabeza como para demostrarme su admiración.

—Deme diez centavos —dijo.

31

Al igual que la Casale Brothers, la planta Reed & King ocupaba toda una manzana de la calle Front. Pero a diferencia de la Casale Brothers, a tres manzanas de allí, la fábrica estaba limpia y aseada como la maqueta de un arquitecto. El edificio tenía forma de signo más, había un edificio principal alargado de cuyos costados salían dos alas. Tenía cinco pisos, lo habían pulido con chorro de arena hasta dejarlo casi blanco, y estaba rodeado de aparcamientos con suelo de alquitrán y trozos de césped bien cortado. La manzana entera estaba rodeada de una cerca de un metro veinte de altura, a excepción de la amplia acera que conducía a la entrada principal, y de las entradas a los dos aparcamientos.

Frente a la planta, al otro lado de la calle, había una hilera de viejos edificios de alquiler, en su mayoría deshabitados, aunque un par de ellos servían de almacén y en el de la esquina había un pequeño restaurante, cerrado a estas horas de la noche. Art y yo estábamos esperando en la sala de la planta baja de una de las casas vacías, sentados junto a las ventanas de cristales rotos, vigilando la calle y el edificio de la planta.

A los quince minutos de estar esperando, Art susurró:

—¡Ahí vienen!

Me cambié de sitio y miré por la ventana sin cristales. Por ese lado de la calle se aproximaban tres hombres. Eran Mike Casale, su hermano Sal y su hijo Bill. Eran los únicos visibles.

Sabía lo que Mike se proponía. Tenían pensado entrar en el edificio, los tres solos, para garantizarle a Jack Wycza que no intentarían entre a la fuerza. Intentarían convencer a Reed y a los demás de que sería más seguro y más fácil entregar a Harcum, sin causar problemas ni provocar una guerra.

Una gran idea, pero no les daría resultado. Me había asegurado de que así fuera.

Los tres pasaron junto al edificio en el que me escondía y siguieron su camino. Iban a morir. Sujeté el alféizar de la ventana que se caía a pedazos, vigilé la calle y esperé.

Siguieron andando, hasta situarse directamente al otro lado de la entrada principal del enorme edificio a oscuras. Entonces, Mike se adelantó a los otros para cruzar la calle; Bill quedó a su derecha y Sal a su izquierda.

De repente, saqué la cabeza por la ventana y grité:

—¡Cuidado! —no podía hacerlo, no podía dejar que los liquidaran a tiros de esa manera.

Apenas alcancé a pronunciar una palabra; Art me hizo entrar de un tirón y me tapó la boca con la mano. El estallido de los disparos vino de una ventana de la planta baja de la Reed & King.

Sólo lograron llegar al bordillo de la acera opuesta. Mike cayó de espaldas y quedó tirado en la calle; Sal se dobló en dos y se derrumbó de cara sobre la acera, y Bill rodó como un juguete impulsado por una cuerda. Dio dos pasos por la acera, trastabilló y volvió a sonar otro disparo. Se desplomó como un árbol.

En la calle se hizo un silencio absoluto.

A mi lado pude oír un ligero crujido cuando Art cambió de posición. Entonces su áspero murmullo me resonó en la oreja:

—¿Qué diablos está tratando de hacer?

No habría sido capaz de explicárselo. Ni en un millón de años.

32

Durante diez minutos reinó el silencio. Las ventanas del edificio de la planta estaban a oscuras y en calma, como esperando. Los tres cuerpos yacían inmóviles sobre el pavimento medio iluminado por el farol de la izquierda. No había ni tránsito ni peatones. La calle Front era exclusivamente de propiedades comerciales y a esa hora, casi la una de la madrugada, los únicos que merodeaban por esos lugares eran los combatientes.

Durante diez minutos reinó el silencio. Después estalló el infierno.

De la derecha provino un súbito rugir de motores y se vio aparecer un camión de la Casale Brothers, seguido de otro, y de otro, y de otro. El primero de ellos subió al bordillo de la acera situada ante el acceso a la fábrica, derribó la cerca y frenó en seco a menos de un metro de la entrada principal. El segundo y el tercero siguieron al primero, lo adelantaron y se detuvieron en el césped, entre la cerca y el edificio. El cuarto atravesó la cerca, al otro lado de la entrada principal y se detuvo detrás del primero, justo cuando, por el extremo opuesto, otros dos camiones irrumpían a toda velocidad en el aparcamiento de la izquierda del edificio.

Un montón de hombres armados con rifles y pistolas comenzó a salir de la parte trasera de los camiones. Las ventanas escupieron destellos rojos y blancos cuando los ocupantes del edificio abrieron fuego sobre los atacantes; los Casale lograron volar la cerradura de la puerta principal y entraron.

De los camiones ahora aparcados frente al edificio, habrían salido unos sesenta hombres. Cinco de ellos yacían sobre el sendero, cerca de la puerta principal. Los demás habían entrado. Pude oír los gritos y los disparos que provenían del edificio. A la izquierda, en el

aparcamiento había comenzado una segunda escaramuza, pero no logré ver nada.

El tiroteo continuó y se fue propagando a medida que los Casale penetraban más en el edificio. Un hombre —un Casale o un Wycza, no pude distinguirlo— salió del portal abierto de par en par y corrió hacia la calle. Llegó a mitad de camino antes de que un disparo saliera del portal, y cayó de bruces, resbalando en el pavimento. Los cristales de una ventana del segundo piso se hicieron añicos, y un cuerpo se precipitó hacia abajo, retorciéndose en el aire, para ir a caer sobre el capó de uno de los camiones.

Un grupo de hombres salió a toda carrera del edificio vacío situado a la izquierda del que ocupábamos nosotros. Atravesaron la calle como rayos y entraron por la puerta principal de la planta.

—Ese es Jack —gruñó Art—, es su estilo. Les ha dejado entrar en el edificio para poder golpear por los dos lados —y poniéndose en pie súbitamente agregó—: si vamos a hacer algo, señor Smith, ha llegado la hora.

Seguí vigilando la calle. Mike, Sal y Bill continuaban tendidos en la acera y afuera, donde podía verles con toda claridad. Uno de los camiones había pasado por encima de las piernas de Bill. Me pareció una cosa espantosa.

—Ahora, señor Smith —dijo Art con frialdad.

Le lancé una mirada. Ya no tenía una buena opinión de mi persona, y no se molestaba en ocultarlo. Ha de ser bonito, pensé, eso de que todo te importe un bledo. Pero por supuesto que él no conocía a los Casale.

—Está bien —contesté—. Ahora.

Me puse a su lado y miré por la ventana, tratando de pensar.

—Tendremos que ir por el aparcamiento —dije—, las oficinas de Reed están de ese lado, en el quinto piso.

—Está bien.

—Saldremos por atrás —proseguí, intentando pensar y cerré los ojos—. Iremos por los patios hasta la quinta, y allí cruzaremos.

—Está bien —repitió. Echó a andar, luego se volvió para mirarme, y me ordenó—: Vamos, señor Smith.

Abrí los ojos. Seguían tendidos en el suelo.

—Está bien —repliqué.

33

Había tal vez una docena de coches desperdigados por el aparcamiento, más los dos camiones de la Casale Brothers. En esta zona del edificio se veía luz en las ventanas del cuarto y quinto piso, y de vez en cuando se alcanzaba a divisar a la gente que se movía en el interior. El aparcamiento se encontraba completamente desierto.

Art y yo nos acurrucamos detrás de la cerca, junto a la entrada del aparcamiento.

—Iremos corriendo hasta el primer coche, el Dodge —susurré—. Luego avanzaremos de coche en coche hasta alcanzar el edificio.

—Enséñeme el camino, señor Smith —replicó burlonamente—, yo iré delante de usted.

Abandoné el refugio de la cerca y empecé a correr agazapado, zigzagueando a medida que avanzaba: un idiota entrado en carnes que había perdido las riendas. A mitad de camino hacia el Dodge, el suelo se sacudió de repente debajo de mis pies, perdí el equilibrio, caí de cabeza y el revólver me saltó de la mano. Aterricé pesadamente sobre el hombro derecho y rodé hasta llegar a la rueda trasera del Dodge. Me incorporé rápidamente y avisté el revólver tirado sobre el pavimento a unos metros de donde yo estaba, me abalancé para recuperarlo y el suelo volvió a sacudirse, sólo que esta vez logré oír el estallido de la explosión.

Art gritó y levanté la vista. El edificio de la Reed & King parecía enmarcado por un halo amarillo blancuzco; el rugido de la explosión lo inundó todo. El halo comenzó a extenderse repentinamente tiñéndose de rojo, el suelo volvió a temblar y el tronar de la tercera explosión ahogó los sonidos que provenían del edificio. Hubo otras dos explosiones más, luego se hizo un súbito

silencio; finalmente, logré arrastrarme por el pavimento y recuperar mi revólver.

El silencio no duró más que unos pocos segundos, el tiroteo disonante volvió a comenzar. Me puse en pie con gran dificultad y cuando iba a avanzar alguien me aferró por un brazo y aulló:

—¡Tim! ¡Tim! ¡Por favor, por el amor de Dios!

Me volví de un salto, soltándome de esa mano y miré al hombre fijamente a los ojos. Era Marvin Reed.

—¡Mi padre está ahí dentro! —bramó—. ¿Qué está ocurriendo? Por el amor de Dios, ¿qué está ocurriendo?

—¿Y a ti qué diablos te importa? —grité—. El no daría un céntimo por ti.

Art se acercó a mí, seguía impasible, mirándome con su amarga sonrisa burlona.

—Vamos, señor Smith —dijo.

—¡Tenemos que ayudarle! —sollozó Marvin—. ¡Tim, ayúdame, tenemos que sacarle de ahí!

—Vete, Marvin. Vete —y como no dejaba de tironearme, le aparté de un empellón y le grité—: ¡No voy a ayudar a tu padre, maldito imbécil! ¡Estoy con el otro bando!

Me miró asombrado; se puso muy pálido; de pronto se metió la mano en el bolsillo de la chaqueta, sacó un revólver y se puso a gritarme algo. Me quedé boquiabierto, el revólver se elevó y el sonido del disparo fue el más ruidoso del mundo.

Marvin se desplomó de espaldas sobre el pavimento y Art me comentó:

—Señor Smith, tendrá que esmerarse mucho más.

Mi cerebro no funcionaba. Me quedé mirando fijamente a Marvin y grité:

—¿Qué? ¿Qué?

—No le ha disparado, señor Smith —replicó Art secamente—, yo le disparé primero.

Una súbita ráfaga de disparos me devolvió a la realidad. Miré a mi alrededor y advertí que en el costado del edificio había una puerta abierta; cuatro hombres atravesaron el aparcamiento a toda carrera. Otros hombres se asomaron al portal para dispararles y uno de los cuatro trastabilló y cayó al suelo. Los tres restantes llegaron hasta un coche, se metieron dentro, y el coche avanzó de un salto,

giró violentamente y enfiló hacia la calle. Los hombres que estaban en el portal continuaron disparando, el coche salió del aparcamiento con gran estrépito, cruzó la calle y chocó contra la luna del escaparate del restaurante.

Me parapeté detrás del Dodge y aguardé. El segundo grupo atravesó el aparcamiento a toda velocidad. Vi que eran Casale, entonces avisté a Danile que salía del coche accidentado como borracho y se quedaba ahí implorando con las manos mientras su boca iba emitiendo unas palabras que fueron ahogadas por un espantoso estrépito. De pronto cayó de rodillas, sus manos seguían suplicando y su boca seguía moviéndose; luego aterrizó sobre la cara.

Los Casale llegaron al coche y sacaron a empellones a los otros dos. Uno de ellos era Wycza, y el otro era nuestro fiscal de Distrito, George Watkins, que tenía la cara blanca de espanto.

Art me dio un codazo y preguntó:

—¿Y ahora qué, señor Smith?

—Por esa puerta —repliqué—. Por ahí se va a la suite de Reed.

—De acuerdo, vamos.

Corrió hacia el portal, le seguí jadeante, esperando que en cualquier momento, por una de esas ventanas saliera una bala que se incrustara en mi cuerpo. Pero logramos llegar al portal, entramos como rayos y nos encontramos ante una caja de escalera y junto a ella el ascensor privado de Jordan Reed. Sobre los escalones, un cuerpo deforme yacía despatarrado, boca abajo.

Subimos las escaleras con rapidez y precaución. En el segundo piso encontramos la puerta de incendios cerrada, al otro lado se oían disparos. Seguimos nuestro camino y, en el tercer piso, nos topamos con una barricada. La puerta que conducía de la escalera al corredor estaba taponada de muebles de oficina.

Detrás de esa barrera había cuatro Wyczas que disparaban espasmódicamente a alguien que no pudimos ver.

Art y yo nos detuvimos en el rellano de abajo, para que no nos vieran.

—¿Va usted a usar ese revólver, señor Smith? —susurró Art.

—Reed me tomó por sorpresa —contesté—. No te preocupes, sí

que lo usaré.

—Más vale, pues no podré sacar a esos cuatro yo solo.

—¡Está bien, dispararé, maldita sea!

—De acuerdo. Yo me quedo con los dos de la izquierda —titubeó un instante, y abalanzándose en medio del rellano gritó—: ¡Ahora!

Sólo nos tomó un segundo. De un salto, nos colocamos donde pudimos verles, cada uno de nosotros efectuó dos disparos, y los cuatro hombres se desplomaron sobre la barricada.

Era irreal. Apunté, disparé y se desplomaron sin vida. Era irreal.

Pero luego dejó de serlo.

Subimos las escaleras a toda velocidad, sorteamos la barricada y seguimos subiendo dos pisos más hasta llegar al quinto.

La puerta que encontramos llevaba a la oficina exterior de Reed. Art tendió la mano para posarla sobre el picaporte y le aparté de un empellón.

—No seas estúpido.

Me echó una mirada, estudiaba mi rostro; de pronto se puso a sonreír burlonamente.

—Se ha despertado, ¿eh?

—Me he despertado.

Claro que sí. Desde el momento en que los tres Casale habían sido barridos a tiros, me había quedado como en trance, confundido, espantado y lleno de miedo.

Al liquidar a los dos que estaban detrás de la barricada, me desperté. Tuve que tomar una decisión y rápidamente. Si quería a Harcum, tenía que acabar con los de la barricada. Y si deseaba mucho poder atraparle, todo esto era necesario y estaba justificado.

Y lo deseaba muchísimo.

—Ponte contra la pared, junto a la puerta —le ordené a Art—. Yo me pondré del otro lado. Abriré la puerta de un empellón, pero no entraremos hasta que yo lo diga.

—Tiene razón, señor Smith.

Tomamos posiciones, tendí la mano, giré el picaporte y, de un empellón, abrí la puerta de par en par.

Desde dentro sonó una ráfaga de disparos, y en la pared opuesta

a la puerta aparecieron cuatro agujeros. No hubo más disparos, entonces entré como un trompo, abriendo fuego antes de poder ver a qué le estaba disparando. Pete y Gar Wycza, que todavía llevaban sus uniformes de policía, cayeron detrás del escritorio de la secretaria. Art echó a correr, rodeó el escritorio y efectuó un solo disparo.

Pasé a la habitación contigua, echando un rápido vistazo a los hombres tendidos en el suelo. Gar Wycza tenía la boca y los ojos abiertos, parecía como si estuviese sonriendo. Recordé las veces que había pasado junto a él, en el cruce de State y De Witt. Recordé cuando me decía: «Magnífico día para tomarse un trago».

La puerta siguiente conducía a la oficina de Reed. Aplicamos el mismo procedimiento, sólo que esta vez Art llevó la delantera. Cuando abrí la puerta de un empellón, no hubo disparos. Art vaciló y de un salto se colocó en el umbral al tiempo que efectuaba un disparo. Se detuvo, echó un vistazo al cuarto y con mucha precaución traspuso el umbral. Se volvió para mirarme y con una sonrisa de incomodidad dijo:

—No hay nadie.

Atravesamos la oficina de Reed y llegamos a la puerta siguiente.

—¿Adonde lleva ésta? —preguntó Art.

—A la sala de juntas. Esta vez cambiaremos de táctica. Te pones a un lado, pero esta vez abres tú.

—¿Dónde estará usted?

—Aquí mismo —repliqué—. Me acosté sobre la barriga, de cara a la puerta, apoyé los codos en el suelo y apunté al frente con mi 32.

Art se puso en posición.

—Dígame cuándo.

—Ahora.

Abrió la puerta de un empujón, y uno de los Wyczas disparó dos veces por encima de mi cabeza. La mesa de juntas estaba volcada hacia un costado, y se parapetaba tras ella; sólo se le veía la cabeza y un brazo. Falló las dos veces, había apuntado demasiado alto; luego disparé y cayó hacia atrás, perdiéndose de vista.

Art entró como un rayo en la habitación, saltó por encima de la mesa y apareció otro tipo desarmado, se incorporó con dificultad y comenzó a retroceder, su rostro era un boceto del terror más puro.

Alcanzó a gritar un no antes de que Art le disparara.

Me puse en pie y entré en el cuarto a toda velocidad. Había dos puertas más, una de ellas conducía al comedor y la otra a las habitaciones de Reed. Estarían allí. Enfilé hacia allí justo en el instante en que la puerta se abrió y Jack Wycza se disponía a entrar. Se detuvo en seco, boquiabierto, y vio a Art.

—¡Tú! ¡Piojo asqueroso! —gritó, y levantó la mano con la que empuñaba una pistola.

Los tres disparamos a la vez. Jack cayó de espaldas fuera del vano de la puerta y aterrizó pesadamente. Rodó un poco intentando sentarse, luego volvió a caer y se quedó quieto.

—¡Vamos! —aullé v eché a correr. Al llegar al vano de la puerta, me detuve y me di la vuelta para mirar. Art estaba despatarrado en el suelo, detrás de la sala de juntas, tendido sobre el costado izquierdo. Wycza le había dado en plena cara.

Seguí adelante, sorteé el cadáver de Wycza y súbitamente advertí que sólo me quedaban dos balas en el revólver. Regresé, recogí el de Wycza, un calibre 45 automático, y verifiqué el cargador. El disparo que acabó con Art había sido el primero. Quedaban siete balas. Metí el cargador en la culata y seguí adelante.

En la habitación contigua me moví con precaución; era el cuarto más pequeño de Jordan Reed, un comedor privado. Estaba vacío y junto a él sólo quedaba otra habitación, el dormitorio de Reed. Iba a atravesar el comedor cuando noté que a mi derecha había una puerta abierta. Daba a otro tramo de escaleras. Me dirigí hacia allí y un ligero ruido a mis espaldas hizo que me girara. En el vano de la puerta de la habitación que acababa de abandonar apareció Reed empuñando una pistola.

Nos miramos fijamente durante un instante, luego le dije:

—Hola, gobernador.

La cara se le puso tirante, como la de Tarker en el restaurante. Disparó dos veces al tiempo que me abalanzaba a un lado y trataba de darle con la 45 de Wycza. Caí rodando por el suelo, me detuve sobre la espalda, apreté el gatillo tres veces antes de que Reed saltara por los aires para morder el polvo. Una 45 tiene mucha más potencia que una 32.

Me disponía a incorporarme, pero mi brazo izquierdo no pudo

soportar el peso. Se dobló bajo mi cuerpo, lo miré y descubrí el agujero en la camisa, por donde la bala había entrado. El brazo no me dolía, pero no podía valerme de él.

Me arrastré hasta la pared, y apoyándome en ella me fui poniendo en pie, me volví y enfilé hacia la escalera. Desde mucho más abajo me llegó el estampido de pasos que bajaban a toda velocidad. Seguí adelante, subiendo los escalones de tres en tres.

Era la escalera personal de Reed, con salidas al quinto piso y a nivel de la calle, desde donde se iba al sitio donde guardaba su Lincoln Continental.

Me encontraba en el rellano de la tercera planta cuando otra explosión sacudió el edificio, estuve a punto de perder el equilibrio y precipitarme escaleras abajo. Pero logré caer contra la pared, apoyando todo el cuerpo sobre el brazo izquierdo. Me dolió mucho.

Me mordí el labio para reponerme de la sorpresa, y seguí andando. Delante de mí, había un tiroteo muy fuerte. Llegué al último rellano antes de la calle, y vi que tres hombres con uniforme de policía le disparaban a alguien que estaba en el aparcamiento. Detrás de los policías había un cuarto tipo. Se giró para mirarme justo cuando llegué al rellano. Era Harcum.

Le disparé, pero fallé; le dio un empujón a uno de los policías y traspuso el umbral de la puerta. Vi que el policía se desplomaba; Harcum saltó por encima de su cuerpo y desapareció de mi vista. Los otros dos policías echaron a correr tras él.

Bajé el último tramo de escaleras como una cabra de montaña, me torcí el tobillo al llegar abajo y me estrellé contra la pared. Miré por la puerta y vi que el Lincoln atravesaba el aparcamiento a trompicones; cuatro Casales corrieron tras él disparando. Yo también eché a correr cojeando; a mi izquierda, avisté un camión de la Casale Brothers. Fui cojeando hasta él y monté en la cabina. Como no lo esperaba, el conductor había tenido demasiada prisa como para molestarse en quitar las llaves. Puse el motor en marcha, giré con toda violencia y partí tras el Lincoln. El parabrisas se desparramó en mil pedazos en mis propias narices, me agaché tras el volante atisbando apenas por encima del capó.

El Lincoln había llegado a la calle, tambaleándose mucho, pues

llevaba dos neumáticos pinchados, y giró a la derecha. Pero el conductor ya no podía controlarlo y volvió a virar hacia la izquierda. Avancé hacia la derecha, giré el volante bruscamente con todas mis fuerzas y embestí al Lincoln, lo empujé contra el bordillo hasta meterlo en el pórtico de uno de los edificios deshabitados.

Bajé de la cabina a la rastra, el tobillo dañado se rehusaba a sostener mi peso, y caí sobre el maletero del Lincoln. Los policías salieron atropelladamente del coche; disparé por la ventana trasera y le di a uno de ellos. Aparentemente, el otro ya estaba muerto. Harcum estaba huyendo a toda carrera; gordo pero ágil, se zambulló a través de una ventana destrozada del sótano y desapareció.

Para poder seguirle por ahí, tendría que haberme arrimado a la ventana, y la luz de la calle me habría delatado. Entonces, decidí encaramarme al techo del Lincoln, con la 45 metida en el cinturón porque sólo podía usar el brazo derecho. Trepé por la pared hasta llegar a la ventana del primer piso y entré en la sala. Empuñé la 45 y atravesé la habitación cojeando pero con mucho cuidado; el suelo estaba sembrado de tiras quebradizas de papel pintado antiguo. Me moví lentamente, procurando no hacer ningún ruido y, finalmente, llegué al corredor. Encontré la puerta que daba al sótano y esperé, reclinado contra la pared.

Pasaron un par de minutos. De afuera venía el sonido amortiguado de la batalla que no había cesado. Y en la distancia, pero acercándose cada vez más, se oía el aullido de las sirenas de los bomberos. Levanté la vista. Por la entrada principal, ahora sin puerta, vi aparecer un fulgor enfurecido y rojo. La planta se estaba incendiando.

Mi mente se afanaba en pensar en el mañana, pero no lo lograba. Harcum estaba en este edificio y el brazo me comenzaba a palpitar. De todas maneras, no existía el mañana.

En la planta se produjo otra explosión que ahogó el fragor de la batalla.

Esperé pensando: *«Vamos, Harcum, Acabemos de una vez, sal de ahí y acabemos de una maldita vez. Tú y los otros habéis destrozado todo, y yo os he ayudado, acabemos de una vez por todas»*.

La puerta del sótano se abrió lentamente, y una sombra oscura salió al corredor en penumbras, perfilándose contra el rojo fulgor

que provenía de la entrada. Era el simplón de Harcum, el gordito Harcum que había intentado matarme cuatro veces, sin dar la cara una sola vez.

Avanzó cautelosamente por el corredor en dirección al frente del edificio, pude distinguir el revólver que empuñaba nerviosamente en la mano derecha. Me aparté de la pared, apunté la 45 a su figura redonda y le grité:

—¡Mírame, Harcum! ¡Por una vez en tu vida, mírame a la cara!

No lo hizo. En el instante mismo en que pronuncié la primera palabra, echó a correr. Volví a aullar su nombre, pero continuó corriendo, traspuso la entrada sin puerta y salió, por encima del pórtico en ruinas y el Lincoln destrozado. Por un segundo, su figura quedó enmarcada en ese sitio, contra el doble fulgor de las luces de la calle y el rojo encendido de la planta en llamas; entonces, una andanada de disparos lo barrió, sacudiéndolo como una marioneta, hasta que los hilos se cortaron de repente y cayó en picado del pórtico en ruinas y ya no lo vi más.

No lo había matado. Había venido aquí para matarlo, había vaciado dos armas, había provocado este desastre, pero hizo falta que otra persona matara a Harcum. No quiso enfrentarse a mí.

Avancé cojeando, y casi había llegado a la puerta cuando se produjo otra explosión que sacudió el edificio como un tahúr sacude los dados en el cubilete; me bamboleé, apoyando todo mi peso sobre la pierna herida. Caí al suelo y perdí la pistola, quedé tendido boca arriba, esperando a que el temblor del edificio disminuyera y cesara. Finalmente, cesó y me incorporé con gran dificultad.

Afuera estaban llegando los coches de los bomberos, el sonido de sus sirenas se fue apagando hasta terminar en un gruñido gutural. Ya no hubo más disparos, sólo se oían los gritos de los sobrevivientes y el increíble e intenso crepitar de las llamas.

Caminé hasta la entrada principal sosteniéndome en la pared y me asomé para mirar. La planta estaba envuelta en llamas, fantásticamente altas y brillantes, y en su fulgor deslumbrante pude ver a los bomberos que ponían manos a la obra, los coches patrulla que comenzaban a llegar con los policías neutrales, los del tipo de Hal Ganz.

Resultaba difícil bajar de la pila de escombros que una vez había sido el pórtico del frente. Tuve que descender de espaldas, y cuando

llegué abajo oí a Cathy gritar mi nombre una y otra vez, allá a lo lejos, muy lejos.

Me di la vuelta: Cathy estaba al fondo de la calle y venía corriendo hacia mí. Pero entre nosotros había un Casale, de pie frente a mí, meciendo una escopeta de caza.

Me lanzó una mirada fría como el hielo.

—Tú has provocado todo esto —dijo—, tú, hijo de puta, has provocado todo esto.

—Tuve que hacerlo —susurré.

Me apuntó con la escopeta.

Sólo oí el grito de Cathy.